

ESTADOS UNIDOS Y EL CAOS ELECTORAL

Crisis, pandemia y política exterior de Biden

Rafael González Morales



CONTEXTO
LATINOAMERICANO

DIÁLOGOS
EN CONTEXTO

ocean
sur
O

ESTADOS UNIDOS Y EL CAOS ELECTORAL

Crisis, pandemia y política exterior de Biden

RAFAEL GONZÁLEZ MORALES (La Habana, 1979). Licenciado en Derecho en la Universidad de la Habana (2003). Máster en Relaciones Internacionales (2006). Profesor e investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI) donde imparte cursos de pregrado y posgrado. Coordinador académico de la Red cubana de investigadores sobre relaciones internacionales (REDINT). Con Ocean Sur ha publicado los libros: *Trump vs Cuba: Revelaciones de una nueva era de confrontación*; *Bolsonaro y Trump: 100 días de alianza contra Nuestra América y Estados Unidos y la guerra 4G contra Venezuela*. Es colaborador de la revista *Contexto Latinoamericano*.

ESTADOS UNIDOS Y EL CAOS ELECTORAL

Crisis, pandemia y política exterior de Biden

Rafael González Morales



una editorial latinoamericana

Derechos © 2021 Rafael González Morales
Derechos © 2021 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-22-6

Primera edición 2021

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
SUR



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Índice

Introducción	1
Parte I. El caos electoral en tiempos de pandemia	
Trump hacia la reelección: «Mantener a América Grande»	5
Las interioridades del <i>impeachment</i> presidencial	9
El Supermartes y la «resurrección» de Biden	20
El «Espectáculo de la Unión»: Egocentrismo y falsedades	23
Entre la pandemia y las «elecciones presidenciales virtuales»: ¿Quiénes son los posibles electores?	29
Millenials y generación Z: Los jóvenes estadounidenses toman las calles	39
Estados Unidos y sus múltiples pandemias: Más allá del coronavirus	43
Biden en busca de una candidata a la vicepresidencia. Las convenciones partidistas	50
Trump y el caos como arma electoral	59
Las élites del poder y la ruta del dinero	69
Parte II. Violencia política y transición presidencial	
Estados Unidos: Inestabilidad, protestas y violencia política	76

Las milicias armadas de extrema derecha: guardianes del trumpismo	80
Los Proud Boys y la extrema derecha anticubana	84
Los posibles escenarios post 3 de noviembre: Entre la violencia y el «fraude»	89
El último día de la campaña presidencial	95
La interminable batalla electoral: Dos ganadores autoproclamados y un solo vencedor	100
La toma del Capitolio por el ejército de Trump	105

Parte III. Rostros y perspectivas de la política exterior de Biden

La vicepresidenta Kamala Harris. Breve acercamiento a sus raíces	114
Antony Blinken: Orígenes, experiencia y posiciones políticas	118
Perfil del estratega Jacob Sullivan, asesor de Seguridad Nacional	124
La versátil Avril Haines, directora de Inteligencia Nacional	131
El «general invisible» Lloyd Austin, jefe del Pentágono	134
El diplomático William J. Burns, director de la CIA	138
Samantha Power y la USAID: Claves de su pensamiento político	145
Brian Nichols: La diplomacia estadounidense hacia América Latina y el Caribe	151

Juan González, asesor principal para América Latina y el Caribe	155
La general Laura Richardson: El Comando Sur con rostro de mujer	161
Las prioridades de la política exterior de Biden: ¿Cómo renovar el liderazgo americano?	165
La política de Biden hacia Cuba: ¿Cuáles son los posibles escenarios?	178
Bibliografía	201

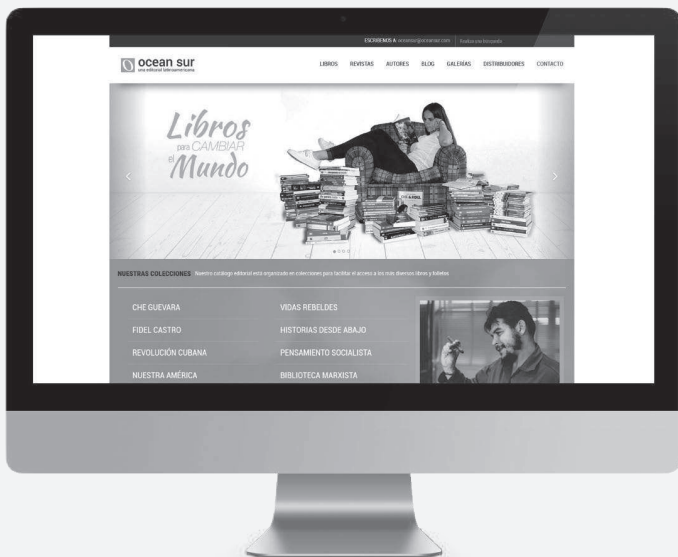
OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



Introducción

Las elecciones presidenciales de Estados Unidos en el 2020, constituyeron un proceso político sin precedentes en esa nación. Los comicios se desarrollaron en un contexto marcado por una pandemia devastadora, una sociedad profundamente polarizada, una fuerte crisis económica y un candidato republicano que desde el púlpito presidencial promovió el odio, la violencia y se negaba a aceptar su derrota en las urnas. Durante esta etapa, el modelo político estadounidense mostró al mundo, como nunca antes, la crudeza y magnitud de sus graves problemas estructurales que echaron por tierra su imagen internacional como vitrina de la democracia.

Este libro tiene el propósito de abordar las causas y condiciones que explican las complejidades del escenario interno estadounidense durante las elecciones presidenciales de 2020 y las perspectivas de la proyección en materia de política exterior de la Administración Biden. En sus páginas, el lector podrá encontrar un análisis integral sobre los procesos económicos, políticos, sociales e ideológicos que se manifestaron en la nación estadounidense hace apenas unos meses y se extienden hasta la actualidad.

El texto está organizado en tres partes que se corresponden con la secuencia lógica por la que transitó el proceso electoral y los primeros 100 días del gobierno de Joseph Biden. Esta estructura facilita que nos adentremos en la evolución de los

acontecimientos desde su origen y su posterior evolución, lo que nos permite comprender con mayor coherencia una dinámica compleja y apasionante.

La primera parte del libro, titulada «El caos electoral en tiempos de pandemia», comienza con una valoración del discurso de reelección de Donald Trump y culmina con un análisis sobre los grupos de poder económico que financiaron las campañas electorales de los dos candidatos presidenciales. En este primer segmento, se explican los principales rasgos del contexto interno estadounidense y el impacto de la pandemia, con especial énfasis, en los factores que determinaron la ocurrencia de una situación inédita que muchos expertos han calificado como un verdadero caos.

En la segunda parte, «Violencia política y transición presidencial», las páginas se adentran en los días previos al 3 de noviembre y culminan con la salida de Trump de la Casa Blanca. Se valora con profundidad el comportamiento de los grupos de extrema derecha que, en la práctica, se convirtieron en los guardianes del trumpismo y proyectaron un nivel de violencia de alcance nacional con serias implicaciones para la estabilidad del país. Los sucesos acontecidos el 6 de enero de 2021 en el Capitolio de Washington, son analizados con detalle como máxima expresión simbólica del impacto de estos sectores promotores del odio y la desestabilización.

En el último segmento, «Rostros y perspectivas de la política exterior de Biden», los lectores podrán adentrarse en los perfiles políticos de los principales funcionarios del nuevo gobierno estadounidense que son responsables de la proyección externa, con prioridad, en los que tendrán que diseñar y ejecutar la política hacia América Latina y el Caribe. A través de sus historias de vida, experiencia gubernamental y esencias de su pensa-

miento político, el texto pretende aproximarnos a las principales figuras del equipo de Biden en materia de política exterior. Para culminar, se realiza una valoración sobre los principales factores y actores que tendrán incidencia en la política hacia Cuba y, en especial, se delimitan posibles escenarios.

Este texto tiene el propósito final de contribuir a la comprensión de una realidad compleja, apasionante y retadora como lo es la sociedad estadounidense en tiempos de elecciones en un contexto de pandemia. En un momento en que el mundo transita por procesos inéditos, de los que no es posible anticipar sus implicaciones en el mediano y largo plazo, el libro nos motiva a reflexionar sobre las causas de esta situación con una mirada que se inicia desde Estados Unidos, pero se prolonga más allá de sus fronteras territoriales.

Rafael González Morales
La Habana, 30 de abril de 2021



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com

 **ContextoLatinoamericano**

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada una de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.chequevaralibros.com

 **LibrosCheGuevara**

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



Parte I

El caos electoral en tiempos de pandemia

Trump hacia la reelección: «Mantener a América Grande»

El 18 de junio de 2019, Donald Trump lanzó oficialmente su campaña de reelección para la presidencia de Estados Unidos. En términos prácticos, el mandatario había buscado reelegirse desde su primer día en la Casa Blanca, lo que se convirtió en una obsesión política que confirmó públicamente en declaraciones y entrevistas a diversos medios de prensa. Desde fecha muy temprana, estuvo enfrascado en preparar su equipo de campaña, desplegar la recaudación de fondos y mantener energizada a su base política de votantes.

El lugar seleccionado para el lanzamiento fue el estado de la Florida. La decisión de empezar por este territorio constituyó un mensaje claro de su importancia estratégica para las pretensiones electorales del mandatario. En esencia, sus cálculos políticos estimaban que ganar la Florida le despejaría el camino hacia la reelección.

En este esfuerzo, requeriría nuevamente del apoyo de los senadores republicanos Marco Rubio y Rick Scott, quienes habían consolidado sus vínculos con Donald Trump. Como parte de la estrategia, dos sectores resultaban claves dentro del electorado al sur de la Florida: los cubanos y los venezolanos

americanos, lo que implicaba un reforzamiento de la retórica y las medidas coercitivas contra los gobiernos de Cuba y Venezuela.

Durante el discurso,¹ Trump empleó su típico lenguaje plagado de grandilocuencia, excentricidades y mentiras. Se presentó como el «salvador» de la nación americana en apenas dos años y unos meses al frente del gobierno. Enfatizó que estaba siendo objeto de una «cruel persecución política» y realizó fuertes críticas a sus rivales demócratas que se encontraban enfrascados en ese momento en un intenso debate sobre los riesgos e implicaciones de un proceso de *impeachment* presidencial.

Su intervención fue un gran espectáculo político sin contenido ni sustancia. No fue capaz de esbozar un programa claro de cómo consideraba conducir el país en un eventual segundo mandato. Como parte de sus mecanismos de manipulación y tratando de presentar algo novedoso, explicó que ya él había logrado hacer «América grande otra vez», por lo que en el futuro correspondía: «Mantener a América grande».

La alocución fue iniciada con un mensaje a los asistentes al evento: «Florida es mi segunda casa, pero si quieren saber la verdad, de muchas formas es mi primera casa». De esta manera simplona, trataba de congraciarse con una multitud seleccionada y partidaria de sus ideas conservadoras. Insistió en que creó todo un movimiento a nivel nacional.

En un segundo momento de sus pronunciamientos, se centró en resaltar los supuestos «grandes logros». Enfatizó que fue capaz de restaurar un establishment corrupto y quebrado. Insistió en que el país estaba floreciendo y prosperando como nunca antes y llegó a afirmar: «Nuestra economía es la envidia

¹ Donald Trump: *Discurso anunciando su candidatura a la reelección.*

del mundo, quizás la más grande economía que hemos tenido en la historia de nuestro país. Nuestro futuro nunca ha sido más brillante». ² Como colofón a este segmento de autocomplacencia sin límites dijo que el llamado sueño americano estaba regresando más grande y más fuerte.

Posteriormente, se presentó como una víctima al señalar que había sido objeto de la cacería de brujas más grande de la historia política de Estados Unidos. Planteó, en clara referencia al Partido Demócrata, que intentaron ilegalmente revertir los resultados de la elección, espionaron a su equipo de campaña y trataron de subvertir la democracia estadounidense. Dichas acusaciones carecían de evidencias probatorias y anticipaban con claridad que Trump estaba dispuesto a quebrar las reglas básicas sobre el comportamiento habitual de los presidentes que aspiran a un segundo mandato.

Criticó fuertemente la designación de un fiscal especial para indagar sobre sus supuestos vínculos con los rusos y explicó que durante los dos años de investigación se habían generado 1 400 000 páginas de documentos, fueron entrevistados 500 testigos, se realizaron 2 800 citaciones judiciales y 40 agentes del FBI fueron seleccionados para trabajar en el caso. Concluyó afirmando: «los demócratas fueron tras mi familia, mis negocios, mis finanzas y mis empleados».

Esta estrategia de victimizarse estaba calculada milimétricamente y era apoyada por determinados sectores de votantes. No obstante, su objetivo fundamental fue crear las condiciones para defenderse públicamente ante un escenario inminente de *impeachment* presidencial.

² Ibidem.

Otro de los propósitos de su intervención fue criticar fuertemente a los demócratas, al respecto precisó: «Nuestros oponentes demócratas radicales están dirigidos por el odio, el prejuicio y la ira. Ellos quieren destruirlos a ustedes y a nuestro país. Solo imagínense lo que esa banda irritada de izquierda haría si están al frente del país. Imagínense lo que pasaría si tenemos un presidente demócrata en el 2020».³

Trump empleaba el recurso de ubicar a sus rivales en un extremo, haciéndolos parecer desconectados de la vida política de la nación y, en especial, definiéndolos como defensores de ideas socialistas.

Dentro de los temas de política interna, insistió en que estaban construyendo el muro en la frontera con México y afirmó que tendría 400 millas al final del 2020. Como parte de sus posiciones fuertemente antinmigrantes enfatizó: «Pueden imaginarse ustedes esas caravanas sin tener una barrera. Este país sería una locura que ustedes no podrían imaginarse. El muro es bello, yo cambié el diseño, es más fuerte, más grande, mejor y más barato». Se autoproclamó como uno de los mandatarios a lo largo de la historia que había logrado los mejores índices de empleo, reducción del delito y desempeño exitoso de la economía.

Como no podía faltar, aprovechó la oportunidad para criticar a los gobiernos de Cuba y Venezuela en el área de los derechos humanos y las libertades individuales. En ese instante, y como muestra de reconocimiento a quienes fueron artífices principales de la política de su gobierno hacia América Latina y el Caribe, dijo: «Gracias Marco Rubio, gracias Rick Scott».

Aunque en ese momento todavía faltaba un largo camino por recorrer hasta el 3 de noviembre, se podía anticipar una con-

³ Ídem

tienda en la que Donald Trump promovería el miedo, el caos y el odio sin límites entre sus propios coterráneos. Este discurso solo constituía el inicio de una campaña presidencial sin precedentes en cuanto a la agresividad y violencia que incentivaría el candidato del Partido Republicano aprovechando, de manera oportunista, su privilegiada condición de presidente en ejercicio.

Las interioridades del *impeachment* presidencial

Desde que el mandatario estadounidense asumió la presidencia el 20 de enero de 2017, tuvo que lidiar con investigaciones, escándalos, filtraciones y renuncias de varios funcionarios gubernamentales de alto nivel.⁴ Su capacidad para dirigir la nación americana fue fuertemente cuestionada, no solo por sus adversarios políticos dentro del Partido Demócrata sino también por psicólogos y psiquiatras estadounidenses. Los especialistas argumentaron, a través del empleo de métodos científicos, cómo sus características personales eran incompatibles con el ejercicio del poder desde la Oficina Oval.⁵

Realmente lo que estuvo detrás de este intenso debate fue el interés de amplios sectores en Estados Unidos por lograr un *impeachment* contra Donald Trump. No obstante, las posibilidades de concretar esa intención estaban condicionadas a la evolución de un grupo de factores de diversa índole.

En más de 200 años de historia de la nación estadounidense, solamente se había iniciado en dos ocasiones un proceso de juicio político contra el presidente de ese país. La primera ocasión fue en el siglo XIX contra Andrew Jackson y la segunda fue a

⁴ Bob Woodward: *Rage*.

⁵ Bandy X Lee: *The dangerous case of Donald Trump*.

finales del siglo XX contra el mandatario demócrata William Clinton. En ambos casos, no fue posible lograr la destitución.

El *impeachment* presidencial es un proceso complejo, de naturaleza política, que tiene el propósito fundamental de destituir al mandatario de su cargo. Por lo tanto, existen requerimientos legales para iniciarlo y etapas por las que transcurre sujetas a procedimientos específicos que deben cumplirse. No obstante, lo esencial es que debía existir un fuerte consenso político entre los sectores y actores que tenían el propósito de forzar la salida de Donald Trump de la Casa Blanca.

Cualquier análisis sobre esta temática, debe comenzar por identificar las cuatro condiciones necesarias que deben estar presentes para que un proceso como ese sea exitoso. En primera instancia, deben existir razones o motivos suficientes y de peso que estén en correspondencia con las causales que establece la Constitución de Estados Unidos, asociadas a la traición y la comisión de delitos por el presidente. En segundo lugar, tiene que presentarse una solicitud formal ante el Comité Judicial de la Cámara de Representantes. Como tercera condición, debe realizarse una votación en la Cámara de Representantes y la mayoría de los legisladores tienen que estar de acuerdo con la destitución. Por último y como paso definitivo, en el Senado se debe efectuar un juicio político y una mayoría cualificada de dos tercios (67 senadores) deben votar favorablemente por el cese del mandatario en sus responsabilidades al frente del país. Todas estas condiciones evidencian la complejidad de este proceso que está sujeto a las características y peculiaridades del escenario político en Estados Unidos.

En el momento en que se comenzó a debatir con mayor intensidad sobre el *impeachment*, la situación interna estadounidense estaba condicionada por las elecciones presidenciales

del 2020, lo que constituyó una variable clave a considerar por el liderazgo demócrata para decidirse a iniciar un juicio político contra Donald Trump. Inicialmente, la presidenta de la Cámara de Representantes Nancy Pelosi, consideraba que iniciarlo sería un elemento a favor del mandatario debido a que se presentaría como una víctima y le sacaría provecho en el contexto de la contienda electoral. No obstante, varios legisladores demócratas realizaron sistemáticas presiones para hacerlo.

Sobre las razones para el *impeachment*, quedó claro que a partir de los resultados de la investigación realizada por el fiscal especial, Robert Mueller, el presidente de Estados Unidos no fue exonerado del delito de obstrucción a la justicia. En el testimonio de Mueller ante el Congreso, cuando la congresista demócrata Sheila Jackson Lee le preguntó si una sentencia de obstrucción a la justicia podría acarrear a Trump un largo período en la cárcel después que dejara la presidencia, este respondió con un rotundo sí. Los resultados de esta audiencia incrementaron el debate y los reclamos por su destitución.

Realmente, el punto de inflexión en este asunto comenzó en la mañana del 25 de julio del 2019, cuando Donald Trump realizó una llamada telefónica al presidente ucraniano Volodymyr Zelensky sin tener idea de las graves implicaciones políticas que tendría esta conversación. El mandatario estadounidense inició el intercambio felicitando a su homólogo por el triunfo de su partido en las elecciones parlamentarias, pero su objetivo estratégico era solicitarle a Zelensky que indagara sobre el proceso investigativo que se realizó en Ucrania en el que estaba vinculado el hijo de Joe Biden.

Evidentemente, una maniobra política con claras intenciones de afectar las aspiraciones electorales del que se visualizaba en ese momento como su principal rival en las elecciones

presidenciales. Lo que podría calificarse como el escándalo ucraniano, tuvo su origen en el año 2015 cuando el entonces vicepresidente Biden presionó al gobierno de esa nación para que despidiera al fiscal general debido a que Washington lo consideraba un obstáculo para las reformas políticas que debía emprender esa nación del viejo continente.

En aquel momento la fiscalía ucraniana estaba realizando una investigación asociada a presuntos hechos de corrupción contra una compañía de gas nombrada Burisma Holdings. Uno de los miembros de la junta directiva del consorcio era Hunter Biden, el hijo del vicepresidente. Las acciones investigativas se detuvieron. Desde que el equipo más cercano a Trump conoció estos antecedentes, consideraron que sería una oportunidad para emplear este caso como un arma durante la campaña. Concluyeron que era necesario tener más detalles y solo era posible hablando directamente con el máximo nivel político de ese país.

Como Trump se consideraba un negociador exitoso desde posiciones de fuerza, su primer paso fue identificar que uno de los principales intereses de Ucrania era recibir la asistencia militar de Estados Unidos, que ascendía por aquella fecha a la cifra de 391 millones de dólares, la que había sido aprobada por el Congreso. Solo restaba que el gobierno comenzara a ejecutarla.

A principios de julio y antes de la llamada telefónica al presidente ucraniano, el mandatario estadounidense decidió que funcionarios de la Casa Blanca le informaran al Pentágono y al Departamento de Estado que se congelaría esa ayuda debido a que «estaban evaluando si ese gasto era necesario». Obviamente, Trump estaba valorando emplear este monto como una herramienta de presión. Era la aplicación de la fórmula trumpista de «toma y daca» para lograr un buen acuerdo.

Según la transcripción de la llamada desclasificada por la Casa Blanca, en un momento de la conversación el presidente de Ucrania expresó su interés por un tipo de armamento estadounidense y Trump, de inmediato, le dijo a Zelensky «me gustaría que hicieras un favor para nosotros». Le pidió que indagara sobre la investigación que involucró al hijo de Biden y, además, le planteó que Giuliani y el fiscal general de Estados Unidos lo llamarían para ponerse de acuerdo sobre este asunto.

Giuliani era el abogado personal de Donald Trump y principal promotor de la importancia de presentar este tema como una vulnerabilidad de Biden en el contexto de las elecciones presidenciales. Era evidente que el mandatario estadounidense le estaba «cobrando» la asistencia militar que estaba todavía congelada y era esperada con ansiedad por la parte ucraniana.

Esta conversación se mantuvo en estricta confidencialidad hasta que el 12 de agosto de 2019, un funcionario de una agencia de inteligencia de Estados Unidos decidió informar de este asunto al inspector general de la Comunidad de Inteligencia, quien concluyó que el tema era urgente y debía ser alertado el Congreso por sus implicaciones para la seguridad nacional. El 9 de septiembre, el presidente del Comité Selecto de Inteligencia de la Cámara de Representantes, el demócrata Adam B. Schiff, fue informado de los hechos y se inició un fuerte debate interno sobre la conducta del presidente, en especial, si existían razones suficientes para iniciar formalmente el proceso de *impeachment*.

A mediados de septiembre, los medios de la gran prensa estadounidense inicialmente comenzaron a filtrar informaciones de «una conversación de Trump con un líder extranjero» en la que el mandatario había propuesto un acuerdo sobre la base de motivaciones políticas de índole personal. Posteriormente,

trascendieron contenidos más específicos hasta que el 24 de septiembre, la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, decidió proclamar públicamente que se iniciaría el *impeachment*.

Después de la revelación del contenido de la llamada, la propia Pelosi afirmó: «Las notas de la conversación confirman que el presidente tuvo un comportamiento que socava la integridad de nuestras elecciones, la dignidad de la oficina que dirige y nuestra seguridad nacional».

Por su parte, el influyente presidente del Comité Selecto de Inteligencia de la Cámara de Representantes señaló sobre la llamada: «Lo que esas notas reflejan es un chantaje a un líder extranjero al estilo de la mafia clásica. Así es como habla un jefe de la mafia. No estoy preocupado si es un *quid pro quo* o no. Ucrania entendió lo que quería el presidente. Él fue muy claro». Por lo tanto, después de estas revelaciones los demócratas contaban con un argumento suficientemente sólido para promover investigaciones que le permitieran sustentar un eventual juicio político contra Donald Trump.

De inmediato, los presidentes de los seis comités de la Cámara de Representantes que estaban investigando potenciales abusos o delitos cometidos por Trump compilaron todas las evidencias y fueron enviadas al Comité de Asuntos Judiciales que es el responsable de presentar al pleno de la Cámara los argumentos y las violaciones específicas que sustentarían un *impeachment*. Como era previsible, el Senado se convirtió en un obstáculo insuperable.

En esta trama de chantajes políticos, Marco Rubio, defendiendo a Trump, enfatizó: «El *impeachment* es una medida extraordinaria que debe ser empleada con precaución sobre la base de los hechos». De seguro, por esta muestra de leal-

tad absoluta en los momentos más difíciles, le pidió a cambio mayor hostilidad contra Cuba y Venezuela.

El proceso llegó a ser el principal tema del debate político interno en Estados Unidos y se convirtió en un asunto de seguimiento priorizado por toda la comunidad internacional. Más allá de los abundantes datos y especulaciones que generó ese escándalo hacia lo interno de la sociedad estadounidense, la esencia fue que se develó descarnadamente la profunda corrupción de un gobierno que creía fervientemente en que «el fin justifica los medios».

Los hechos que salieron a la luz pública después de la llamada telefónica de Donald Trump al presidente de Ucrania, reflejaron de manera clara cómo el mandatario estadounidense empleó el chantaje político y su investidura oficial para obtener ventajas personales de cara a las elecciones presidenciales de 2020. Por si fuera poco, involucró en estas acciones a altos funcionarios de su gobierno y, de manera grotesca, se opuso enérgicamente a que comparecieran esas personas ante los Comités del Congreso encargados de investigar los sucesos.

Su comportamiento abiertamente corrupto, ofensivo, insolente y errático contribuyó a que varios sectores dentro del Partido Republicano y una parte de su base electoral comenzaran a criticarlo, e incluso, favorecieran su destitución. La cadena televisiva Fox News, uno de los medios de difusión que apoyó con vehemencia al mandatario, realizó una encuesta en octubre del 2019 que arrojó que el 51% de los votantes registrados no solo favorecían un juicio político, sino que estaban de acuerdo en que el presidente fuera destituido. La reacción de Trump fue afirmar que esa encuesta «apestaba».

Lo sorprendente es que precisamente la televisora preferida del mandatario estaba reconociendo una realidad que para este

gobierno implicaba costos políticos muy serios. El hecho que un medio ultraconservador y defensor de la agenda «América Primero» publicara estos resultados era una evidencia de que la situación de este gobierno ante la opinión pública se tornaba bien compleja.

Los resultados reflejaron una tendencia creciente dentro del electorado estadounidense a favorecer el proceso de juicio político, al incrementarse desde el mes de julio hasta el 8 de octubre del 42 al 51%. Aunque el aspecto más preocupante para Donald Trump y el Partido Republicano era que dentro de la base electoral que contribuyó a su triunfo en el 2016 se experimentaba un incremento del apoyo al *impeachment*, lo que se reflejó en los evangélicos cristianos (+5%); hombres blancos sin estudios universitarios (+8%) y blancos que viven en zonas rurales (10%). Estos datos resultan muy significativos debido a que se trataba de un sector de votantes que eran claves para los objetivos de reelección del mandatario estadounidense.

Esta tendencia era observada con preocupación por los congresistas y senadores republicanos con intenciones de reelegirse en el 2020 debido a que varios de ellos para triunfar requerían el voto de estos sectores. En ese contexto y como un reflejo de la preocupación que prevalecía dentro del sector republicano, el equipo de campaña de Trump y el Comité Nacional de ese Partido en apenas dos semanas gastaron seis millones de dólares en anuncios en la televisión nacional, local, radio, medios digitales y redes sociales dirigidos a evitar un mayor declive de la imagen del presidente ante la opinión pública. Según el sitio especializado estadounidense Axios, la campaña de Trump solamente en Facebook gastó cerca de un millón de dólares entre el 29 de septiembre y el 5 de octubre del 2019.

La sombra del *impeachment* continuaba persiguiendo a Trump cada vez con mayor fuerza. Como parte de este proceso contra el mandatario, el Comité Selecto de Inteligencia de la Cámara de Representantes divulgó un informe sobre la investigación. El documento fue el resultado de varios meses de indagaciones y evaluaciones exhaustivas sobre las declaraciones de los testigos que tuvieron algún tipo de participación en los eventos de la denominada «trama ucraniana».

Según el informe, Trump había desafiado los «fundamentos del sistema constitucional de frenos y contrapesos, la separación de poderes y el imperio de la ley». A partir de los hallazgos reflejados en ese texto, los demócratas consideraron que esos conceptos que encierran tanto simbolismo dentro del imaginario estadounidense fueron aplastados por el entonces mandatario estadounidense.

El informe reflejaba, al menos, seis aspectos fundamentales en que se sustentó posteriormente el proceso de juicio político. El primer punto es que el presidente a través de sus representantes, dentro y fuera del gobierno, solicitó la interferencia del gobierno de Ucrania en las elecciones presidenciales de 2020. El documento señalaba: «Trump con su conducta buscaba garantizar su reelección y ese comportamiento evidenció que puso sus intereses políticos personales por encima de los intereses de Estados Unidos».⁶ Sobre este elemento, se arribó a una conclusión de impacto: al tratar de socavar la integridad del proceso de elecciones presidenciales, «el mandatario puso en peligro la seguridad nacional estadounidense».

El segundo punto era que Trump se involucró personalmente en realizar presiones contra el mandatario ucraniano,

⁶ US House of Representatives Permanent Select Committee of Intelligence: «The Trump-Ukraine Impeachment Inquiry Report».

Volodymyr Zelensky, para que públicamente anunciara una investigación infundada que lo beneficiaría, y promovió además que su homólogo trabajara coordinadamente con su abogado personal Rudy Giuliani. Por lo tanto, el inquilino de la Casa Blanca consideraba que este tipo de chantaje político no podía inicialmente delegarlo en su grupo de asesores más próximos, sino que sintió la necesidad de realizar él mismo la presión política.

El tercer punto fue que Trump empleando su posición e investidura oficial en su condición de presidente de Estados Unidos requirió a su contraparte ucraniana que se anunciara públicamente una investigación contra el candidato demócrata Joe Biden y su hijo, por lo que el contenido específico de la solicitud se convertía en una clara maniobra con fines electorales.

El cuarto punto estaba vinculado con que el mandatario ordenó la suspensión de la asistencia militar de Washington a Kiev, valorada en alrededor de 391 millones de dólares, y que había sido aprobada por el Congreso federal estadounidense, por tanto, debía ser ejecutada con inmediatez. Sin embargo, la decisión fue suspenderla sin una justificación legítima con el objetivo de emplearla como una herramienta de presión. Era evidente que se estaba manipulando un tema de impacto en la seguridad nacional y se desconocía el amplio apoyo bipartidista que tenía esa «ayuda».

El quinto punto se centró en el argumento de que se emplearon los poderes de la oficina del presidente para ejercer presión sobre el mandatario de Ucrania condicionando la liberación de la asistencia militar al anuncio público de la investigación contra Biden y su hijo. De esta manera, quedó evidenciado el llamado *quid pro quo* que negó el mandatario insistentemente argumen-

tando que su llamada telefónica del 25 de julio a Volodymyr Zelensky fue «excelente».

El sexto punto se enfocó en que Trump ordenó e implementó una ofensiva para obstruir que la Cámara de Representantes investigara el *impeachment*, negándose a entregar documentos solicitados por los comités congresionales, indicando a los funcionarios del gobierno que no cooperaran con la investigación ni testificaran, intimidando y amenazando a testigos con el propósito de incidir en sus testimonios. Se empleó a fondo para evitar que se presentaran elementos más reveladores de su comportamiento corrupto, lo que indicaba la complejidad de este asunto y, en especial, la preocupación de la Casa Blanca porque no salieran a la luz pública nuevas informaciones sobre un escándalo que era de mayor alcance de lo que parecía.

Este informe que alcanzó gran notoriedad, confirmó lo que la audiencia nacional e internacional estaba viendo a diario en el comportamiento del mandatario, quien actuaba como una criatura política sin escrúpulos ni límites, como una expresión descarnada de la corrupción política que, en esencia, es la manifestación del sistema político que lo creó y alimentó a cada minuto.

A pesar que el *impeachment* no fructificó, estos hechos constituyeron una expresión de la profunda crisis de legitimidad que padece la «democracia americana». Evidentemente ese sistema político viene manifestando una terrible enfermedad debido a que está diseñado sobre la base de los intereses personales, el poder del dinero, el fraude y la manipulación. Al final, Trump no es la causa sino un resultado de este declive.

Desde el origen de la nación estadounidense, sus padres fundadores idearon un mecanismo constitucional para protegerse de lo que calificaron como un «líder corrupto y peligroso». En

esencia, estaban conscientes de la posibilidad que emergiera una figura política con fuertes inclinaciones de emplear su investidura pública para propósitos personales, por lo que era necesario crear la «institución» que se conoce como *impeachment*.

El sistema político estadounidense ha estado plagado de este tipo de personas, pero no cabe dudas que ni las mentes más lúcidas y previsoras podrían anticipar un estilo de liderazgo como el de Donald Trump, quien quebrantó profundamente todas las normas y prácticas del ejercicio del poder presidencial.

Esta trama de intrigas, escándalos e investigaciones tiene mucho que ver con lo descarnado de un comportamiento que se convirtió en un ultraje a lo que debería ser la imagen de un presidente estadounidense, quien es presentado por la «gran nación» como el «líder del mundo libre». Trump fue capaz de romper abiertamente esa «farsa y montaje idílico», con sus proyecciones ególatras solo demostró que es un producto de un sistema que desde hace varios años ha sido calificado como un «broken system».

El Supermartes y la «resurrección» de Biden

El conocido Supermartes marcó sin lugar a dudas un punto de inflexión en las primarias demócratas del 2020. Los resultados de ese día, en el que se realizaron simultáneamente eventos electorales en 14 estados de la Unión, definieron quiénes serían los dos precandidatos más competitivos y con opciones de imponerse en la Convención Nacional Demócrata. No obstante, lo más llamativo de la jornada fue lo que podría calificarse como la «resurrección» de Biden a partir de una contundente victoria en diez de los 14 estados en disputa.

En términos generales, los resultados obtenidos por Biden y su desempeño antes de las primarias de Carolina del Sur, habían sido decepcionantes para el denominado establishment demócrata y para muchos de sus seguidores. Varios expertos, analistas y, en especial, la prensa especializada resaltaba la falta de impulso y escasa capacidad movilizativa de una campaña que caracterizaban como mal organizada, carente de planeamiento estratégico, con limitada recaudación de fondos en comparación con otros candidatos y de pobre impacto en el posicionamiento de anuncios publicitarios.

No pocos estaban afirmando que el declive era irreversible y que el precandidato llamado a convertirse de antemano en el rival electoral de Donald Trump no estaría en condiciones de imponerse a estas adversidades. En un contexto de fuertes dudas, confusión y desaliento sobre las perspectivas de Biden, se conjugaron un grupo de factores que determinaron el resultado obtenido en el Supermartes. En primer lugar, es importante señalar que la victoria de Biden en las primarias de Carolina del Sur constituyó un elemento aglutinador y permitió que su campaña tomara un nuevo rumbo.

Después de este triunfo, el establishment demócrata y un grupo importante de precandidatos llegaron a la conclusión de que la única forma de mantener competitivo a Biden era apoyarlo con intensidad y firmeza. En esta lógica, el objetivo a derrotar era Bernie Sanders, quien se había convertido en uno de los principales enemigos de los sectores que controlan al Partido Demócrata y que constituyen el poder real dentro de esa fuerza política.

Teniendo en cuenta estos elementos, el primer factor fue la decisión firme del establishment de apoyar a Biden como el candidato presidenciable. Este elemento conllevó al segundo

factor que resultó clave en los resultados: la renuncia de los precandidatos demócratas Amy Klobuchar, Tom Steyer y Pete Buttigieg, quienes públicamente apoyaron a Biden. En términos prácticos, estos exaspirantes estaban pidiéndole a su base electoral que votaran por el exvicepresidente el Supermartes.

Es evidente que esta decisión fue una maniobra política coordinada después de analizar y concluir que era la única variante posible que aseguraba que Biden derrotara a Sanders en la mayoría de los estados. Ese 3 de marzo del 2020, los grupos de poder dentro del Partido Demócrata sabían que se lo estaban jugando todo y no podían permitir una victoria de Bernie debido a que lo convertiría en el virtual candidato a la presidencia de Estados Unidos.

Según los datos arrojados por sondeos a boca de urna después de realizadas las primarias, podría afirmarse que un factor decisivo fue que la mayoría de los votantes demócratas se inclinaron por Biden debido a que consideraron que era el mejor candidato para derrotar a Donald Trump, lo que evidenciaba que el voto estuvo orientado no por las preferencias de las propuestas políticas de los contendientes sino por su capacidad para imponerse al actual mandatario.

Esto indicaba el profundo sentimiento contra Trump que prevaleció en una parte importante del electorado demócrata que estaba visualizando que lo más importante no era ni siquiera el programa político de una eventual presidencia del Partido Demócrata.

Otro factor de peso fue el voto favorable a Biden por parte de los afroamericanos, quienes representaron una cifra importante de los votantes en varios estados. Este segmento del electorado había apoyado invariablemente al exvicepresidente y se estableció como uno de los núcleos duros de su base electoral.

El otro factor que tuvo una incidencia particular fue el respaldo que encontró Biden dentro de la denominada clase trabajadora y en los votantes adultos mayores, quienes mantuvieron su respaldo de manera consistente durante los diferentes eventos electorales.

La combinación de estos factores, le permitió a Biden imponerse en los estados del sur con una ventaja de dos dígitos como fueron los casos de Alabama, Arkansas, Tennessee, Carolina del Norte, Virginia y Oklahoma. El precandidato también se impuso en Texas, Minnesota, Massachusetts y Maine. Los votantes afroamericanos fueron decisivos en sus victorias en Alabama, Carolina del Norte y Virginia.

En varios estados, fue capaz de superar tres desafíos importantes: pobre organización de su campaña a nivel de las bases, limitados anuncios publicitarios y poco financiamiento. Por lo tanto, la «resurrección» de Biden no obedeció a un proceso espontáneo sino que, en gran medida, respondió a un consenso dentro del establishment del Partido Demócrata que tuvo la capacidad de articular a tiempo una estrategia dirigida a derrotar a Bernie Sanders el Supermartes y asegurarle prácticamente la nominación al exvicepresidente.

El «Espectáculo de la Unión»: Egocentrismo y falsedades

El mandatario estadounidense Donald Trump pronunció su tercer discurso del Estado de la Unión en febrero del 2020. La intervención tuvo una duración de 78 minutos y desde principio a fin fue concebida como una alocución de campaña electoral en la que prevaleció el egocentrismo sin límites, las falsedades y el espectáculo político. Cada palabra, gesto, insinuación y lenguaje extraverbal de Trump fue diseñada meticulosamente y

casi no hubo margen a la improvisación. El mundo fue testigo en poco más de una hora de una especie de *reality show*.

Más allá del contenido de su intervención, durante la noche ocurrieron tres hechos que captaron la atención mediática y fueron virales en las redes sociales. Primero, la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, no introdujo al mandatario estadounidense como tradicionalmente se hace en este tipo de eventos: «Tengo el alto privilegio y honor de presentar al presidente de Estados Unidos». Segundo, Trump se negó a saludar a la Pelosi cuando esta le extendió su mano. Tercero, la líder de la mayoría demócrata ante las cámaras de televisión rompió con marcada rudeza su copia del discurso del mandatario y posteriormente afirmó que fue apropiado su comportamiento porque el texto era un «manifiesto de falsedades».

Estos tres hechos fueron muy ilustrativos y constituyeron ejemplos concretos del contexto de profunda crisis sistémica por la que atravesaba la nación estadounidense. El presidente se dirigió a la nación y al mundo para decirles que era «el mejor mandatario de la historia» en el mismo instante en que estaba siendo sometido a un proceso político para destituirlo por razones tan graves como abuso de poder y obstrucción al Congreso.

Por su parte, la presidenta de la Cámara de Representantes mostró sin vacilaciones su total desaprobación no solo con el contenido del discurso sino con lo que Trump representaba en términos de investidura oficial, liderazgo, proyección internacional y sentido común. En este contexto, se insertó la intervención o más bien, el espectáculo de Donald Trump.

El discurso del mandatario fue una mezcla de egocentrismo, arrogancia imperial y mensajes calibrados para su base electoral principal. No obstante, también se dirigió a otros sectores del electorado como los jóvenes y los afroamericanos, lo que

evidenció la necesidad de cautivar a segmentos dentro de estos grupos para estar en condiciones de conformar una coalición que le permitiera imponerse en los estados altamente competitivos.

Con relación al contenido, abordó temas como la situación económica del país, las políticas sociales en materia de educación y salud, la seguridad del territorio continental, la política de defensa y la proyección externa estadounidense. Sobre este último aspecto, mencionó a Cuba y Venezuela, así como brindó un espaldarazo al desacreditado Juan Guaidó, quien después de una agónica espera en Estados Unidos por un encuentro con Trump fue invitado al Congreso.

El mandatario inició su alocución resumiendo lo que proclamó como sus «increíbles resultados» al frente del gobierno que se constituyó en una especie de slogan y que repetía sistemáticamente: los empleos prosperando, los ingresos creciendo, la pobreza cayendo, el crimen decreciendo, la confianza resurgiendo y Estados Unidos siendo respetado nuevamente en el mundo. De esta manera rápida y simplificada, mostró sus «principales logros», en realidad constituía una retórica artificial que chocaba con una realidad política en la que amplios sectores de la población estadounidense pedían a gritos un cambio profundo en lo económico, político y social.

Con el claro propósito de movilizar a sectores del electorado profundamente chovinistas y conservadores, el mandatario empleó el recurso de la «nación perfecta» al proclamar que:

En solo tres años he desterrado la mentalidad del declive americano (...) estoy entusiasmado de decirles que nuestra economía es la mejor que jamás hemos tenido. Nuestro poderío militar está completamente reconstruido, nuestras

fronteras están seguras y nuestras familias están floreciendo, los valores están renovados y nuestro orgullo está restaurado. Por estas razones, yo digo que el estado de nuestra unión es más fuerte que nunca antes.⁷

Por si fuera poco, Trump culminó ese segmento afirmando que estaban construyendo la sociedad «más próspera e inclusiva del mundo». Sobre esta última alusión y dando muestras de su necesidad de persuadir al sector joven del electorado, precisó que el próximo paso para construir una sociedad inclusiva sería «asegurarnos que cada joven en Estados Unidos tenga una gran educación y la oportunidad de lograr el sueño americano»,⁸ lo que constituyó un mensaje para el segmento de la juventud más desfavorecido y de menos ingresos entre los que sobresalen los afroamericanos y los hispanos.

En este sentido y con una fuerte carga retórica, enfatizó que cada joven debe tener un entorno seguro y debe garantizarse una nueva generación saludable y libre de drogas, lo que no es posible lograr en un país con profundos problemas estructurales donde se repite interminablemente el ciclo de la violencia.

En materia de defensa y seguridad interior, el mandatario destacó que han invertido grandes recursos en el poderío militar, en aviones, misiles, barcos y lo que calificó como «otros tipos de equipamiento militar». Además, puso especial énfasis en la creación de la denominada Fuerza Espacial de Estados Unidos. En el área de la seguridad, señaló que la Agencia de Cumplimiento de las Leyes Migratorias (ICE, por sus siglas en inglés) durante el 2019 arrestó a más de 120 000 criminales extranjeros lo que desglosó en las siguientes cifras 45 000 asal-

⁷ Donald Trump: *2020 State of the Union Address*.

⁸ *Ibíd.*

tantes violentos, 10 000 ladrones, 5 000 asaltantes sexuales y 2 000 asesinos.

El incremento de las capacidades militares estadounidenses, constituyó un mensaje a los sectores republicanos más conservadores vinculados a la industria del armamento que tienen como una de sus prioridades esenciales el reforzamiento del poderío militar y el culto permanente a la doctrina del Destino Manifiesto. En este segmento dentro del Partido Republicano, se concentra una parte importante de los grandes donantes para las campañas republicanas y dentro de sus principales exigencias está reflejar a nivel político la importancia del desarrollo y expansión del armamento estadounidense, lo que Trump cumplió de manera invariable durante su gestión presidencial.

El manejo de los datos vinculados a los inmigrantes que cometen delitos en Estados Unidos, que nadie podría asegurar que son exactos, tuvo la intención de mostrar resultados concretos ante el segmento de electores que aprecia a la emigración como una amenaza no solo a la seguridad nacional estadounidense sino a sus propios intereses. Este es el sector que aboga por la construcción del muro, por la deportación de emigrantes y por las redadas o cacerías en varias ciudades donde estos se asientan. Trump en sus pronunciamientos públicos, de manera sistemática, se dirigió a esta clase blanca trabajadora que, de manera abierta, declaraba que su apoyo al mandatario estadounidense estaba condicionado a que mantuviera y reforzara la aplicación de políticas antinmigrantes.

Refiriéndose a América Latina y el Caribe mencionó a Cuba y Venezuela, apegándose a la retórica habitual que empleaba contra estas dos naciones. Sus pronunciamientos no fueron novedosos y se enmarcaron dentro de propósitos claramente electorales. Las referencias a La Habana y Caracas se enfocaron

en los mismos términos que exigían los sectores que, en Estados Unidos, defendieron la política de sanciones y que comprometieron su voto en las elecciones presidenciales.

No obstante, en esta ocasión se incorporó un elemento nuevo que fue la presencia del autoproclamado Juan Guaidó en el Congreso estadounidense, lo que se inscribió dentro de la estrategia de Washington de oxigenarlo internacionalmente, atendiendo a que se encontraba en su peor momento hacia lo interno de Venezuela a partir de su creciente pérdida de credibilidad, liderazgo y capacidad movilizativa.

La necesidad de Trump por reforzar el mensaje de que Guaidó es como afirmó: «el verdadero y legítimo presidente de Venezuela» no fructificó y, en la práctica, el gobierno estadounidense se «empantanó» en esa situación. Trump se vio forzado ante el mundo a gritar y vociferar esta aseveración porque es lo único que podía hacer ante un cadáver político que trataban de reanimar.

Cuando el mandatario estadounidense abordó este tema, también añadió la ya monótona píldora sobre el «fracaso de los sistemas socialistas» que constituía un recurso para infundir miedo, temor y rechazo en el electorado sobre cualquier propuesta, idea o alusión referente al socialismo ya sea «democrática o socialdemócrata». Esta vez dijo: «El socialismo destruye naciones».

Trump que cargaba permanentemente con sus demonios, su juicio político y sus luchas de poder, no tenía autoridad moral para realizar ningún comentario sobre capacidades destructivas, porque él en sí mismo encerraba la principal fuente de inseguridad internacional. Desde su toma de posesión el mundo y la sociedad estadounidense se convirtieron en lugares más inseguros y contribuyó al incremento de las tendencias suprema-

cistas, fundamentalistas y neofascistas a nivel mundial. Eso es realmente lo que construyó, no solo como «Estado de la Unión» sino como «Estado del Orden Internacional».

Entre la pandemia y las «elecciones presidenciales virtuales»:
¿Quiénes son los posibles electores?

El resultado de las elecciones presidenciales en Estados Unidos ha estado condicionado históricamente por varios factores: la economía, las variables sociodemográficas, la proyección y capacidad movilizativa de los candidatos, la recaudación financiera y los anuncios publicitarios. Más recientemente, se ha incorporado como un aspecto decisivo el empleo de las redes sociales atendiendo a que estos medios se han convertido en la principal fuente de información de los votantes estadounidenses.

Pero lo que nadie podía anticipar es que en los comicios del 3 de noviembre, una pandemia se convertiría en el factor decisivo que determinó la evolución y comportamiento del resto de las variables. El nuevo coronavirus era portador de una fuerte «carga explosiva» atendiendo a sus serias implicaciones multidimensionales por su letalidad para los seres humanos, por deteriorar severamente la economía nacional e individual, por transformar profundamente los hábitos y rutinas diarias de las personas, así como por su capacidad para modificar las prácticas electorales en Estados Unidos.

La COVID-19 y el imprescindible distanciamiento social que se requirió obligaron a que el proceso de elecciones presidenciales estadounidense se realizara en condiciones especiales, lo que conllevó a un empleo sin precedentes de las redes sociales que marcó una pauta en el diseño e implementación de las estrategias electorales.

Durante el mes de febrero del 2020, en unas elecciones presidenciales normales se vivía un momento intenso de mítines electorales donde los candidatos se dirigían a segmentos del electorado de manera directa, personal y con una interacción física sistemática. También se realizaban con mucha fuerza los eventos de recaudación de fondos que implicaban un gran número de actividades sociales donde participaban cientos de personas.

Los estrategas de las campañas presidenciales realizaban reuniones periódicas y discutían intensamente los próximos pasos dentro de la táctica electoral. Además, desarrollaban el trabajo a nivel local con los equipos que estaban desplegados en los denominados estados altamente competitivos donde se efectuaba el reclutamiento y orientación del personal que se encargaría del trabajo a ese nivel. En esencia, se realizaban múltiples actividades que requerían del contacto cercano entre las personas en un ambiente de normalidad.

A partir de la embestida del nuevo coronavirus, durante el mes de abril se comenzó a prescindir de esas prácticas históricas y los candidatos tuvieron que transitar hacia la virtualidad del ciberespacio como opción para el despliegue de sus campañas. Los mítines tradicionales fueron sustituidos por eventos online donde los candidatos se dirigían a los cibernautas-electores, los eventos de recaudación de fondos se realizaban fundamentalmente por internet y a los estrategas no les quedaba más remedio que intercambiar por las redes sociales. Es decir, aunque la campaña no se detuvo, la manera de realizarla cambió dramáticamente lo que implicó retos y desafíos.

De cara al futuro, estaban previstos dos momentos fundamentales dentro del proceso electoral: las convenciones de ambos partidos y el día de las elecciones. La mayoría de los estimados sobre la evolución de la pandemia en Estados Unidos,

modelaban que tardarían meses en regresar a la normalidad y algunos expertos en epidemiología vaticinaban la posibilidad de un segundo brote del nuevo coronavirus.

En ese contexto, se estaba planteando la posibilidad de realizar las convenciones partidistas, previstas inicialmente para agosto, de manera virtual para garantizar que no existieran contagios, lo que marcaría un hecho sin precedentes. Según las normas que regulan cómo deben realizarse estos eventos, no se prohibía explícitamente esta variante.

No obstante, también existían opiniones que señalaban la factibilidad de realizar las convenciones limitando el número de personas y «asegurando» una distancia prudencial entre ellas. Esta última alternativa se sustentaba en el argumento de la necesidad de preservar el show político en que se convierten estos escenarios que están cargados de retórica, propaganda y espectáculo a los que estaba acostumbrado Donald Trump.

Por otro lado, y posiblemente resultaba el asunto de mayor complejidad, ¿cómo se realizarían las elecciones del 3 de noviembre? Las opciones eran dos: que los votantes concurrieran a los colegios electorales o que todos los participantes en los comicios lo hicieran a través del correo postal. Sobre este último aspecto, los republicanos y, en especial, Trump habían manifestado su oposición, lo que estaba vinculado a que consideraban que podría ser perjudicial para sus intereses y declararon que esa opción abría la posibilidad del «fraude electoral».

Estos elementos indicaban que la COVID-19 no solo se había convertido en el factor determinante de las elecciones presidenciales de Estados Unidos, sino que tuvo la capacidad de modificar todas las prácticas electorales conocidas y marcó de manera definitiva la forma en que se desarrollarían los eventos en ese país en el corto y mediano plazo.

Las elecciones en Estados Unidos constituyen un proceso político de alta complejidad en el que inciden simultáneamente múltiples factores y actores en un contexto sociohistórico determinado. En esencia, todos los esfuerzos están dirigidos a conformar una coalición de votantes que les garantice a los aspirantes obtener los votos electorales necesarios para llegar a la Casa Blanca. En ese sentido, los equipos de campaña de los candidatos presidenciales trabajaron intensamente por energizar a su base política más sólida, cautivar a segmentos del electorado que estaban indecisos y también realizaron múltiples maniobras para evitar que potenciales votantes asistieran a las urnas. Era una combinación de retórica, manipulación, seducción y promoción del odio que se convirtió en el instrumento esencial en la campaña de Donald Trump.

Toda esa embestida y sobresaturación política estaba dirigida principalmente a los posibles votantes que podrían convertirse, o no, en electores el 3 de noviembre del 2020. Teniendo en cuenta estos elementos, resulta relevante para cualquier análisis comenzar por delimitar, en términos generales, las principales características de los que se califican como los votantes registrados. Este punto de partida nos permitiría aproximarnos a responder una interrogante clave: ¿quiénes serían los posibles votantes?

Según un estudio del Centro de Investigaciones Pew de Washington,⁹ el 34% de los votantes registrados se identificaban como independientes, el 33% como demócratas y un 29% como republicanos, lo que consolidaba la tendencia de los últimos ciclos electorales de que la mayoría del electorado no tiene confianza en ninguno de los partidos tradicionales. Los resultados de la investigación también arrojaron que dentro de ese sector

⁹ Pew Research Center: «An early look at the 2020 electorate».

de independientes, el 49% se inclinaba por el Partido Demócrata y el 44% por el Partido Republicano. Estos datos sugerían, en principio, que la base política demócrata era más amplia que la republicana, pero solo por estrecho margen.

No obstante, todos estos números eran relativos sin capacidad para medir factores subjetivos como el entusiasmo dentro de estos sectores y tampoco en qué medida estas inclinaciones podían modificarse hacia un candidato u otro antes de noviembre. Por lo tanto, las cifras solo adquirirían sentido cuando se ubicaban en el contexto específico donde transcurrían las elecciones. La grave crisis nacional que estaba viviendo Estados Unidos, expresada fundamentalmente en el impacto devastador contra la salud pública que había provocado la COVID-19, la recesión económica, las manifestaciones por la brutalidad policial contra la población afroestadounidense y la desastrosa gestión presidencial, configuraban un escenario interno que favorecía al candidato demócrata.

Por otro lado, el estudio determinó que el 69% de los votantes registrados eran blancos, lo que indicaba la preeminencia de este grupo en el electorado estadounidense. En el caso de los afroestadounidenses y los hispanos representaban el 11% cada uno y los asiáticos el 8%. Sin embargo, continuaba la tendencia decreciente del segmento de la llamada mayoría blanca atendiendo a que hace 20 años representaba el 85%. Los grupos minoritarios en las dos últimas décadas habían crecido del 15% al 30%. En el caso de los hispanos, en ese mismo período de tiempo triplicaron su representación en el electorado.

En este sentido, se incrementaba la diversidad racial y étnica en los votantes que tenía su mayor expresión en el Partido Demócrata debido a que el 40% de los electores pertenecían a alguna minoría (afroestadounidenses, hispanos, asiáticos u otros

grupos étnicos). Por su parte, la base del Partido Republicano seguía siendo abrumadoramente de blancos debido a que solo el 17% pertenecía a minorías. De cara al futuro y dadas las profundas transformaciones sociodemográficas en esa nación, que es un proceso irreversible, esto constituye una debilidad estratégica para este partido debido a que está llamado a adecuarse a las circunstancias.

En cuanto al nivel educacional, el 64% no tenía estudios universitarios y la mayoría de estos electorales se concentraban en el Partido Republicano. La investigación determinó que el 57% de los votantes registrados republicanos mostraban un nivel de escolaridad por debajo de la enseñanza superior. En cuanto a la edad, el 17% estaba entre 18 y 29 años; el 31% entre 30 y 49 años, así como el 52% tenía más de 50 años.

Con respecto a las creencias religiosas, el 64% de los votantes se declararon como cristianos (55% protestantes y el resto católicos). Uno de los datos más llamativos era que el 28% de los electores se identificó como no creyentes, lo que ha crecido en un 15% desde el 2008. Esta tendencia indica un incremento acelerado de los votantes que no profesan ninguna creencia religiosa que tiende a profundizarse en el corto y mediano plazo.

En este contexto, se evidenciaba un decrecimiento de protestantes evangélicos blancos (21% en el 2008 vs. 18% en la actualidad, protestantes no evangélicos blancos (19% vs. 13%) y blancos católicos (17% vs 12%). En el caso del Partido Republicano, el 32% de los votantes eran protestantes evangélicos, lo que constituye una de los segmentos más sólidos dentro de las bases del partido. Por su parte, el 38% de los votantes demócratas dijeron ser no creyentes.

De manera general, estas eran las principales características sociodemográficas del electorado estadounidense que estaba en

capacidad legal de ejercer su voto en los comicios de noviembre. Los cambios que ocurrían en ese segmento de la población se manifestaban en los últimos años con una intensidad que no tenía precedentes, lo que evidencia que en el mediano y largo plazo estaremos en presencia de transformaciones significativas de las coaliciones electorales. Estos elementos también indican que el declive de esa mayoría blanca, anglosajona, protestante y fundamentalmente perteneciente a la clase trabajadora, impactará de manera decisiva en el futuro electoral de Estados Unidos.

Un aspecto de interés, constituyó la publicación en febrero de 2020 de los resultados de un estudio integral sobre los ciudadanos estadounidenses con capacidad electoral que decidían no ejercer su derecho a votar en las elecciones presidenciales. La investigación formó parte de un proyecto titulado «100 millones: La historia no contada de los estadounidenses que no votan».¹⁰ La Knight Foundation y la firma consultora especializada Bendixen & Amadi International coordinaron todo el proceso de recogida de datos y su procesamiento.

La primera conclusión del informe fue que en los comicios presidenciales del 2016, un 43% de la población estadounidense elegible para votar tomó la decisión de no asistir a las urnas, lo que equivale a una cifra que se aproxima a los 100 millones de personas. Si tenemos en cuenta que en esas elecciones la candidata Hillary Clinton recibió 65 millones 853 514 votos y su rival Donald Trump obtuvo 62 millones 984 828, entonces la mayoría de los ciudadanos estadounidenses decidieron quedarse en sus hogares y no votar por ninguno de los candidatos, lo que constituye una expresión concreta de la falta de legitimidad de la llamada «democracia americana».

¹⁰ Knight Foundation: «The 100 millions Project».

Como bien afirmaba la investigación divulgada: «este segmento de la población no recibe la atención que debería ni en el discurso político nacional ni dentro del círculo de especialistas sobre temas electorales».¹¹ Por lo tanto, existe un silencio intencional y cómplice acerca de una de las realidades políticas que más ilustra el descrédito del sistema político estadounidense.

Este informe que se convirtió en el primer estudio profundo y riguroso sobre el tema, llenó un vacío y reveló con múltiples detalles por qué estos ciudadanos deciden no votar, cuáles son sus posiciones políticas y cuál es su perfil sociodemográfico. Una parte de estos 100 millones desempeñaron un rol importante en las elecciones de noviembre del 2020.

El estudio se basó en una muestra representativa a nivel nacional de 12 000 estadounidenses que han sido calificados como los «no votantes crónicos», quienes han mantenido una posición sostenida en el tiempo de no participar en los procesos electorales. Los resultados arrojaron que este numeroso grupo no es monolítico y es tan variado como la propia sociedad estadounidense por lo que se encuentran representados en todas las manifestaciones del espectro político, la estructura socioclasista y los niveles de educación de la población adulta estadounidense.

Entre las conclusiones principales de los sondeos realizados resaltaban las siguientes: la mayoría de los no votantes sienten desconfianza por el sistema electoral estadounidense y tienen serias dudas sobre el impacto de su voto, lo que se evidencia en que el 38% considera que las elecciones no representan la voluntad del pueblo y lo atribuyen a que el sistema es corrupto.

Adicionalmente, en este segmento prevalece la tendencia a considerar que los votos no son contados de manera precisa y

¹¹ *Ibíd.*

que las decisiones de los elegidos no tienen un fuerte impacto en sus vidas. También se determinó que no consumen muchas noticias y se sienten desinformados. Consideran que no tienen suficiente información sobre los candidatos y sobre los temas que inciden en las elecciones. Comparado con los estadounidenses que votan de manera sistemática, leen mucho menos y consumen más programas de entretenimiento.

Con relación a los criterios para no ejercer su derecho al sufragio, se combinan varias razones dentro de las que sobresalen: no le gustan los candidatos, no conocen a los aspirantes y su agenda, y consideraron que su voto no marcaría la diferencia. Aquellos no votantes que refirieron su desconfianza en el proceso de elecciones apreciaron que el voto popular no determina el resultado de los comicios, lo que se expresó durante la elección de Donald Trump en el 2016.

Con respecto a las posiciones políticas, el 31% de los encuestados se consideraron demócratas, el 26% republicanos y el 28% independientes. Aunque como dato de interés, el 12% planteó que no sabía realmente cuál era su filiación política. Sobre los temas que más le preocupaban, las prioridades fueron las siguientes: migratorio (19%), salud (13%), economía/empleo (13%), control de armas (8%), racismo (7%) y cambio climático (5%). Si se tiene en cuenta la posición de este segmento sobre Donald Trump, el 51% tenía una opinión desfavorable y el 40% apoyaba su gestión de gobierno.

La investigación determinó que los no votantes constituyen un grupo muy diverso desde el punto de vista sociodemográfico. Según los resultados, el 53% son mujeres y el 47% hombres. El 65% son blancos angloamericanos, el 15% hispanos, el 13% afroamericanos y el 4% asiáticos. Con relación al nivel de educación, el 37% refirió que tiene estudios universitarios,

lo que comparativamente es mucho menor con relación a los votantes activos que en su mayoría (53%) han declarado contar con este tipo de estudios.

Sobre los niveles de ingresos, el 44% reportó estar por debajo de los 50 000 dólares anuales, lo que también marca una diferencia con los que votan habitualmente al ubicarse este indicador en 26%. Por lo tanto, los no votantes constituyen un segmento con menos posibilidades de acceso a la educación y a los ingresos en comparación con los ciudadanos estadounidenses que regularmente concurren a las urnas.

Un aspecto de relevancia es que el grupo más representado dentro de los no votantes teniendo en cuenta las generaciones en las que se divide la sociedad estadounidense son los denominados millenials. Las personas que tienen entre 25 y 39 años constituyeron el 40%, lo que se diferencia sustancialmente de los votantes activos que se concentran fundamentalmente en el grupo mayor de 51 años que representa el 51%.

Uno de los principales objetivos del estudio estuvo enfocado en explorar las posiciones de este 43% del electorado estadounidense con relación a las elecciones presidenciales de 2020. Sobre este aspecto, de los resultados se destacaron los siguientes elementos: el 57% consideró que las elecciones son más importantes en comparación con otros eventos políticos similares que han experimentado en sus vidas, el 71% refirió que tenía previsto votar en noviembre y de ellos el 78% dijo que era una decisión firme, así como más del 40% planteó que la motivación para votar estaba directamente vinculada a sus «sentimientos» con respecto a Donald Trump. En esencia, este segmento formaría parte de unas elecciones que mostrarían la mayor participación en toda la historia de esa nación.

Millenials y generación Z: los jóvenes estadounidenses toman las calles

El asesinato del afroamericano George Floyd provocó cientos de protestas que se extendieron por todos los estados de la Unión. Las manifestaciones devinieron en la respuesta de una parte de los estadounidenses a las múltiples crisis por las que atraviesa ese país. Uno de los aspectos más visibles en estos eventos fue la amplia y activa participación de los jóvenes. Durante el funeral de Floyd en Minneapolis, el reverendo Al Sharpton dijo: «cuando miro estos tiempos, veo marchas que en algunos casos los jóvenes blancos superan en número a los negros».

En las diferentes manifestaciones que estremecieron a la nación estadounidense, se mezclaron las dos generaciones más jóvenes de Estados Unidos: los llamados millenials que en aquellos momentos tenían entre 25 y 39 años, así como la nombrada generación Z en la que los más «viejos» tenían apenas 23 años. En las protestas, sus caras eran las más visibles porque constituían la mayoría de los que decidieron lanzarse a las calles espontáneamente debido a que compartían muchos intereses y, en especial, sentían que era un momento único para promover cambios imprescindibles en un sistema que los ha manipulado y defraudado.

Si bien las demandas fundamentales de estas manifestaciones se centraron en exigir el cese del racismo sistémico, eliminar la brutalidad policial y abogar por una reforma del sistema de policía, esos jóvenes son portadores de una profunda frustración con el modelo de capitalismo que les han impuesto y consideran que ya es suficiente, lo mismo que dijo Floyd cuando era asesinado: «no pueden respirar».

Los millenials y los miembros de la generación Z actuaron con una rebeldía que no solo se debe a una mera inconformidad con la problemática específica del racismo sistémico que sufre Estados Unidos. Si analizamos estas protestas en su contexto y momento histórico, es evidente que las motivaciones de estos jóvenes fueron más profundas, aunque no tuvieron la capacidad de articularlas en exigencias que culminaran en resultados concretos o, ni siquiera algunos tenían claro las esencias de por qué se lanzaban a tomar las calles.

Ellos estaban reaccionando a todas las pandemias que coexisten en esa nación que fundamentalmente se expresan en: una desigualdad extrema en la distribución de la riqueza, una polarización que convierte a la sociedad en una especie de grupos rivales que no se toleran mutuamente, el incremento de la violencia, el racismo y la pobreza de todo tipo, sin límites visibles o mecanismos capaces de controlarlos, la guerra interminable entre las diferentes ideologías y partidos políticos por disputarse las cuotas de poder, así como la vergonzosa corrupción política que tenía su máxima expresión en el entonces presidente de Estados Unidos, quien era el principal patrocinador del odio y la división de su pueblo.

Por último, la pandemia del nuevo coronavirus ha contribuido a la aceleración de todos estos «males crónicos» y ha evidenciado la incapacidad de un sistema sanitario que ha colapsado llegando a ocasionar en suelo estadounidense más del doble de las muertes sufridas por los soldados norteamericanos en Vietnam. Si bien los millenials y la generación Z no están por sus edades dentro de la población de mayor riesgo, sí constituyen un segmento muy golpeado por el resto de las pandemias económicas, políticas y sociales.

Este ambiente es profundamente tóxico y estos jóvenes han tenido que convivir con estas «enfermedades» que lamentablemente no pueden ser tratadas en los marcos definidos por el actual modelo de capitalismo que rige en la nación estadounidense. Varios de ellos saben que tienen la capacidad y el potencial suficiente para transformar el *statu quo* en el mediano y largo plazo debido a que en las próximas décadas están llamados a convertirse en los futuros líderes de ese país. En ese sentido, muchos comprenden que el primer paso implica involucrarse en el «juego de la política» y un primer objetivo claro de la mayoría era emitir un voto de castigo contra Donald Trump en las elecciones presidenciales. ¿De cuántos jóvenes estamos hablando? ¿Qué peso podrían tener? ¿Cómo piensan?

Según los resultados de estudios demográficos del Centro de Investigaciones Pew de Washington¹² puede concluirse que entre los millenials y la generación Z se concentró casi el 30% del voto en los comicios del 2020. Constituyeron el segmento poblacional más numeroso y son aproximadamente el 40% de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, tienen un peso fundamental en la participación política y en la dinámica económica del país, están desempeñando un rol esencial.

Teniendo en cuenta la filiación política de estas dos generaciones, el 50% de estos jóvenes se identificó como independiente como un reflejo del descrédito en que están inmersos los partidos demócrata y republicano desde hace varios años. Es decir, la mitad no encuentra en la agenda y programas políticos de la partidocracia tradicional ningún atractivo debido a que no responden a ninguno de sus intereses. Esta tendencia de cara al futuro es muy preocupante para los diferentes grupos de poder

¹² Pew Research Center: «Where millennials end and generation Z begin».

que controlan ambos partidos debido a que no es sostenible en el tiempo ignorar las exigencias y demandas de estas generaciones que están llamadas a convertirse en los «motores de cambio» de esa sociedad.

La élite política sabe que lo más desafiante y preocupante es que solo hay dos opciones: ambos partidos comienzan a modificar su agenda para acercarla a las prioridades de estos jóvenes o existe el peligro real de que tome mayor fuerza un movimiento político llamado «socialismo democrático». En la práctica, la mayor capacidad de adecuación está en el Partido Demócrata. En esencia, sin el apoyo de una cifra importante de millenials y jóvenes de la generación Z no hubiera sido posible derrotar a Donald Trump.

Entre ambas generaciones existen diferencias sobre aspectos puntuales, aunque son más los elementos comunes que las divergencias. Entre las principales coincidencias sobresalen: siete de cada diez jóvenes se inclinan por el Partido Demócrata; la mayoría considera que es necesario un «gobierno más grande» que implemente programas sociales enfocados en favorecer a los sectores más vulnerables de la población; defienden que el gobierno tiene la responsabilidad de asegurarles a los estadounidenses la cobertura médica; consideran que la discriminación racial es la principal razón por la que la población negra en Estados Unidos no puede progresar, así como creen que los inmigrantes contribuyen a fortalecer el país y se oponen fervientemente a la construcción del muro en la frontera con México.

Estas posiciones están profundamente marcadas por las vivencias de estos jóvenes que, en el caso de la generación Z nacidos a partir de 1997, son verdaderamente nativos digitales y no tienen ningún recuerdo claro del mundo antes de los

teléfonos inteligentes. Los «más viejos» de ellos que en el 2020 tenían 23 años, cuando los atentados del 11 de septiembre solo tenían cuatro años y durante la crisis financiera del 2007 solo tenían diez. Por lo tanto, eran unos niños cuando ocurrieron las dos primeras grandes crisis del siglo XXI en la nación estadounidense.

No era posible en aquel entonces salir a las calles porque sus preocupaciones e intereses estaban marcados por la ingenuidad de la infancia, que para muchos pudo haber sido especialmente dura porque estas generaciones son muy diversas desde el punto de vista racial, étnico y cultural, lo que se refleja en que el 45% pertenecen a minorías (hispanos, afroamericanos, asiáticos y otras razas).

En esencia, esta «tercera gran crisis» que ha tenido un impacto devastador y no tiene precedentes, a la mayoría les ha estremecido su existencia como seres humanos y muchos de ellos han decidido canalizar toda su frustración y rebeldía gritando en las calles como una manera de demostrar que seguir sufriendo en sus casas o manifestarse en las redes sociales ya no es una opción. El factor catalizador en esta ocasión fue el asesinato de George Floyd, pero en el futuro próximo este tipo de protestas continuarán, e incluso, podrán ser de mayor alcance e intensidad.

Estados Unidos y sus múltiples pandemias: Más allá del coronavirus

La narrativa más conservadora de los poderes hegemónicos sobre el nuevo coronavirus ha tratado de responsabilizar a la COVID-19 con las serias problemáticas estructurales que aquejan al modelo capitalista actual. Estados Unidos no escapa a esta

realidad y constituye un ejemplo ilustrativo sobre el manejo desastroso de la pandemia. La esencia es que esta enfermedad por su alcance y efectos ha resultado ser un catalizador vertiginoso de todas las pandemias que durante décadas ha creado y reproducido el modelo capitalista estadounidense.

Aunque es lamentable el impacto devastador del nuevo coronavirus, lo cierto es que no es resultado de un sistema político en específico, sino que su origen y evolución desconocen fronteras e ideologías. Además, su permanencia en el tiempo, como otras pandemias en el pasado, siempre sería limitado debido a que en algún momento se puede detener por el descubrimiento de una vacuna, o al menos, aprender a convivir con la enfermedad bajo ciertos niveles de control.

Estos aspectos lo distinguen de las pandemias más severas que azotan a Estados Unidos en la actualidad y que son parte consustancial de su modelo político. Estas enfermedades endémicas perduran por décadas, se agravan cada día, cobran cientos de miles de vidas anualmente y lo más lamentable es que el sistema no puede darle solución.

Entre las múltiples pandemias destacan: la profunda desigualdad en la distribución de la riqueza (polarización económica), la pobreza y agudas problemáticas sociales entre las que se incluye el racismo (polarización social), la corrupción política que se expresa en el fuerte descrédito y la falta de confianza en el sistema político estadounidense y sus principales figuras, así como el declive progresivo e irreversible de Estados Unidos en el escenario internacional.

En primer lugar, se encuentra la profunda desigualdad en la distribución de la riqueza que viene siendo el «origen de todos los males» y que en la actualidad alcanza niveles sin precedentes. En ese sentido, los ejemplos más contundentes son: la familia

Walton —es la más rica de Estados Unidos (los dueños de Walmart)— que acumula una fortuna de 151 000 millones de dólares equivalente al ingreso de alrededor de 140 millones de estadounidenses y Jeff Bezos, dueño de Amazon, que a mediados del 2020 tenía una fortuna de 145 000 millones de dólares.

En tiempos de coronavirus, ocho multimillonarios de ese país han visto incrementar su fortuna en más de 10 000 millones de dólares en el primer semestre de 2020. En ese mismo período de tiempo, se estima que más de 30 millones de estadounidenses han perdido sus empleos.

A estos extremos en la distribución de la riqueza, se le llama polarización económica y constituye el fundamento del resto de las problemáticas. Esta polarización ubica en uno de sus polos a las llamadas élites del poder que someten, controlan y dirigen los destinos de esa nación. En ese sentido, se encuentran las élites económica, política, militar y de seguridad nacional, y la intelectual. Aunque existen contradicciones entre ellas que se han profundizado, todas coinciden y tienen como prioridad que esa gran mayoría de la población estadounidense mantenga su condición de subordinación y sometimiento.

No obstante, cada día es más difícil de ocultar esta realidad. Amplios sectores en Estados Unidos están demandando y exigiendo un cambio en esta situación, especialmente las generaciones más jóvenes, lo que implica que la dominación de esas élites sea en un entorno más complejo y desafiante que hace unos años atrás. El marco ideológico en que operaban tradicionalmente estos grupos de poder ejerciendo un férreo dominio, se ha modificado y la orientación hacia el futuro de esas transformaciones indica que las bases de su hegemonía se están deteriorando progresivamente.

Esta situación conlleva a la polarización social reflejada con mayor fuerza en el hecho de que a finales de 2020 vivían en ese país alrededor de 40 millones de pobres y 18,5 millones en pobreza extrema. Los mayores afectados son las minorías (hispanos, afroamericanos, asiáticos) y los inmigrantes. Evidentemente no sorprende que estos mismos grupos vulnerables económica y socialmente hayan sido los más severamente golpeados por el nuevo coronavirus.

A partir del agravamiento de esta polarización social, desde hace varios años se experimenta un incremento de la pobreza dentro de la población blanca estadounidense y, lo que es más preocupante, un declive de la clase media en Estados Unidos que constituye el segmento de la población que encarna el denominado «sueño americano» para algunos convertido en las circunstancias actuales en una pesadilla. Los estudios recientes sobre este tema han demostrado que los jóvenes estadounidenses viven en peores condiciones económicas que sus padres, lo que genera una gran incertidumbre sobre su futuro y provoca desencanto y frustración.

Estos fenómenos determinan que la sociedad se estructure en grupos bien diferenciados y contrapuestos. En la actualidad es visible el abismo que los separa en cuanto al acceso al empleo (no solo es emplearse sino es la calidad, lo que implica tener dos y tres trabajos), la salud, la educación (un año en Harvard cuesta aproximadamente 65 000 dólares), la vivienda, la alimentación, es decir, a las condiciones básicas que requiere un ser humano. Todo esto genera fuertes contradicciones que se expresan en el incremento de la violencia en todas sus modalidades, el racismo, la xenofobia, el consumo de drogas, el empleo de las armas de fuego, los crímenes por odio, etc.

El asesinato del afroamericano George Floyd fue resultado de estas problemáticas estructurales, y la reacción sin precedentes que provocó ese crimen a nivel nacional fue reflejo de que amplios sectores de esa nación están lacerados profundamente. El racismo sistémico siempre ha existido en Estados Unidos, pero la sociedad ha cambiado y por eso las respuestas son diferentes.

Esta situación agravada por los efectos de la COVID-19 y por un gobierno como el de Trump que promovía el odio y la violencia, provocó fuertes tensiones sociales y los grupos funcionaban como segmentos de la población rivales que no se toleraban mutuamente llegándose a niveles incontrolables que generaron que cualquier evento o hecho se convirtiera en un detonante para la ocurrencia de grandes protestas y manifestaciones como las que sucedieron durante el 2020.

Prevalecía también en la sociedad una percepción de descrédito y falta de confianza en el sistema político y los partidos tradicionales provocado en gran medida por la grave corrupción política que tuvo en Donald Trump a su principal exponente. El alcance de este sentimiento de decepción, que en la actualidad ha llegado a niveles sin precedentes, tiene un reflejo muy claro en la compleja polarización ideológica que existe hoy en Estados Unidos.

En este sentido, los extremos más evidentes son los defensores de las posiciones más derechistas y radicales en contraposición con las posiciones que promueve el llamado movimiento progresista o el socialismo democrático. El primer grupo está constituido principalmente por la denominada «derecha alternativa» que en sus proyecciones aboga por el supremacismo blanco representado en sectores que promueven el odio, el racismo y la violencia que encontraron una voz y un líder en

Donald Trump. Por otra parte, se encuentra el movimiento liderado por Bernie Sanders que tiene como seguidores fundamentales a los jóvenes y, dentro de su agenda política, propone una visión más humana al modelo de capitalismo salvaje que existe hoy en esa nación. Sus propuestas están orientadas a garantizar una distribución más equitativa de la riqueza, cobertura universal de salud, educación gratuita, mejoras salariales para los trabajadores, facilidades para los inmigrantes y medidas para enfrentar el cambio climático, entre otras.

Todas estas iniciativas fueron consideradas tan radicales que los grupos de poder que controlan el Partido Demócrata ante el peligro real de que Sanders se convirtiera en el candidato, decidieron incidir en este proceso y solicitaron al resto de los candidatos con opciones que renunciaran para que Biden se ubicara en una posición más ventajosa. En esencia, esto también demuestra la polarización y contradicciones que existe hacia lo interno del propio Partido.

Esta polarización se expresa igualmente en el área mediática donde existen públicos bien diferenciados que consumen información exclusivamente por algunos medios televisivos, emisoras de radios y plataformas digitales. Por ejemplo, Fox News, Breitbart News y los programas de radios de la derecha cristiana tienen una audiencia extremadamente conservadora y constituyeron el núcleo duro de la base política del Partido Republicano que determinaban ese 40% de apoyo que mostraba Donald Trump en las encuestas.

Por otra parte, CNN, ABC, NBC y varias plataformas digitales constituyen la principal fuente de información de sectores liberales o tendencias más moderadas. Hay otra parte de la población estadounidense que son decenas de millones que no le interesa consumir información política y se centran exclusi-

vamente en programas de entretenimiento que también están diseñados con una intencionalidad política.

Otra de las problemáticas graves que permanentemente afectaban a la sociedad estadounidense con serias implicaciones internacionales era el desempeño del presidente Donald Trump, quien llegó a la Casa Blanca precisamente como un resultado de la crisis sistémica que vive Estados Unidos. Por lo tanto, fue una expresión y no la causa. No obstante, Trump se convirtió en un factor catalizador de los problemas estructurales a partir de las políticas que promovió, su retórica y el estilo de ejercer la presidencia. Agravó y exacerbó, de manera especial, las tensiones sociales al promover conductas violentas por parte de grupos neofascistas, incentivar el odio con expresiones racistas y xenófobas, así como contribuyó a deteriorar la imagen de Estados Unidos en el mundo.

Sobre este último aspecto, una investigación realizada por el Centro de Investigaciones Pew publicada en el 2020 reveló que el nivel de desaprobación de Trump a escala global estaba en el 64%, siendo uno de los mandatarios que generaba más rechazo internacional. La canciller federal de Alemania, Ángela Merkel, el presidente de Francia Emmanuel Macron y los mandatarios Putin y Xi Jinping exhibieron un nivel de aprobación a nivel mundial superior a Trump, quien solamente mostró niveles de aprobación favorables en sectores de la derecha en Hungría, Brasil, Polonia, Francia e Italia donde los grupos neofascistas también consideraron que él los representaba.

La sociedad estadounidense se encuentra en una etapa de profunda crisis sistémica y todo indica que se agravará en el corto y mediano plazo. Puede afirmarse que las múltiples pandemias persistirán y sobrevivirán a la COVID-19 debido a que, para ellas, no existen vacunas ni posibles soluciones.

Biden en busca de una candidata a la vicepresidencia. Las convenciones partidistas

Desde que Biden se convirtió en el virtual candidato demócrata, la selección de su compañera de fórmula acaparó la atención mediática en Estados Unidos. A mediados de julio de 2020, comenzó el debate, las especulaciones y rumores sobre cuál de las aspirantes estaba en mejores condiciones para ser seleccionada.

Tradicionalmente la selección de los candidatos a vicepresidentes en esa nación obedece a varios criterios políticos, pero en esencia, se trata de un proceso complejo que tiene el propósito de escoger a una persona que complemente al candidato presidencial a partir de que incremente sus posibilidades o disminuya sus debilidades hacia un sector determinado de los votantes o en uno de los estados decisivos.

Por lo tanto, el aspirante a vicepresidente siempre es seleccionado por sus potencialidades para contribuir a la victoria, aunque no necesariamente define el resultado final de las elecciones. No obstante, cada ciclo electoral tiene sus peculiaridades y los comicios del 3 de noviembre serían uno de los más controversiales de la historia. Teniendo en cuenta estos elementos, esta designación adquiriría una relevancia, quizás sin precedentes, no solo por su significación a corto plazo sino por su repercusión para las elecciones presidenciales del 2024.

Como es habitual, Biden creó un equipo para la selección de la candidata que trabajó intensamente en el estudio, investigación y entrevistas con las aspirantes. Según la prensa estadounidense, la lista corta inicialmente estaba conformada por cinco mujeres: la senadora Kamala Harris, la exasesora de Seguridad Nacional Susan Rice, la congresista Karen Bass, la legisladora Val Demings

y la alcaldesa de Atlanta, Keisha Lance Bottoms. Además del denominador común en el género, todos eran afroamericanas.

En ese sentido, era la primera vez en la historia de esa nación que una mujer negra tenía la posibilidad de ser propuesta para vicepresidenta, lo que representaba una ruptura con las tradiciones y prácticas convencionales establecidas en Washington sobre este tipo de procesos, debido a que, normalmente, estas designaciones son reservadas para hombres blancos de la élite política. Solamente en dos ocasiones en la historia de ese país, las mujeres han sido propuestas como compañeras de fórmula.

El primer caso fue la congresista demócrata por Nueva York, Geraldine Ferraro, quien fue seleccionada por Walter Mondale, y el ejemplo más reciente fue en el 2008 con la selección de la gobernadora de Alaska, Sarah Palin, que acompañó a John McCain. Como resultado del profundo racismo sistémico y el sexismo político que prevalece en Estados Unidos, solamente dos mujeres negras han sido senadoras en el Congreso Federal: la demócrata Carol Moseley Braun en 1992 y la entonces senadora Kamala Harris hasta el 2020.

El contexto interno de Estados Unidos condicionó que el establishment del Partido Demócrata y su aspirante presidencial concluyeran que una mujer negra era la opción que más se ajustaba a las necesidades, intereses y reclamos de un electorado demócrata que estaba exigiendo cambios profundos en la agenda del partido y en la dinámica de funcionamiento de la sociedad. El asesinato de Floyd y su impacto social se había convertido en un factor determinante en esta decisión.

Partiendo de las características singulares de las pasadas elecciones y, en especial, del entonces aspirante Joe Biden la pregunta clave era: ¿qué criterios serían decisivos para la selección

de la candidata? Varios estrategias de campaña, expertos, estudiosos y público interesado en esta temática se involucraron en un intenso debate para tratar de descifrar esa interrogante. La lógica tradicional que se aplicaba a este tipo de decisiones en esta ocasión no funcionó.

En primer lugar hay que tomar en cuenta que las elecciones no se parecieron a ninguna de las anteriores por las circunstancias en que se desarrollaron. Entre las principales variables que se consideraron estuvieron las siguientes:

- Biden y su equipo no solo estaban pensando en la candidata con una visión de corto plazo para ganar las elecciones, sino que valoraban si esa persona era capaz, ante determinadas circunstancias, de desempeñarse como presidenta. Debe tenerse en cuenta que Biden tiene una edad avanzada y no es descartable un escenario de sucesión presidencial ante posibles eventualidades asociadas a su estado de salud. Por lo tanto, la vicepresidenta debe estar lista desde el primer día para sustituirlo.
- Debía combinarse en la candidata un perfil político que comprendiera ser una figura de cierta relevancia nacional, tener experiencia ejecutiva ya sea a nivel federal o estadual, haber sido elegida para algún cargo político, ser atractiva para un sector de votantes claves, así como estar en condiciones de desempeñarse tanto en temas de política interna como prioridad, pero también en los asuntos de política exterior.
- Resultaba significativo que la persona tuviera un buen nivel de comunicación con Biden y, en especial, la certeza que la candidata mostrara lealtad. No se trataba de que fuera la persona más próxima o de mayor confianza para

- Biden, sino aquella que fuera capaz de trabajar en equipo y relegar a un segundo plano sus ambiciones políticas.
- Debía tener un peso decisivo en la selección, que la candidata fuera la menos vulnerable posible atendiendo a su pasado y presente debido a que no debía permitirse bajo ningún concepto que la campaña de Trump la convirtiera en un objetivo permanente de ataque que incidiera en la base electoral del Partido Demócrata y, en especial, en los votantes indecisos. Este era un elemento fundamental. Debía ser la persona que no ocasionara ningún daño o, en última instancia, el menor daño posible a la campaña de Biden.
 - El Partido Demócrata estaba pensando en su futuro y en términos de liderazgo era fundamental contar con una persona que estuviera en condiciones de convertirse en la candidata presidencial del 2024 atendiendo a que Biden probablemente sería un presidente de un solo mandato. En esencia, su misión fundamental era derrotar a Donald Trump.

A finales de julio del 2020, si se toma como referencia a la prensa estadounidense y medios especializados, las tres aspirantes con mayores posibilidades eran: Kamala Harris, Susan Rice y Karen Bass. No obstante, ninguna de las tres cumplía con todos los criterios debido a que tenían fortalezas y debilidades. En el caso de la senadora Harris tenía varios detractores que cuestionaban su lealtad a Biden, lo que presentaban como su principal vulnerabilidad para ser la candidata.

A Rice se le criticaba que nunca había sido elegida por el voto popular para ocupar ninguna responsabilidad y su experiencia ejecutiva estaba enfocada exclusivamente en temas de

política exterior. En el caso de Bass, se desató una feroz campaña contra su persona debido a que cuando falleció el líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, ella lo llamó Comandante en Jefe. Esta ofensiva con un fuerte componente orquestado por la derecha cubanoamericana, debilitó sus opciones apreciablemente. Finalmente, Biden se inclinó por Kamala Harris.

Después de esta decisión, correspondía dentro del calendario electoral celebrar las convenciones partidistas. Estos eventos, en cuanto a su concepción y despliegue rompieron con las prácticas habituales. Su singularidad estuvo dada no solo por la COVID-19, sino porque se realizó en un ambiente en el que prevaleció la frustración, la división, el odio y la promoción del miedo. Todos estos elementos fueron manejados por ambas partes con una visión diferente, pero con un mismo propósito: energizar a su base electoral y cautivar el voto de los que todavía no habían tomado una decisión. En el caso de la convención republicana, fue enfocada y personalizada casi exclusivamente en Donald Trump.

Aunque cada convención proyectó su propia interpretación de la situación que caracterizaba a la sociedad estadounidense, en ambas fue muy claro que el país transitaba por una crisis sin precedentes que tenía expresiones en todos los ámbitos de la vida nacional. En el mismo momento en que transcurrían estos «espectáculos políticos», miles de ciudadanos morían a causa de la pandemia, decenas de miles solicitaban ayuda gubernamental por quedar desempleados y el estado de Wisconsin era testigo de fuertes disturbios como resultado de que un afroamericano fue baleado en siete ocasiones por un policía. Sin lugar a dudas, nunca en la historia de esa nación las convenciones partidistas tuvieron lugar bajo esas circunstancias.

A partir de este contexto, los oradores de la Convención Demócrata se centraron en destacar que esa nación atravesaba por una situación sin precedentes que se manifestaba, en términos generales, en los siguientes rasgos: la peor crisis sanitaria en los últimos 100 años con más de 170 000 muertes en aquel momento; la más profunda recesión económica desde la Gran Depresión con más de 40 millones de desempleados; incremento de los hechos violentos y de la brutalidad policial contra las minorías como resultado del racismo sistémico; deterioro significativo del liderazgo internacional de Estados Unidos y agravamiento del sentimiento de frustración nacional.

Teniendo en cuenta estos elementos, varios oradores señalaron que estaba dañada «el alma de la nación estadounidense», lo que en términos prácticos significaba que cada día se hacía más difícil concretar esa construcción simbólica y atractiva denominada «sueño americano». Todos coincidieron que el principal responsable de esta etapa de decadencia de la «gran nación» era Donald Trump.

Por esa razón, el senador Bernie Sanders¹³ en su intervención al referirse al exmandatario destacó lo siguiente: «Está tratando de que las personas no voten, socavando el correo postal, desplegando militares y agentes federales contra protestantes pacíficos, ha amenazado con retardar las elecciones y ha sugerido que no saldrá de la presidencia si pierde». Si bien, algunos candidatos presidenciales republicanos se habían caracterizado por promover tácticas intimidatorias para suprimir el voto, ninguno llegó a los niveles de sordidez que proyectaba sistemáticamente Trump.

Por su parte, la intervención de Michelle Obama se enfocó en resaltar la profunda división y el odio que había sembrado

¹³ Bernie Sanders: *Full speech at the Democratic National Convention*.

Trump en la sociedad estadounidense a partir de su gestión presidencial. En su discurso, enfatizó como elemento principal que era imprescindible que los demócratas votaran masivamente para estar en condiciones de imponerse en las elecciones. Sobre este aspecto, resaltó que como los republicanos habían concluido que no podían ganar estaban tratando de cerrar precintos electorales en barrios donde viven las minorías, manipulaban las listas de votantes, preparaban personas para realizar acciones de intimidación durante las votaciones y estaban mintiendo sobre la seguridad de las boletas.

Por estas razones, la exprimera dama realizó un llamado a que se realizara el voto anticipado, a que los votantes por correo solicitaran de inmediato sus boletas y monitorearan que llegaran a los centros de votación, así como los que concurrieran a las urnas personalmente estuvieran dispuestos a realizar largas colas y no se desanimaran. En esencia, la alerta sugería que estas cuestiones prácticas sin lugar a dudas podrían marcar la diferencia el día de los comicios.

En el caso de Barack Obama, inició su intervención¹⁴ afirmando que él no esperaba que Trump coincidiera con su visión política ni que continuara con su agenda, pero sí estaba esperando de que asumiera el rol de presidente con seriedad. Sus pronunciamientos estuvieron enfocados en criticar fuertemente a Trump y responsabilizarlo por la situación del país a partir de su incapacidad y falta de voluntad para resolver las principales problemáticas que sufría Estados Unidos. Sobre Biden y Kamala insistió en que serían capaces de lograr cuatro metas que resultaban claves: controlar la pandemia, expandir el acceso a los servicios de salud, rescatar la economía y restaurar el lide-

¹⁴ Barack Obama: *Full speech at the Democratic National Convention*.

razgo estadounidense a nivel global, lo que constituirían las prioridades de un eventual gobierno demócrata.

Por su parte, Joe Biden trasladó en su discurso¹⁵ mensajes inclusivos abogando con mucha intensidad por la unidad. En ese sentido, reiteró que él sería el «presidente de todos los estadounidenses». En su intervención, un aspecto recurrente fue afirmar que Estados Unidos se encontraba en una etapa de «oscuridad» donde existía mucha ira, miedo y división. Al respecto, destacó que estaban viviendo una «tormenta perfecta» con la ocurrencia simultánea de la pandemia, la crisis económica, el racismo y los efectos del cambio climático.

El candidato presidencial demócrata delineó los pasos que adoptaría de inmediato para enfrentar el nuevo coronavirus al llegar a la Casa Blanca: realizaría test rápidos para identificar los enfermos de COVID-19 y sus resultados estarían disponibles con inmediatez; garantizaría los suministros médicos y el equipamiento de protección que se requieren para el enfrentamiento a la pandemia; así como aseguraría que las escuelas a nivel nacional contaran con los recursos que necesitan para que pudieran abrir en un entorno de seguridad. Enfatizó que su máxima prioridad sería proteger al pueblo estadounidense.

Con relación a las políticas que implementaría, destacó que se concentraría en un plan económico dirigido a crear empleos y construir modernas carreteras, puentes, puertos y aeropuertos como parte de un «nuevo comienzo para el crecimiento económico». Explicó que el sistema educativo se sustentaría en preparar a los estudiantes para los mejores puestos de trabajo del siglo xxi donde el costo de la educación y las deudas estudiantiles no constituirían un obstáculo. Se pronunció por asegurar

¹⁵ Joseph Biden: *Full speech at the Democratic National Convention*.

una cobertura de salud adecuada a los niños y adultos mayores para que puedan vivir con dignidad. También señaló que el sistema de inmigración debe modificarse y es necesario empoderar a los sindicatos. Realizó fuertes críticas al racismo sistémico que prevalece en Estados Unidos e ilustró estas manifestaciones con el asesinato de George Floyd.

En la Convención Republicana, como era previsible, se montó un espectáculo político que tuvo como principal protagonista a Donald Trump, quien empleando su retórica habitual cargada de odio, extremismo y egocentrismo se autoproclamó como «el salvador» de Estados Unidos. Este evento partidista fue milimétricamente calculado por los estrategas republicanos quienes se empeñaron en convertir el miedo, la inseguridad y la crítica a la calificada como «izquierda radical» en elementos claves dentro de una campaña que exacerbó como nunca antes los conflictos y divergencias entre los diferentes estratos sociales de esa nación.

El discurso de Trump¹⁶ estuvo muy marcado por un concepto principal que se evidenció en la siguiente afirmación: «esta elección decidirá si salvamos el sueño americano o si permitimos que una agenda socialista destruya nuestro memorable destino». Su intervención reforzó el mensaje del temor al socialismo en una sociedad que ha sido educada en un profundo anticomunismo. La maniobra de etiquetar la opción demócrata como simpatizante y promotora de «ideas socialistas» constituyó un elemento fundamental dentro de la estrategia republicana, que tuvo una fuerte presencia en la mayoría de los oradores de la Convención.

El ejemplo más ilustrativo para remarcar esto fue la «historia de vida» de un cubanoamericano que hizo uso de la palabra

¹⁶ Donald Trump: *Full speech at the Republican National Convention.*

durante el evento con el propósito de explicar la «grave amenaza» que significaría convertir a Estados Unidos en un país socialista como Cuba o Venezuela. Este personaje del sur de la Florida era un empresario y, lo más importante, uno de los donantes de Donald Trump, lo que evidentemente explicaba su selección como orador en ese espectáculo político.

El exmandatario también se centró en resaltar el «peligro» que representaba para el modo de vida americano, lo que calificó como el movimiento radical que quiere dismantelar a Estados Unidos y los tildó de «anarquistas, agitadores y criminales que amenazan a los ciudadanos». Es obvio que estaba tratando de enfocar el tema principal de las elecciones a aspectos de seguridad interna relacionados con «mantener la ley y el orden», porque si el debate continuaba centrado en su gestión ante la pandemia, los comicios se convertirían en una especie de referéndum sobre su comportamiento.

En sus pronunciamientos reiteradamente criticó a Joe Biden y llegó a calificarlo como un «caballo de troya del socialismo». Insistió en que la plataforma del Partido Demócrata era un «manifiesto de propuestas socialistas» ideadas en su mayoría por el «marxista» Bernie Sanders. En esencia, sus palabras estuvieron en plena correspondencia con el resto de sus discursos electorales, los que pueden ser calificados como los más provocadores y agresivos de la historia.

Trump y el caos como arma electoral

El proceso de elecciones presidenciales en Estados Unidos estuvo marcado por la obsesión del presidente en reelegirse. Había llegado al extremo de quebrar las normas básicas que imperaban en ese país sobre lo «políticamente correcto» y parecía que en

ese empeño no tenía límites visibles. Donald Trump y su equipo de campaña, hacía un tiempo habían concluido que no tenían posibilidades de ganar las elecciones en noviembre, por lo tanto, decidieron que la única opción realista para imponerse sería el despliegue de una estrategia que desconociera y atacara los fundamentos del sistema electoral.

El plan estuvo centrado en cuatro pilares fundamentales: desestimular y obstaculizar la participación de votantes que favorecían o se inclinaban por el candidato demócrata; sabotear el funcionamiento del servicio postal; impedir que se crearan las condiciones logísticas necesarias en los centros de votación y presionar directamente a las autoridades electorales a nivel local.

Esta concepción partía de la premisa de que ese país no estaba preparado para enfrentar las exigencias y desafíos que había impuesto la COVID-19 a los comicios presidenciales. La experiencia de las elecciones primarias había sido una clara muestra de la gravedad de esa situación.

Entre los principales problemas sobresalieron: retraso en la llegada de las boletas enviadas por correo, demora excesiva en el conteo de los votos, cierre masivo de centros de votación, requerimientos innecesarios para votar, largas colas, colapso de sitios webs electorales y votantes que no sabían dónde ejercer el sufragio, lo que provocó que en algunos condados de estados decisivos como Wisconsin y Pennsylvania los resultados tardaran diez días en conocerse.

Esta realidad era un adelanto en pequeña escala de lo que podría suceder el 3 de noviembre. Todo esto ocurrió debido a los serios problemas estructurales, organizativos y funcionales de un sistema electoral que estaba al borde del colapso. Trump

y su equipo interpretaron que esas vulnerabilidades constituían oportunidades únicas para lograr sus propósitos.

Con relación al desestímulo de los votantes, las acciones estaban enfocadas en crear un ambiente de falta de confianza y credibilidad en el proceso electoral. Su principal exponente fue Trump, quien durante un evento en Wisconsin enfatizó: «la única manera en que nosotros perdemos estas elecciones es si son manipuladas».

Contemplar el fraude como una posibilidad real e inevitable, constituyó el eje central de esa campaña de desinformación que no solo promovía la confusión y el caos sino que tenía como objetivo final preparar psicológicamente al pueblo estadounidense para que pareciera natural que Trump se autoproclamara ganador ante supuestas irregularidades electorales.

Según una encuesta realizada entre el 9 y 12 de agosto por *Wall Street Journal* y NBC News, el 45% de los votantes registrados no confiaban en que los resultados de las elecciones fueran exactos y el 51% consideraba que el voto por correo no sería contado adecuadamente. El ambiente de desconfianza y la percepción de fraude ya estaban presentes en el electorado estadounidense, tendencia que debía profundizarse a medida que se acercara el 3 de noviembre.

Las maniobras para obstaculizar la participación en las urnas estaban estrechamente vinculadas a impedir que el Servicio Postal de Estados Unidos pudiera garantizar la entrega de las boletas y su posterior distribución en los lugares habilitados para el conteo de los votos. En esos momentos, esa institución federal transitaba por una situación crítica al no tener la infraestructura necesaria para manejar adecuadamente y en los tiempos requeridos un flujo estimado en decenas de millones de boletas. Por esa razón, los demócratas estuvieron presionando

para aprobar un fondo de emergencia de 25 000 millones de dólares para que esa agencia pudiera funcionar.

Por su parte, Trump designó al frente del correo postal a Louis DeJoy, quien era su aliado incondicional y había donado para sus campañas políticas más de 2 millones de dólares. Su objetivo al frente de esa institución era obstaculizar su funcionamiento para contribuir a que ocurrieran las siguientes situaciones: que a los votantes por correo no le llegaran sus boletas o en el mejor de los casos que arribaran atrasadas, que no fueran recogidas una vez ejercido el voto y que no se enviaran a los centros de votación dentro de los plazos de tiempo establecidos, lo que impediría que fueran contadas.

Eso podría suceder con cientos de miles de boletas de potenciales votantes demócratas y en esas circunstancias, los republicanos pretendían incidir en ese proceso. De acuerdo a la Conferencia Nacional de Legislaturas Estatales, había 33 estados que exigían que las boletas debían ser recibidas por las autoridades electorales el día antes de las elecciones. Paralelamente, el Comité Nacional Republicano y grupos conservadores habían gastado millones de dólares en la presentación de litigios, en al menos 17 estados, para limitar la expansión del voto por correo que era considerado por el candidato republicano como su principal desafío.

Sobre las condiciones logísticas en los centros de votación, las acciones estaban dirigidas a obstaculizar que esas instalaciones desarrollaran su trabajo con celeridad, lo que tendría un impacto significativo en su capacidad para el procesamiento y conteo de las boletas.

En esos momentos, se requerían principalmente máquinas de alta velocidad para el escaneo y contratar gran cantidad de personal debido a que según el Centro para la Integridad Pública

más de la mitad de los que laboraban habitualmente en esos lugares eran personas vulnerables a la COVID-19 por ser mayores de 61 años. Si esas problemáticas no tenían solución antes de noviembre, era altamente probable que varios estados se demoraran días en divulgar los resultados, lo que era funcional a los intereses de Trump como parte de la promoción del caos.

Sobre las acciones de intimidación y presión a las autoridades electorales locales, la campaña de Trump y el Comité Nacional Republicano estaban trabajando intensamente en 15 estados para reclutar alrededor de 50 000 voluntarios que serían entrenados para desempeñarse como «observadores electorales». En la práctica, esas personas incidirían directamente en los centros de votación y su entorno más cercano para asegurarse que en esos lugares se realizara un «control más estricto de los votantes» fundamentalmente negros, latinos y jóvenes.

En determinados estados decisivos que se ganan por un estrecho margen, no era descartable que este tipo de tácticas intimidatorias pudieran ser determinantes. Debe recordarse que en las elecciones del año 2000, en la Florida la diferencia fue de 537 votos y hubo que esperar más de un mes para conocer el resultado final.

Estas maniobras tenían sus antecedentes en la década de los ochenta. El 3 de noviembre de 1981 cuando se celebraron las elecciones para la gobernación de Nueva Jersey, el Comité Nacional Republicano desplegó una operación de patrullaje electoral masivo para asegurarse que el candidato de su partido ganara en esos comicios. Después del recuento de boletas que se extendió por varias semanas, se divulgó el resultado final: el republicano Thomas Kean «ganó» por una ventaja de 1 797 votos. Por cierto, el jefe de campaña del aspirante a gobernador fue Roger

Stone, amigo personal de Trump y uno de los principales artífices de esa maniobra fraudulenta.

Esas elecciones y las tácticas empleadas han trascendido como el ejemplo más ilustrativo y escandaloso de una ofensiva republicana de hostigamiento e intimidación de votantes. Todo fue posible gracias a la creación del denominado National Security Ballot Task Force. Este grupo especial estaba integrado por sheriffs y policías locales, quienes fueron contratados por los republicanos para amenazar y coaccionar a los votantes afroamericanos e hispanos.

Esos agentes públicos el día de las elecciones se encontraban fuera de servicio, pero portaban sus armas de reglamento, empleaban sus sistemas de comunicaciones y exhibían el brazalete identificativo de la fuerza de tarea. Ese 3 de noviembre, esas patrullas electorales se dedicaron a impedir que los votantes de las minorías arribaran a los centros de votación y varios de los que pudieron llegar fueron sacados de las filas con el empleo de la violencia.

En ese contexto y como parte del ambiente de promoción del miedo, según la publicación *The Conversation*¹⁷ se colgaron carteles en las inmediaciones de los precintos electorales aludiendo a que esa área estaba patrullada por el National Security Ballot Task Force. También divulgaron avisos que promovían la recompensa de 1 000 dólares para aquellas personas que brindaran información sobre supuestas violaciones a las leyes electorales estatales.

Después de esos acontecimientos, el Partido Demócrata decidió presentar una demanda en diciembre de 1981 argumentando que no debían permitirse este tipo de acciones de

¹⁷ Mark Krasonic: «Trump's encouragement of GOP poll watchers echoes an old tactic of voter intimidation».

intimidación y represión contra los votantes negros e hispanos. Como resultado de esta solicitud, en noviembre de 1982 a partir de una orden judicial se emitió un documento conocido como «compromiso de consentimiento».

El texto firmado por los republicanos señalaba que no volverían a emplear criterios raciales para garantizar la «seguridad de las boletas» ni desplegarían observadores electorales armados. Aunque el Partido Republicano continuó acudiendo a prácticas de supresión del voto durante varias décadas, estaba limitado legalmente a realizar una campaña al estilo de Nueva Jersey.

Tras varios intentos de los republicanos por levantar esa orden judicial, un juez de ese propio estado la dejó sin efecto en el año 2018. Después de casi cuatro décadas y coincidentemente en tiempos de Trump la situación se había modificado sustancialmente y estaban creadas las condiciones para el despliegue de una fuerte ofensiva. Según la revista *Rolling Stones*,¹⁸ el abogado principal de la campaña de Trump, Justin Clark, sobre esa decisión afirmó: «por 40 años el Partido Republicano ha estado peleando esta batalla con una mano atada en la espalda».

El levantamiento de esta prohibición, había generado entusiasmo en los miembros del Partido Republicano encargados de implementar los planes para obstaculizar el voto de las bases demócratas. Según el medio *The Intercept*, el propio Clark a finales del 2019 en un encuentro con la Asociación Nacional de Abogados Republicanos afirmó que lo diferente entre el día de las elecciones de este 2020 con el 2016 es que el «compromiso de consentimiento» no existe y enfatizó «será un programa más grande, mucho más agresivo y mejor financiado».

¹⁸ Andy Kroll: «The Plot Against America. The GOP's Plan to Suppress the Vote and Sabotage the Election».

Era evidente que los sucesos de Nueva Jersey estaban resonando con fuerza en el equipo de campaña de Trump como referente a seguir. Inspirados en ese ejemplo, organizaron con intencionalidad un grupo de acciones dirigidas a garantizar que el 3 de noviembre alrededor de 50 000 observadores electorales estuvieran en capacidad de impedir una eventual victoria del candidato demócrata.

Para lograr esos propósitos, los estrategas de campaña y el Comité Nacional Republicano habían elaborado un diseño que comprendía los siguientes aspectos: sólido respaldo financiero, estructuras de coordinación, acciones legales en estados competitivos y ejecución de las operaciones el día de las elecciones. Este andamiaje fue necesario para asegurar la selección, reclutamiento, entrenamiento y despliegue efectivo de las patrullas electorales de Trump en los lugares de votación claves de los estados decisivos.

Con relación al financiamiento, disponían de fondos millonarios donados por una poderosa red de hombres de negocios, activistas conservadores y organizaciones vinculadas a la derecha religiosa que habían tomado la decisión de apoyar a Trump bajo la convicción de que era el presidente indicado para proteger sus intereses. En el centro de esa gestión financiera estaba el Honest Election Project, institución creada en febrero de 2020 que promovía campañas dirigidas a la supresión del voto.

El principal organizador de esta iniciativa fue el influyente abogado y activista conservador Leonard Leo, quien era un donante importante de Donald Trump y artífice de las designaciones para la Corte Suprema de los jueces Neil Gorsuch y Brett Kavanaugh. Según el periódico *The Guardian*, esta organización se financiaba con el llamado «dinero oscuro» que son aquellas donaciones de las cuales no se conoce la identidad de

los donantes, lo que constituye un mecanismo para evadir controles y límites legales cuando se gestionan grandes sumas de dinero.

Dentro de los mecanismos organizativos, sobresalía el grupo True the Vote que estaba registrado como una institución no lucrativa para preservar la «integridad de las elecciones». Su directora Catherine Engelbrecht coordinaba la selección, reclutamiento y entrenamiento de los observadores electorales republicanos. De acuerdo al medio *The Intercept*, durante una conferencia realizada en febrero del 2020 patrocinada por representantes de la derecha religiosa se promovió la necesidad de reclutar exmilitares para estas funciones. En ese evento, Engelbrecht enfatizó que estas personas «entienden y respetan la ley, el orden y la cadena de mando».

Según *The Intercept*, la organización True the Vote estaba realizando una convocatoria para reclutar exmiembros de las Fuerzas Armadas estadounidenses y expolicías para que formaran parte de las patrullas electorales. Con ese mismo objetivo, lanzaron una iniciativa llamada «Continuando en el Servicio» en la que esencialmente vendían la idea que involucrarse en este tipo de actividades era como si fuera una misión de combate y serían los «primeros en responder».

Este trabajo de alistamiento se desplegó simultáneamente en varios estados. En ese contexto, la Asociación Nacional de Abogados republicanos participaba en las sesiones de preparación de las personas que habían sido seleccionadas para que conocieran los elementos legales necesarios. El Partido Republicano contrató en 15 estados claves a los directores para el día de las elecciones, quienes con sus asistentes se encargarían de reclutar y capacitar a los observadores electorales.

Sobre las acciones legales, el Comité Nacional Republicano gastó 20 millones al iniciarse varios litigios en una docena de estados entre los que sobresalieron Michigan, Minnesota, Pennsylvania y Florida. En el caso de este último, las pretensiones estuvieron orientadas fundamentalmente a impedir que el estado pagara los sellos de las boletas por correo y que las boletas timbradas el día de las elecciones no fueran contadas. En esencia, el objetivo era afectar la capacidad de las personas para ejercer el sufragio en particular las de bajos ingresos.

Todas esas acciones tenían como propósito estratégico que Donald Trump fuera reelegido en cualquier circunstancia y empleando todos los medios disponibles. A partir de esa lógica, los republicanos consideraban que las maniobras que se llevaran a cabo el 3 de noviembre resultaban importantes y, el papel que desempeñarían sus observadores electorales podría ser determinante.

En ese contexto, la cadena Fox News durante una entrevista con Trump le preguntó si planeaba tener observadores electorales, a lo que él respondió: «Vamos a tener de todo. Vamos a tener sheriffs y oficiales de aplicación de la ley».

Este tipo de comportamientos en las circunstancias que vivía Estados Unidos, solo tendrían como resultado la generación de fuertes enfrentamientos, disturbios y represión policial. Ese posible escenario profundizaría esa «etapa de oscuridad» que mencionó Biden durante su intervención en la Convención Nacional Demócrata caracterizada por la ira, el miedo y la división. No obstante, la alternativa para evitar esa situación era que una avalancha de votantes decidiera que ya era suficiente el daño que Donald Trump le había causado a ese país y al mundo.

Estos elementos indicaban que estaba en curso una especie de secuestro de las elecciones presidenciales. En términos prácticos, el candidato republicano ya se estaba proclamando como vencedor sin todavía haberse contado ningún voto. Nunca esa nación había enfrentado una situación de esa naturaleza. Algunos expertos estadounidenses estaban calificando que podría ocurrir lo que denominaron como un «Chernóbil electoral».

Tal vez por estas razones, Bernie Sanders en su intervención en la Convención Nacional Demócrata dijo: «Esta elección es la más importante en la historia moderna de este país».

Las élites del poder y la ruta del dinero

Las elecciones presidenciales en Estados Unidos, presentadas como una de las expresiones más ilustrativas de la denominada «democracia americana», tienen características muy contradictorias en su funcionamiento: los votantes que acuden a las urnas lo hacen un día laborable; aproximadamente casi 100 millones de estadounidenses con capacidad electoral deciden no votar como sucedió en el 2016; las minorías son víctimas de hostigamiento e intimidación; las regulaciones electorales son muy engorrosas y paradójicamente es posible que uno de los candidatos pueda convertirse en presidente sin ganar el voto popular.

Es un sistema que en la práctica excluye a millones de potenciales electores, promueve la desconfianza sobre la transparencia y legitimidad de sus resultados y hace difícil los procesos de registro, solicitud de boletas y ejercicio del voto. Lo más insólito, es que tiene respaldo constitucional para que la voluntad de la mayoría de los votantes sea desconocida como ocurrió en las elecciones presidenciales del 2016 cuando Hillary Clinton obtuvo casi 3 millones de votos más que Donald Trump.

Es un sistema electoral que ha colapsado y sus cimientos descansan en su piedra angular: el dinero. Por ese motivo, cualquier aspirante a la Casa Blanca requiere recaudar y gastar decenas de millones de dólares si pretende ganar. Sin embargo, no es posible disponer de esas grandes sumas sin la participación activa de la élite económica estadounidense que busca proteger a toda costa sus intereses corporativos.

En ese sentido y solo para ilustrar, durante la campaña presidencial del 2016 entre los dos aspirantes gastaron más de 2 500 millones de dólares. En los comicios del 2020, hasta el mes de septiembre ambos candidatos ya habían superado los 2 000 millones y todavía restaban las semanas decisivas de la campaña en las que se intensifican las acciones de recaudación y se incrementan exponencialmente los gastos. Según la firma estadounidense Kantar/CMAG, especializada en monitorear el gasto en publicidad, entre los dos aspirantes ya tenían comprometido hasta noviembre 445 millones solamente en anuncios televisivos. De ese total, 111 millones fueron destinados exclusivamente para la Florida.

De acuerdo al sitio web Open Secrets, hasta mediados de agosto Trump gastó 41 millones en anuncios en Facebook y Biden 31 millones en esa misma plataforma tecnológica. El posicionamiento de mensajes en esos espacios constituyó una prioridad dentro del diseño electoral de ambas campañas que estaban obligadas a contratar a compañías y consultores especializados en materia de comunicación política digital.

Este juego electoral está sustentado en una maquinaria financiera diseñada y puesta en marcha por los principales donantes multimillonarios que consideran las elecciones como un momento ideal para invertir su capital. Por lo tanto, todo lo concerniente a los comicios constituye para los diferentes sec-

tores de la élite económica un negocio de alcance estratégico y han creado las condiciones para que legalmente no se sepa ni siquiera cuánto dinero están donando. Desde 2010 es una práctica habitual la circulación del denominado «dinero oscuro» que procede de donantes que no declaran su identidad a los registros oficiales, lo que está respaldado por una decisión de la Corte Suprema en el caso *Citizen United*.

Según *Open Secrets*,¹⁹ una investigación sobre este tipo de donaciones arrojó que solamente el 10% de este dinero es reportado por las campañas políticas a la Comisión Electoral Federal. El estudio también concluyó que en las elecciones de 2020 entre ambos candidatos habían recibido aproximadamente 350 millones por ese concepto. En esencia, las «reglas» que rigen el financiamiento electoral son tan flexibles que en la actualidad no se sabe con certeza cuánto dinero recauda y gasta cada aspirante. Las cifras que se divulgan son las que declaran las campañas según sus cálculos políticos e intereses. La realidad indica que cualquier estimado sobre estos montos es una aproximación conservadora. En la práctica, el dinero fluye sin límites en función de preservar los intereses del gran capital.

Según la revista *Forbes*, Biden hasta septiembre de 2020 había recibido donaciones de 131 multimillonarios estadounidenses y en el caso de Trump se reportaban aportes financieros de 99 multimillonarios. De acuerdo al sitio *Open Secrets*, las principales contribuciones para ambos candidatos provenían del sector financiero, compañías inmobiliarias, empresas de seguros, fondos de inversiones, firmas de abogados y corporaciones vinculadas al sector energético. En el caso de Biden, además sobresalían aportes importantes provenientes de las

¹⁹ Anna Massoglia: «Dark money groups pouring millions into 2020 political ads with even less disclosure».

compañías asociadas a las nuevas tecnologías, así como de directivos de la televisión y el cine.

También se realizaron donaciones que ascendieron a 224 millones de dólares por parte de organizaciones e instituciones republicanas y demócratas calificadas como «ideológicas» que promueven temas de diversa índole. Desde el punto de vista de la distribución geográfica, la mayor cantidad de dinero provino de California (117 millones), Nueva York (72 millones), Florida (37 millones), Washington DC (34 millones) y Texas (32 millones), territorios en los que existe una alta concentración de multimillonarios y donde tienen su sede gran parte de las compañías más poderosas del país.

El respaldo financiero de Trump provino de fuentes diversas que fueron desde influyentes compañías de petróleo y gas, poderosos inversionistas, magnates inmobiliarios hasta amigos cercanos vinculados al sector financiero, de la industria del entretenimiento y las nuevas tecnologías. Entre sus principales donantes sobresalieron millonarios del área energética como: Kelcy Warren, CEO del gigante de oleoductos Energy Transfer Partners, el magnate petrolero Harold Hamm dueño de la compañía Continental Resources y Jeff Hilderman propietario de Hilcorp Oil. También realizaron contribuciones Jim Justice, actual gobernador de Virginia Occidental y con inversiones en este sector. Entre todos aportaron más de 20 millones de dólares.

Según Open Secrets, Trump recaudó entre los sectores inmobiliario, de seguro y financiero aproximadamente 43 millones. Entre sus contribuyentes más significativos estuvieron: Steve Wynn, magnate de casinos y hoteles de Las Vegas, Stephen Schwarzman CEO de Blackstone uno de los principales bancos

de inversión, Andrew Beal importante banquero de Texas y los hermanos Lorenzo y Frank Fertitta dueños de varios casinos.

De su entorno más cercano, sobresalieron sus amigos millonarios Ike Perlmutter, director ejecutivo de la productora Marvel Entertainment y Peter Thiel, cofundador de la plataforma de pagos en línea PayPal e integrante de la junta directiva de Facebook. El principal donante individual de Trump fue Timothy Mellon, miembro de una de las familias más ricas de Estados Unidos, con 10 millones.

Como dato de interés, el segundo estado que más dinero aportó a la campaña de Trump fue la Florida con 37 millones y las contribuciones se originaron fundamentalmente en Miami Beach, North Palm Beach, Boca Ratón, Palm Beach y West Palm Beach. Por lo tanto, hacia el sur se concentraron los más «generosos» contribuyentes del candidato republicano.

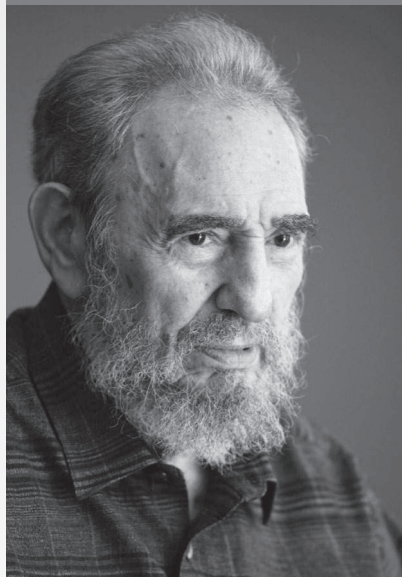
El apoyo financiero a Biden se concentró fundamentalmente en cinco áreas: el sector financiero de Wall Street con más de 50 millones de dólares, las compañías de las nuevas tecnologías con sede en el Valle del Silicio en California que aportaron más de 20 millones, las firmas de abogados, los bienes raíces y la industria del entretenimiento. Entre sus principales donantes sobresalieron los influyentes banqueros: James Attwood, director ejecutivo de Carlyle Group; Josh Bekenstein, codirector de Bain Capital; Alan Leventhal, jefe ejecutivo de Beacon Capital y Jonathan Gray, presidente de Blackstone. Todos ellos además de aportar dinero organizaron eventos de recaudación de fondos en este sector.

El candidato demócrata fue respaldado por varios multimillonarios vinculados a las nuevas tecnologías, entre los que se destacaron: Reed Hastings, cofundador de Netflix; Connie Ballmer, filántropa y esposa de Steve Ballmer exCEO

de Microsoft; Laurene P Jobs, esposa del cofundador de Apple; Eric Schmidt, exdirector ejecutivo de Google y Reid Hoffman fundador de la red social LinkedIn. Entre los donantes de la industria cinematográfica resaltaron Steven Spielberg y la filántropa Mellody Hobson, esposa del productor George Lucas. La familia Pritzker dueña del consorcio hotelero Hyatt y propietaria de una de las fortunas más grandes en Estados Unidos también financió a Biden. Uno de los principales donantes individuales fue el filántropo George Soros, quien en ese ciclo electoral ofreció 8 millones.

Todos estos elementos indican que tanto los candidatos presidenciales republicanos como los demócratas han establecido tácitamente como consenso bipartidista inalterable que lo único imprescindible en las elecciones es el dinero.

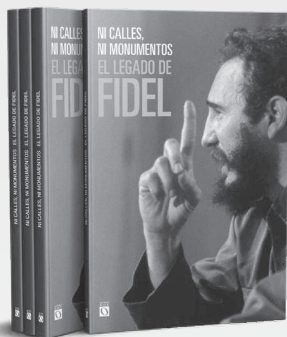
LIBROS DE LA COLECCIÓN FIDEL CASTRO



Proyecto dedicado a difundir el pensamiento y la oratoria del líder de la Revolución Cubana, una de las figuras que más ha aportado a las luchas revolucionarias, anti-imperialistas y anticolonialistas en el mundo.



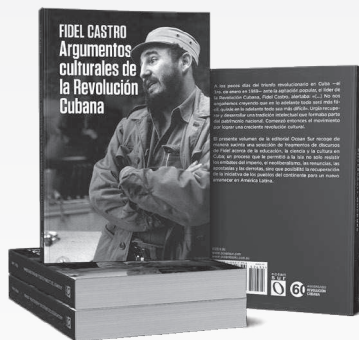
www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au



Ni calles, ni monumentos EL LEGADO DE FIDEL

Narra sucintamente la historia de Fidel Castro, la figura que guió el destino de la Revolución Cubana por casi 60 años.

72 páginas, 2019, ISBN 978-1-925756-37-1



Argumentos culturales de la Revolución Cubana

El texto recoge una selección de fragmentos de discursos de Fidel Castro acerca de la educación, la ciencia y la cultura en Cuba.

480 páginas, 2019, ISBN 978-1-925317-79-4

Parte II

Violencia política y transición presidencial

Estados Unidos: Inestabilidad, protestas y violencia política

Las protestas y la violencia política llegaron a ser características permanentes de la sociedad estadounidense. Como mismo sucedió con la COVID-19, durante la etapa de elecciones fueron altamente contagiosas y se diseminaron masivamente como una especie de enfermedad endémica. Cualquier análisis sobre la estabilidad de un país debe tomar en consideración el comportamiento de las manifestaciones en las calles, el nivel de agresividad, su alcance y la respuesta de las fuerzas del orden.

Los datos arrojaron que en tan solo tres meses se produjeron más de 10 000 a lo largo de todo el territorio nacional y que 570 fueron violentas con pérdida de vidas humanas, lo que se convierte en una situación de inestabilidad política. Este es el escenario que vivió Estados Unidos el pasado año y la perspectiva a corto plazo es que existe un alto riesgo de que la violencia política y la desestabilización se incrementen. Si estas circunstancias estuvieran presentes en otra nación, el gobierno estadounidense de inmediato no dudaría en calificarla como «estado fallido».

El 2 de septiembre de 2020, se divulgó un informe¹ titulado: «Monitor Crisis US» que reveló las principales cifras sobre las protestas que ocurrieron en Estados Unidos. La investigación abarcó desde el 24 de mayo hasta el 22 de agosto. Es un estudio exhaustivo sobre la cantidad de manifestaciones, su alcance nacional e internacional, el empleo de la violencia por parte de las fuerzas policiales y por grupos de la extrema derecha, así como las protestas vinculadas a la COVID-19. Los datos fueron el resultado de un proyecto conjunto entre la institución no lucrativa Armed Conflict Location and Event Data Project (ACLED) y la iniciativa Bridging Divides de la Universidad de Princeton.

Según el informe, se produjeron alrededor de 10 600 protestas que abarcaron 2 440 lugares en todos los estados y en Washington DC. Los más representativos fueron California (819), Nueva York (430), Florida (380) e Illinois (331). La mayoría de las manifestaciones (73%) estuvieron vinculadas con el movimiento Black Lives Matter, lo que evidencia su impacto y sobre todo la sensibilidad de cualquier tema asociado con el racismo sistémico.

En aproximadamente 900 de estas protestas hubo participación de fuerzas represivas gubernamentales y en el 54% de ellas estas autoridades emplearon la violencia. La investigación destaca que en estos casos se utilizaron gases lacrimógenos, balas de goma, spray pimienta y bastones para golpear a los participantes. Este tipo de eventos ocurrieron con mayor sistematicidad en California, Oregón y Nueva York. De acuerdo al documento, en 31 estados y en Washington DC, se reportaron alrededor de 100 incidentes de violencia gubernamental contra periodistas que cubrían esas marchas.

¹ Armed Conflict Location and Event Data Project: «Monitor Crisis US».

Los mayores niveles de agresividad en varias de estas protestas estuvieron relacionados con la creciente participación de las denominadas milicias de extrema derecha y con personas vinculadas a grupos de odio como el Ku Klux Klan. Según el informe, se reportaron decenas de incidentes en que estos individuos arrojaron carros contra la multitud. En el caso de las 20 milicias que incidieron, se destacaron Gulf Coast Patriot, Virginia Militia, Patriot Front y Proud Boys. Con la participación directa de estos grupos extremistas y supremacistas que acudieron con armas de fuego, se registraron alrededor de 50 hechos. De acuerdo a la investigación, hubo evidencias de que en varios lugares la policía no solo toleró la presencia de estos individuos armados sino que estimularon activamente su participación. En los sucesos en Wisconsin, las autoridades policiales a través de un altoparlante promovieron que el grupo Kenosha Guard empleara la violencia. Este ambiente provocó que Kyle Rittenhouse asesinara a dos manifestantes. La reacción de Trump ante estos graves acontecimientos fue no condenar los asesinatos y sugerir que el victimario actuó en defensa propia. Rittenhouse era un ferviente seguidor del exmandatario estadounidense.

En esos tres meses se reportaron 360 eventos de contraprotestas en los que concurrieron en el mismo lugar manifestantes apoyando al movimiento Black Lives Matter y otros individuos se opusieron. Más de 40 se tornaron violentos con fuertes enfrentamientos. El 29 de agosto de 2020 en Portland con la participación de miembros de las milicias Proud Boys, Three Percenters y Patriot Prayer quienes se manifestaban abiertamente a favor de Donald Trump, se produjo un altercado que culminó con la muerte de uno de los miembros de estos grupos de extrema derecha. El exmandatario trasladó públicamente sus condolencias a través de twitter, lo que evidentemente

constituyó un respaldo para estas agrupaciones que promueven el odio, el racismo y la división.

Estas protestas tuvieron un creciente impacto a nivel global. De acuerdo al informe, después del asesinato de George Floyd el 25 de mayo se produjeron 8 700 manifestaciones en 74 países. Se generaron muestras de solidaridad con Black Lives Matter que se convirtió en una inspiración y a partir de esa experiencia en muchas naciones se estructuraron movimientos que se pronunciaron contra la brutalidad policial, la discriminación y la represión política.

A medida que se deterioraba la situación interna en Estados Unidos como resultado de los impactos de la COVID-19, se incrementaron las protestas vinculadas directamente a la pandemia debido a la desastrosa gestión gubernamental. A partir de mayo de 2020, se reportaron 1 000 manifestaciones en 47 estados y Washington DC. Los más representativos fueron California (156), Nueva York (60), Florida (54) y Texas (54). Según los resultados del informe, a principios de agosto las protestas asociadas a la pandemia superaban a las relacionadas con el movimiento Black Lives Matter.

La investigación concluía que las manifestaciones habían irrumpido masivamente en todo el país y se incrementaba la violencia por parte de las fuerzas policiales, así como entre los participantes. Agregaba que en un ambiente hiperpolarizado, las autoridades estaban siendo más agresivas con los que calificaba como «disidentes» y los protestantes estaban mostrando mayor activismo. En esencia, la mayor preocupación que trasladaban es que esas tendencias continuarían agravándose hasta el día de las elecciones.

Las milicias armadas de extrema derecha: guardianes del trumpismo

En el escenario electoral de Estados Unidos estuvo presente la violencia política en diferentes formas y manifestaciones. El presidente Trump la promovió sistemáticamente, las fuerzas del orden acrecentaron la brutalidad policial contra las minorías, grupos y movimientos de diversa índole y el estado de sitio fue declarado en varias ciudades. También planes terroristas internos fueron desmantelados en Michigan y Virginia.

Todos estos hechos generaron una fuerte percepción de inseguridad en el pueblo estadounidense. Su impacto inmediato fue el incremento sustancial de la compra de armas de fuego y no pocos consideraban que después del 3 de noviembre podría producirse una guerra civil.

A medida que se acercaba el día de las elecciones presidenciales, la situación se ponía más tensa y existía preocupación por la posibilidad de que la violencia alcanzara niveles sin precedentes. En este contexto, el comportamiento de las milicias de extrema derecha constituía uno de los factores clave que determinarían la evolución de los acontecimientos. Las acciones de estos grupos fueron funcionales a los intereses de Donald Trump y en la práctica constituyeron un instrumento imprescindible para implementar su estrategia del caos.

En el 2020, la organización no lucrativa estadounidense Armed Conflict Location and Event Data Project (ACLED) publicó el estudio más exhaustivo que se ha realizado sobre el comportamiento de estos grupos en el escenario electoral. La investigación se titulaba: «Las milicias de extrema derecha y las

elecciones en Estados Unidos»² y tuvo como propósito fundamental identificar aquellos estados donde existía un alto riesgo que se desarrollaran acciones por parte de estas agrupaciones que comprometieran la seguridad de los comicios.

Según los resultados del informe, estas milicias pueden clasificarse en tres grupos fundamentales: los «mainstream» o corriente principal; los «right-wing street movements» o movimientos callejeros de extrema derecha y los «right-wing libertarian groups» o grupos libertarios de extrema derecha. Todos tienen como denominador común que emplean la violencia como componente esencial en su comportamiento, están fuertemente armados, consideran a los sectores progresistas como sus enemigos y Donald Trump es una de sus fuentes de inspiración.

Las milicias de la corriente principal se caracterizan por coordinar sus acciones con las fuerzas del orden a nivel local. Consideran que los policías y militares son sus aliados. Son agrupaciones con una clara estructura jerárquica y plantearon que su objetivo en las manifestaciones era «preservar la seguridad pública y cuidar los negocios». Las de mayor impacto dentro de este grupo son Three Percenters, The Oath Keepers, Civilian Defense Force y American Contingency.

Los Three Percenters se basan en la creencia que solo un 3% de los residentes de las 13 colonias tomaron las armas contra los británicos. Se crearon en el 2008 después que Obama fuera presidente electo y proclamaron que lucharían contra la «tiranía» de un mandatario afroamericano. Durante el 2020 fueron muy activos en 19 estados, con mayor presencia en Georgia. Tienen vínculos con el Ku Klux Klan y en agosto del año pasado le prestaron «servicios de protección» a este grupo de odio en el

² Armed Conflict Location and Event Data Project: «Extreme right wing militia and US elections».

contexto de una protesta promovida por el movimiento Black Lives Matter en Arkansas.

Los Oath Keepers también se originaron como resultado de una reacción extremista a la elección de Obama. Su premisa es mantener el juramento de los policías y militares de «proteger a Estados Unidos de enemigos internos y externos». Para incrementar su membresía priorizan el reclutamiento de oficiales activos y retirados de la policía y las Fuerzas Armadas. Su fundador y líder es Stewart Rhides, quien es veterano del ejército estadounidense. Son muy activos en Kentucky y Texas. En el caso de Civilian Defense Force y American Contingency, fueron creadas hace unos meses con el objetivo de realizar contraprotestras y están presentes con mayor fuerza en Pensilvania, Wisconsin y Arizona.

Las milicias denominadas como movimientos callejeros de extrema de derecha son las más peligrosas y cuentan con mayor capacidad para provocar disturbios debido a su alto nivel de violencia. Entre ellas sobresalen los Proud Boys y los Patriot Prayer. La mayoría de sus integrantes son jóvenes que promueven ideas neofascistas. El FBI los tiene catalogados como extremistas vinculados al nacionalismo blanco.

Los Proud Boys se crearon en septiembre del 2016 en el contexto de la campaña presidencial de Trump. A partir del primer debate presidencial, la agrupación ganó notoriedad nacional debido a que el exmandatario estadounidense les pidió «dar un paso atrás y estar preparados», lo que fue interpretado por sus miembros como una especie de «estén listos para la guerra». Su líder es el cubanoamericano Enrique Tarrío que vive en Miami y también se desempeñó como director de «Latinos por Trump» en la Florida.

Participaron en las manifestaciones más agresivas en al menos 11 estados con mayor presencia en Michigan, Pensilvania,

Wisconsin y Oregón. Algunos de sus miembros declararon que si Trump no salía reelecto ocurriría en Estados Unidos una guerra civil. En el caso de los Patriot Prayer, tienen su base de operaciones fundamentalmente en los estados de Washington y Oregón. Sus acciones de mayor perfil público fueron durante los sucesos de Portland en los que arrojaron camiones contra la multitud.

Las milicias calificadas como grupos libertarios de extrema derecha consideran que deben prepararse para una segunda guerra civil y aprecian que esta conflagración es prácticamente inevitable. Sus organizaciones más visibles son los Boogaloo Bois y People's Rights. La primera estuvo vinculada a los acontecimientos de Kenosha en Wisconsin donde un joven extremista asesinó a dos participantes en una protesta organizada por el movimiento Black Lives Matter. Ambas tienen presencia en más de 10 estados entre los que destacan California, Nevada, Utah, Michigan, Ohio y Pensilvania.

Según el estudio de ACLED, estimaron que las milicias durante el día de las elecciones podrían presentarse en las inmediaciones de los centros de votación, lo que tendría el claro propósito de intimidar votantes pertenecientes a las minorías. A medida que avanzara el conteo de los votos, estarían muy pendientes de los resultados parciales que se divulgarían y el momento de mayor complejidad podría estar asociado a dos escenarios fundamentales: si Trump perdía por estrecho margen o si se prolongaba en el tiempo el anuncio del ganador de los comicios. De ocurrir cualquiera de estas situaciones, se crearían condiciones para el despliegue de estos grupos.

De acuerdo a la investigación, estas milicias podrían incidir con mayor fuerza en lugares con las siguientes características: que fueran muy activos en la ocurrencia de protestas sociales; con la presencia de movimientos progresistas y anti Trump; sitios

donde estos grupos armados hubieran realizado reclutamientos y tuvieran campos de entrenamiento; así como ciudades y pueblos en los que contaran con respaldo de las fuerzas policiales y de aplicación de la ley a partir de la tolerancia a sus actividades.

Teniendo en cuenta la evaluación de estos factores, se determinó que en los estados de Georgia, Michigan, Pensilvania, Wisconsin y Oregón existía un alto riesgo que se manifestaran las actividades de las milicias a partir del 3 de noviembre. También se estimó que en Carolina del Norte, Texas, Virginia, California y Nuevo México existía un riesgo moderado. Según el informe, lo más probable era que las acciones se realizaran en las capitales estatales, los pueblos ubicados en la periferia de las grandes ciudades y en áreas suburbanas.

Más allá de esas organizaciones que estaban identificadas y habían tenido visibilidad pública, el estudio alertó sobre la posibilidad que determinadas personas individuales catalogadas como «lobos solitarios» o pequeños grupos no afiliados a ninguna agrupación extremista también podrían desencadenar acciones violentas. Finalmente, estas milicias armadas tuvieron su máximo nivel de incidencia durante los sucesos del 6 de enero de 2021 cuando Donald Trump promovió lo que devino en un asalto al Capitolio estadounidense.

Los Proud Boys y la extrema derecha anticubana

El grupo violento y neofascista estadounidense Proud Boys concentró la atención mediática durante unos días en el contexto de la campaña presidencial, pero los medios omitieron que esta agrupación era dirigida por un cubanoamericano vinculado a los sectores de la extrema derecha de la Florida y a

la maquinaria republicana en ese estado. Su nombre es Enrique Tarrío y nació en Miami hace 34 años. Es resultado y expresión del odio, la agresividad y la frustración de los miembros minoritarios de esa comunidad que glorifican la violencia política y el terrorismo.

Según el *Miami New Times*, esta persona se desempeñaba como presidente nacional de este grupo desde el 24 de noviembre de 2018. Los Proud Boys tenían como propósito fundamental promover la confrontación política a través de enfrentamientos violentos en las calles contra manifestantes que se oponían a Donald Trump, especialmente, los vinculados a Black Lives Matter. Fueron los responsables de los incidentes en Portland que culminaron con la declaración de estado de sitio y provocaron situaciones desestabilizadoras en Nueva York, Seattle y Berkeley.

Este grupo surgió en el contexto de la campaña presidencial de Trump en septiembre del 2016. El ambiente generado por el entonces candidato republicano era muy favorable para la creación de ese tipo de organizaciones extremistas. Este contexto constituyó la motivación fundamental para que el supremacista blanco, Gavin McInnes, fundara esta agrupación en Nueva York. Inicialmente se concibió como una especie de club informal de hombres que se reunían para beber e intercambiar ideas sobre cómo rescatar los «valores occidentales».

Después que Trump asumió como presidente en enero de 2017, la membresía fue incrementándose y en Facebook llegaron a alcanzar la cifra de 20 000 seguidores. A finales de ese propio año, crearon una especie de escuadrón paramilitar llamado Fraternal Order Alt-Knights. Su misión declarada era «proteger» las manifestaciones de los activistas de derecha. En la práctica, eran los encargados de reprimir, golpear y atemori-

zar a las personas que protestaban contra las políticas que promovía Donald Trump como parte de su slogan «Make America Great Again».

La mayor expresión de la agresividad de este grupo fue durante los sucesos de Charlottesville en agosto del 2017 en los que ocurrieron fuertes enfrentamientos promovidos por varios grupos neofascistas, incluyendo el Ku Klux Klan. Estos hechos fueron organizados por un miembro de Proud Boys y culminaron con el asesinato de una joven. Trump nunca repudió esta acción.

El cubanoamericano Enrique Tarrío como miembro activo de la agrupación extremista participó directamente en esos fatídicos acontecimientos. En aquel momento ocupaba un cargo a nivel local al desempeñarse como el presidente de la organización en Miami. Aunque no esté disponible información que explique las circunstancias de su ascenso a presidente nacional, sí existen evidencias de su relación personal con Roger Stone, aliado incondicional y mentor político de Donald Trump. Además, figura muy influyente en el entorno del Partido Republicano en la Florida.

Según la publicación estadounidense *The Daily Beast*, este grupo era una especie de «ejército personal de Stone». Cumplían misiones de cualquier naturaleza y Tarrío era parte de este andamiaje. Su participación activa en estas «tareas» y su lealtad a Trump evidentemente le abrieron las puertas para establecer vínculos con el entonces gobernador Rick Scott, el congresista Mario Díaz-Balart, el representante Carlos Curbelo y las principales figuras que controlan la maquinaria republicana en el Sur de la Florida. Con todos ellos compartió en varios eventos sociales y existe constancia en las redes sociales.

En el 2019, Tarrío se desempeñaba también como director en la Florida de «Latinos por Trump», responsabilidad que

conllevaba necesariamente coordinar acciones con el equipo de campaña en ese importante estado. Paralelamente se inscribió como aspirante republicano por el distrito congresional 27 de la Florida, pero abandonó la disputa antes de agosto de 2020 debido a que no tenía posibilidades.

De acuerdo al sitio Ballotpedia, cuando al entonces candidato congresional le preguntaron sobre el primer evento político que recuerda en su vida, respondió que fue la manifestación organizada en Miami contra la devolución a Cuba del niño Elián González. Tarrío afirmó que participó en este acto organizado por la extrema derecha cubanoamericana cuando solo tenía 13 años. Esta fue su primera incursión en la vida política y marcó el inicio de sus posiciones alineadas con los sectores de línea dura de esa comunidad.

Según *The Sun Sentinel*, en el año 2013 fue sentenciado a 30 meses en una prisión federal por un delito asociado con el robo de equipos médicos y su reventa. Es decir, era un delincuente que querían hacer pasar por político pero quienes le pagan llegaron a la conclusión que les sería más útil como organizador y promotor de la violencia.

Resulta obvio que las acciones de los Proud Boys obedecían a indicaciones precisas de representantes de la campaña de Trump, quienes diseñaron este tipo de manifestaciones y enfrentamientos para ir creando las condiciones de inestabilidad en el contexto de las elecciones. Para posicionar de manera creíble el mensaje de la ley y el orden, los republicanos necesitaban precisamente una situación caótica y volátil. A tales efectos, este grupo fue un instrumento efectivo y el cubanoamericano era la pieza que desencadenaba la furia en el terreno.

Cuando Trump durante el primer debate presidencial afirmó: «Proud Boys den un paso atrás y estén preparados», la reacción

de Tarrío en la plataforma tecnológica Parler fue: «Estoy extremadamente orgulloso de la actuación de mi presidente esta noche». Según *The New York Times*, después de los pronunciamientos del candidato republicano se incrementaron las solicitudes de membresía al grupo neofascista y llevaron a cabo una campaña con ese propósito que requirió modificar el logo de la agrupación para incorporarle la afirmación del mandatario.

Como una muestra ilustrativa de las reacciones, el activista neonazi Andrew Anglin dijo: «Él le está diciendo a las personas que estén preparadas. Es como decir: estén listos para la guerra». Por lo tanto, Trump con su marcada intención de no condenar este tipo de conductas promovía directamente la violencia desconociendo públicamente que los Proud Boys fueron catalogados en el 2018 por el FBI como un grupo extremista con vínculos con el nacionalismo blanco.

Por su parte, la organización estadounidense Southern Poverty Law Center ha contabilizado decenas de incidentes violentos con la participación de miembros de esta agrupación y lo tiene calificado como un grupo de odio. En este sentido, Jonathan Greenblatt CEO de la Liga Antidifamación, señaló: «En caso de que alguien tenga alguna duda, Proud Boys son una cepa virulenta del extremismo de derecha estadounidense».

En testimonio ante el Congreso en el año 2020, el director del FBI afirmó que los grupos extremistas constituían la mayor amenaza de terrorismo doméstico para Estados Unidos. No obstante, nada de esto era suficiente para el candidato republicano porque su objetivo era reelegirse.

Lo insólito fue que Donald Trump llegó a afirmar categóricamente que no conocía qué era Proud Boys cuando él es el verdadero padre de esa criatura. Una vez más el gobierno

estadounidense le asignaba a la derecha anticubana y sus representantes el trabajo sucio para cuando le resultara conveniente negar su responsabilidad en el desastre. Pero bueno, para eso les pagan y ellos tienen un precio.

Los posibles escenarios post 3 de noviembre: Entre la violencia y el «fraude»

Las autoridades electorales de la Florida estimaron que el día de las elecciones podrían ocurrir lo que calificaron como «escenarios pesadillas». Entre los que identificaron estaban: protestas del grupo neofascista American Patriot; desaparición de boletas enviadas por correo postal; ataques cibernéticos contra centros de votación y divulgación de noticias falsas en las redes sociales para generar confusión e incertidumbre en el electorado.

Según el sitio web *Politico*, estos escenarios fueron evaluados en una reunión realizada a finales de octubre de 2020 en la que participaron funcionarios electorales de ese estado decisivo, representantes del FBI y autoridades locales. El objetivo era prepararse para adoptar medidas ante estas situaciones. En esencia, estaban anticipando que en la Florida el 3 de noviembre podría ocurrir una combinación de violencia política, fraude y desinformación. Precisamente estos eran tres de los pilares que formaron parte de la estrategia de Donald Trump para continuar en la Casa Blanca.

No era descartable que esos «escenarios pesadillas» se expresaran a partir del día de las elecciones posiblemente con mayor incidencia en estados clave como Florida, Pensilvania, Michigan, Wisconsin, Arizona y Carolina del Norte. Dada la complejidad del contexto político electoral, no era posible determinar con certeza el alcance, perdurabilidad e impacto de estos

eventos. No obstante, existían condiciones favorables para el desarrollo de esos incidentes.

Más allá de la pregunta clave de quién ganaría las elecciones presidenciales si Biden o Trump, la singularidad de esos comicios motivó que muchos se preguntaran con preocupación, ansiedad y frustración qué pasaría a partir del 3 de noviembre.

Aunque esta interrogante tenía múltiples respuestas, cualquier análisis debía partir de la decisión de Trump de permanecer a toda costa en la Casa Blanca, lo que constituía uno de los factores principales que incidiría en la evolución de los acontecimientos. Tomando eso como premisa fundamental, no podía descartarse que en el escenario post 3 de noviembre se manifestaran varias de estas situaciones:

- Donald Trump podría proclamar que hubo fraude masivo e irregularidades electorales vinculado a las boletas por correo y al conteo de los votos. De producirse esos pronunciamientos, vendrían siendo como una especie de «llamado a las armas» para los trumpistas que a partir de ese momento tratarían de tomar la iniciativa y capitalizar la crisis electoral.
- En la noche de las elecciones era probable que no se conocieran los resultados definitivos. Varios expertos coincidían en que podrían tardar varios días, e incluso, en determinados estados más de una semana debido a que la avalancha de boletas por correo sobrepasaría sus capacidades de procesamiento. En ese último caso, existía mayor probabilidad que se encontraran los estados decisivos de Pensilvania, Michigan y Wisconsin. De darse esa situación de indefinición, sin proclamarse un ganador,

facilitaría la generación de incertidumbre y falta de credibilidad en los resultados.

- Las manifestaciones y enfrentamientos violentos entre los seguidores de Trump y los que apoyaban a Biden constituían un escenario probable. Los grupos neofascistas, supremacistas blancos y las milicias podrían promover desórdenes sociales sin descartarse que en determinadas ciudades se declarara el estado de sitio. La divulgación del plan para secuestrar a la gobernadora de Michigan constituía un ejemplo del tipo de acciones que estarían dispuestas a realizar estas agrupaciones. El alcance y sostenibilidad en el tiempo de estos eventos estarían condicionados por la actuación de las fuerzas del orden a partir de las instrucciones que recibieran, las que serían diferentes en dependencia de si el estado es controlado por la maquinaria política republicana o demócrata.
- Era probable un fuerte despliegue policial y de otros órganos en materia de aplicación de la ley que en determinados lugares contribuiría a que se produjeran incidentes entre las instituciones represivas y los manifestantes. No era descartable que Trump se sintiera motivado por aplicar la Ley de la Insurrección para desplegar efectivos militares y federales.
- Como estaba previsto por la campaña republicana, debía ejecutarse a gran escala la operación de presión e intimidación en las urnas empleando los llamados «observadores electorales» de Trump. Su objetivo estratégico era incidir en los resultados a través de ejercer presiones contra las autoridades electorales.

- Era previsible que se presentaran decenas de demandas judiciales en los estados decisivos ante supuesto fraude electoral y otras irregularidades. Los litigios que presentarían los republicanos tendrían como propósito fundamental cuestionar la legalidad de las boletas por correo y solicitar el recuento de los votos. Este curso legal podía tener diferentes desenlaces: desde el desconocimiento de los resultados electorales por los tribunales en determinados estados, hasta culminar en una decisión de la Corte Suprema como sucedió en las elecciones presidenciales del año 2000.
- Debía incrementarse la actual campaña de desinformación promovida con mayor agresividad por los medios de la derecha con especial énfasis en las plataformas digitales. De ser así, se configuraría una intensa disputa mediática que contribuiría a la promoción de la incertidumbre, la confusión y la violencia.

El alto nivel de complejidad del escenario que vivía Estados Unidos, su volatilidad y el carácter impredecible de la evolución de las tendencias electorales, indicaban que aunque no podría asegurarse que todas esas situaciones podrían concretarse, sí era probable que algunas estuvieran presentes con mayor o menor fuerza a partir del 3 de noviembre. No obstante, existían un grupo de elementos que podrían contribuir a que las posibles implicaciones de esos eventos fueran menos devastadoras y caóticas de lo que varios expertos anticipaban.

En primer lugar, las encuestas indicaban que se había consolidado y ampliado la ventaja de Biden en la mayoría de los estados decisivos principalmente en Pensilvania, Wisconsin y Michigan. Al parecer era una tendencia prácticamente

irreversible que podría también expresarse en los últimos días en otros estados. Hasta ese momento, los principales modelos de pronósticos de las elecciones presidenciales en Estados Unidos mostraban que el candidato demócrata se encontraba en una posición mucho más favorable para ganar los votos electorales necesarios.

Según expertos estadounidenses, los estimados de ese ciclo electoral que estaban basados fundamentalmente en encuestas y otros datos habían corregido los errores cometidos en los sondeos del 2016, lo que sugería que en esa ocasión tenían una mayor exactitud y objetividad. Por otra parte, también era cierto que su principal vulnerabilidad estaba dada por la incapacidad de esos modelos para calcular con precisión el comportamiento de variables decisivas en esos comicios como son: la supresión del voto; la intimidación en las urnas; la manipulación de las boletas por correo; el fraude en el conteo de los votos y las decisiones de los tribunales.

En segundo lugar, existían evidencias que se estaba produciendo una participación significativa del electorado con fuerte presencia de votantes demócratas, lo que podría culminar en una avalancha para ejercer el voto de castigo contra Donald Trump. De concretarse una denominada «marea azul» disminuiría la efectividad de las maniobras fraudulentas que promovía la campaña de Trump.

En tercer lugar, el candidato republicano estaba inmerso en un proceso de deterioro político no solo de su imagen sino de su campaña que se había debilitado significativamente después del desastroso debate presidencial y, en especial, a partir de que contrajo la COVID-19. Lo más preocupante era que determinados votantes dentro de su base electoral estaban retirándole su apoyo y miembros importantes del Partido Republicano toma-

ban distancia de un Trump que cada día se mostraba más errático y desesperado. Su capacidad para fabricar una «sorpresa de octubre» que modificara el curso de la contienda estaba sustancialmente limitada ante su declive.

En cuarto lugar, en las últimas semanas el aspirante republicano a diferencia de Biden había presentado serios problemas con la recaudación de fondos, lo que impactó negativamente en sus posibilidades para pagar anuncios en determinados estados decisivos. Esa compleja situación financiera en la recta final de las elecciones, podría interpretarse como una expresión de que los grupos de poder económico no se sentían motivados a respaldarlo.

Según *The New Yorker*, el jefe de economistas del influyente banco Goldman Sachs les dirigió una carta a sus clientes haciendo referencia a que un gobierno de Biden sería positivo para la economía estadounidense. En esencia, esos sectores para proteger sus intereses requerían un entorno de estabilidad y evidentemente Trump representaba todo lo contrario.

A menos de tres semanas para el día de las elecciones, el mandatario estadounidense estaba mostrando signos de aislamiento político y había perdido el empuje necesario que requería su campaña para esta última etapa. El candidato republicano al pisotear los principios y normas básicas del «comportamiento presidencial», se había convertido en una persona tóxica con una capacidad destructiva que generaba preocupación y rechazo en sectores poderosos de la clase dominante.

Trump había cruzado varias veces la «línea roja» en un sistema que está diseñado por las élites de poder para preservar sus intereses y por consiguiente no puede permitir que el caos y la desestabilización se conviertan en su estado natural y permanente. Si bien había sido capaz de sobrevivir a investigaciones

sobre su campaña presidencial del 2016, escándalos permanentes de personas vinculadas a su entorno más cercano y un proceso de *impeachment*, su principal desafío estaba por llegar.

Evidentemente no fue la causa de la crisis sistémica que vivía Estados Unidos, pero sí se convirtió en un factor detonante que contribuyó a que los problemas estructurales que acumulaba esa sociedad se expusieran descarnadamente como nunca antes. Por lo tanto, el exmandatario estadounidense al incentivar la capacidad explosiva de ese sistema, se había puesto a sí mismo una bomba de tiempo que podría estallarle en sus manos a partir del 3 de noviembre. El reloj ya estaba en cuenta regresiva y era muy difícil que se salvara.

El último día de la campaña presidencial

A solo unas horas del 3 de noviembre, el ambiente electoral en Estados Unidos se caracterizaba por su alto nivel de complejidad e incertidumbre. Las protestas y disturbios en Filadelfia, el incremento de la compra de armas de fuego por los estadounidenses, las amenazas a votantes pertenecientes a las minorías, la intención de Trump de proclamarse ganador sin esperar el conteo final de los votos, los preparativos de las milicias de extrema derecha para promover la violencia y el crecimiento diario de los casos de coronavirus constituían los rasgos más visibles y peligrosos que estaban marcando las últimas horas de la contienda presidencial.

En uno de los últimos mítines con sus seguidores en Pensilvania, Trump afirmó que era altamente probable que la noche de las elecciones no se conociera un resultado definitivo. El candidato republicano enfatizó: «ustedes van a tener un caos en nuestro país». Precisamente ese era el escenario ideal para que

los republicanos desplegaran con intensidad la estrategia que habían elaborado como única opción para permanecer en la Casa Blanca.

La mayoría de los expertos estadounidenses atendiendo a las leyes electorales de los estados decisivos y al comportamiento del voto por correo, estimaban que era muy difícil que el 3 de noviembre se conociera el ganador de los comicios.

Según el sitio especializado US Elections Project, hasta el 1 de noviembre de 2020 ya habían ejercido el voto más de 92 millones de estadounidenses. Teniendo en cuenta las cifras divulgadas por los 20 estados que ofrecían esa información, aproximadamente el 47% de los votantes fueron demócratas, el 30% republicanos y el 23% independientes. A partir de estos datos, era evidente que existía una clara ventaja para Biden, pero había que tener en cuenta que una parte importante de los republicanos votarían el propio 3 de noviembre. Por esa razón, esa brecha debía reducirse en lo que también influiría una parte de los votantes independientes que simpatizaban con Trump.

De acuerdo a la cantidad de votos emitidos hasta ese momento, podía afirmarse que esas elecciones marcarían un récord de participación política en Estados Unidos. Teniendo en cuenta ese elemento, era evidente que la situación sin precedentes que vivía esa nación y, en especial, la figura de Donald Trump constituían fuertes motivaciones para que ciudadanos estadounidenses que usualmente habían decidido quedarse en sus casas salieran a votar.

Sin embargo, como el sistema electoral no está diseñado para declarar como ganador al que obtenga la mayoría del voto popular, entonces la única manera posible de que una eventual avalancha de votantes culminara con una victoria de Biden es si tenía un reflejo en los siguientes estados decisivos: Florida,

Pensilvania, Wisconsin, Michigan, Carolina del Norte y Arizona. No importaba la segura y arrolladora ventaja que tendría Biden en California y Nueva York debido a que eran bastiones demócratas tradicionales y la campaña republicana siempre los daba por perdidos.

Dada la importancia estratégica de los estados mencionados, los asesores de campaña de Trump anunciaron que el aspirante republicano realizaría 14 mítines en los últimos tres días antes del 3 de noviembre. Los estados seleccionados fueron: Florida, Pensilvania, Michigan, Wisconsin, Carolina del Norte, Iowa y Georgia.

La mayoría de los expertos que fundamentaban sus pronósticos en el resultado de las encuestas, estimaron que la mayor probabilidad de triunfo era para Biden. El sitio especializado en datos y modelación electoral Five Thirty Eight consideraba que el candidato demócrata tenía un 89% de probabilidad para imponerse.

Debe recordarse que en las elecciones del 2016, la mayoría de las instituciones en Estados Unidos dedicadas a los pronósticos electorales estimaron que Hillary tenía más del 70% de probabilidades para imponerse. De hecho, *The New York Times* el propio día de los comicios anticipaba un 75% para la aspirante demócrata.

Los días previos a las elecciones, una encuesta divulgada por CNN determinó que Biden aventajaba a Trump en Michigan por 12 puntos, Wisconsin por ocho puntos, Carolina del Norte por seis puntos y Arizona por cuatro puntos. En el caso de la Florida, un sondeo *The New York Times/Siena College* arrojó que Biden iba delante por 3% y una encuesta de *ABC/Washington Post* determinó que Trump tenía la delantera por 2%.

En este contexto, eran de interés los resultados de un sondeo realizado por la prestigiosa encuestadora Gallup sobre el entusiasmo para participar en las elecciones. Según el estudio, el 69% de los votantes registrados afirmaron que estaban más entusiasmados por votar en esos comicios que en elecciones precedentes. Esa cifra representaba casi un 20% de crecimiento con relación a ese mismo indicador en las elecciones de 2016, lo que tenía una expresión a nivel partidista. Entre los demócratas el incremento del entusiasmo fue del 27% y en los republicanos del 15%.

Por su parte, una encuesta de YouGov determinó que solo el 48% de los que apoyaban a Biden estaban entusiasmados con él y en el caso de Trump constituían el 77% de sus seguidores. Esas cifras evidenciaban la debilidad del candidato demócrata para erigirse como una figura sólida dentro de las bases tradicionales de ese partido y explicaba las dificultades que había presentado en segmentos de ese electorado compuesto por afroamericanos y jóvenes. No obstante, Biden lograba balancear esa limitación con el hecho que el 52% que lo apoyó argumentaba que ejercerían su voto contra Trump.

Por lo tanto, la mayoría había entendido que lo más importante era impedir la reelección del exmandatario estadounidense y esa posición se estaba manifestando en el voto anticipado ya fuera en persona o por correo.

Según el sitio web Five Thirty Eight, se anticipaba como muy probable que en la noche del 3 de noviembre no se declarara oficialmente un ganador. El creciente número de electores que enviaron sus boletas por correo como resultado de la pandemia, implicaría demoras en la certificación, procesamiento y conteo de ese tipo de voto. Como cada estado tiene sus propias leyes y

normas electorales, ese día algunos podrían dar sus resultados pero a otros les tomaría mucho más tiempo.

Se estimaba que en la Florida era posible que se supiera quién ganó esa misma noche debido a que su legislación permitía comenzar con suficiente antelación con el conteo de las boletas por correo. No obstante, dada la naturaleza competitiva de ese territorio si la contienda estaba muy reñida podrían producirse recuento de votos y presentación de litigios que retardarían cualquier resultado. En ese estado en las elecciones del 2000, la diferencia fue de 537 votos y la decisión final la adoptó la Corte Suprema.

Varios expertos habían alertado sobre la posibilidad que durante el 3 de noviembre ocurriera lo que llamaron como el «espejismo rojo» que se expresaría en que el conteo parcial de los votos en varios estados simultáneamente arrojaría una ventaja para Donald Trump. Esta situación podría producirse debido a que primero se conocen los resultados del voto presencial en las urnas que tradicionalmente ha sido mayoritariamente republicano y después, de manera gradual, comienza a divulgarse el conteo de las boletas por correo que toman mucho más tiempo y que son predominantemente demócratas.

No se descartaba un escenario en que el candidato republicano culminara esa noche con ventaja y a medida que se fuera divulgando el conteo en los estados se comenzara a manifestar una tendencia sostenida y favorable al aspirante demócrata.

Según el sitio Axios, integrantes del equipo de campaña del mandatario estaban manejando la posibilidad que ante una eventual ventaja en el Colegio Electoral y sin que varios estados hubieran divulgado los resultados finales de la votación, se produjera la autoproclamación de Donald Trump como vencedor. De acuerdo a la página web *Politico*, también algunos

asesores del candidato republicano estaban sugiriendo que si no se conocían los resultados de las elecciones en la noche del 3 de noviembre, entonces a partir del día 4 Trump debía realizar mítines con sus seguidores como si todavía estuviera en campaña electoral.

La interminable batalla electoral: Dos ganadores autoproclamados y un solo vencedor

Como era previsible, el presidente electo de Estados Unidos fue proclamado después de varios días de un intenso y agotador conteo de boletas. Aunque la tensión y la incertidumbre capitalizaron el escenario electoral estadounidense a partir del 3 de noviembre, uno de los elementos más significativos fue que ambos candidatos se autoproclamaron como ganadores. En la historia de los comicios presidenciales en esa nación no había ocurrido algo similar. Tal parecía que la denominada democracia americana estaba desplomándose.

En la madrugada del día 4, Biden tomó la iniciativa y realizó una intervención enfatizando que estaban en el camino hacia la victoria, aunque dejó claro que los resultados definitivos demorarían. El objetivo del candidato demócrata fue evitar que su contrincante se proclamara como ganador de las elecciones. Donald Trump reaccionando a esa intervención y totalmente a la defensiva enfatizó: «Nos preparamos para ganar estas elecciones y de hecho las tenemos ganadas. Ganaremos esto. En mi opinión, ya hemos ganado». Las palabras del mandatario indicaban con claridad que bajo ningún concepto reconocería la derrota y ante cualquier señal de desventaja en el conteo acudiría al argumento del fraude en las boletas por correo.

Cuando en horas del mediodía del día 7 de noviembre, varios medios de prensa estadounidenses comenzaron a divulgar que Biden había ganado en Pensilvania y se convertiría en presidente electo, Trump se encontraba en uno de sus lugares preferidos: un campo de golf. Su reacción fue desconocer el resultado y continuar con la presentación de litigios legales para exigir el recuento de los votos. De esta manera, se estaban concretando los estimados de muchos expertos estadounidenses que anticiparon una batalla en las cortes y la negación total por parte del presidente a respaldar una transición ordenada del poder.

Después de perder en la Florida, Biden tenía que imponerse en el denominado «muro azul» que comprende los estados de Michigan, Wisconsin y Pensilvania en la región de los grandes lagos. En su camino hacia la Casa Blanca le era imprescindible alcanzar la victoria en varios de ellos para lograr una combinación de votos electorales que superara la cifra de 270.

La mayoría de los especialistas consideraba de antemano que Pensilvania sería la pieza clave, pero había que esperar por el conteo de las boletas por correo. Después de una prolongada demora, se validaron los estimados de las encuestas que proyectaban una victoria del candidato demócrata en una de las elecciones con mayor participación de la historia.

Según datos preliminares, hasta el 8 de noviembre se habían contabilizados alrededor de 148 millones de votos: Biden había obtenido cerca de 76 millones y Trump estaba próximo a los 71 millones. Ambos fueron los candidatos más votados de todos los tiempos. Se calculó que la participación fue de un 66,4% superando ampliamente a las elecciones de 2016 que fue de 60,1%. El candidato demócrata aventajaba a su rival en el voto popular 50,5% por 47,7%, lo que representaba una ventaja

de más de 4 millones de votos. Estas cifras evidenciaban que el electorado estadounidense consideró que esos comicios marcarían el futuro de la nación en un momento de profunda crisis sistémica.

En este sentido, una interrogante esencial fue: ¿cómo se comportaron los diferentes segmentos del electorado estadounidense? De acuerdo a sondeos a boca de urna realizados por CBS, dentro del importante sector de los votantes independientes que representan el 34% de los electores, Biden se impuso 54% a 40%. Ese resultado fue determinante y significó un gran viraje debido a que Trump en el 2016 lo había ganado con 4% más que Hillary. Por lo tanto, el aspirante demócrata logró marcar la diferencia obteniendo el mejor desempeño entre los independientes desde la reelección de Bill Clinton en 1996.

Dentro de los votantes jóvenes menores de 30 años que constituyeron cerca del 17% del electorado, Biden tuvo un apoyo del 62% que representaba 7% más del respaldo que tuvo Hillary Clinton en el 2016. Este dato indicaba que ese segmento más inclinado por las ideas y concepciones progresistas promovidas por Bernie Sanders decidió votar por Biden como una manera de ejercer su voto de castigo contra Donald Trump y evitar que continuara en la Casa Blanca.

En el estado decisivo de Wisconsin, el aspirante demócrata le sacó +20 puntos de ventaja a su contrincante. Como elemento ilustrativo de este avance, en ese propio territorio Hillary Clinton en el 2016 solo pudo obtener un margen de victoria de +3 puntos entre esos jóvenes.

Con relación a los votantes mayores de 65 años, en los estados decisivos de Michigan (54%-46%) y Pensilvania (51%-48%) se inclinaron a votar por el demócrata debido a que su tema de mayor preocupación era el impacto del coronavirus en su salud.

En estos territorios en las elecciones del 2016, este segmento votó mayoritariamente por Trump. Por lo tanto, se experimentó un cambio en el patrón de votación como resultado directo de la pandemia.

En el estado competitivo de Arizona que fue ganado por el mandatario en el 2016 imponiéndose en este grupo con +13 puntos, en esta ocasión terminó empatado con Biden. Estos ejemplos constituyen evidencias de cómo el coronavirus tuvo una incidencia directa en la derrota de Trump, quien a nivel nacional se impuso en este sector por solo un 3% de diferencia.

Dentro de las mujeres que constituyen un bastión predominantemente demócrata desde 1992, Biden se impuso 56% por 43%. Esta ventaja de 13% iguala el desempeño de Hillary Clinton. En el estado de Michigan el apoyo de las féminas fue clave al ganar cómodamente con una brecha del 20%. Entre los hombres blancos, aunque Trump se impuso, Biden mostró buenos resultados y fue capaz de reducir la ventaja que exhibió su contrincante en el 2016.

El aspirante republicano que en esos comicios aventajó a su rival por +31 puntos, en esta ocasión solo pudo mostrar +18 puntos. En el caso de los hombres sin estudios universitarios que constituyeron una base política sólida de Trump y que tenían una fuerte presencia en los estados del denominado «muro azul», Biden obtuvo un 10% más de votos que Hillary Clinton. Esto último evidenció que tuvo la capacidad de persuadir a una parte de este segmento, lo que resulta un elemento significativo.

En las minorías, el 87% de los afroamericanos favorecieron a Biden y el 12% a Trump. En este segmento, Biden no pudo lograr el 89% de apoyo que tuvo Hillary en el 2016. Dentro del electorado latino, el 66% respaldó a Biden y el 32% al exman-

datario. El estado que tuvo mayor contraste en el voto latino con relación al 2016 fue Florida. En estas elecciones, Biden se impuso con una ventaja de +5 puntos a Trump, pero en los últimos comicios la brecha de Hillary fue +27 puntos. Como dato de interés, el 13% de los votantes declararon que nunca habían votado en unas elecciones. El 66% de estos nuevos electores votaron por Biden y un 32% por Trump. En este grupo sobresale que cerca del 50% son menores de 30 años y son más diversos desde el punto de vista étnico y racial.

Una de las lecciones que han dejado los resultados de esas elecciones es que a pesar de la crisis sistémica por la que atraviesa Estados Unidos y la desastrosa gestión de Trump en múltiples frentes, en especial, lo relativo a la pandemia, más de 70 millones de estadounidenses decidieron votar por él. Por lo tanto, fue capaz de movilizar y cautivar a amplios sectores de esa sociedad que por diversas razones defendieron la visión de país que trataba de construir.

Es decir, la xenofobia, el racismo, la violencia, el odio y el supremacismo tienen tan fuerte arraigo en la sociedad estadounidense que hacia el futuro podría considerarse que es sostenible un trumpismo sin Trump. Aunque el candidato republicano fue derrotado, estas tendencias permanecerán e indican que un aspirante republicano con ideas y concepciones similares puede ser competitivo de cara al 2024. No obstante, las posibilidades reales dependerán en gran medida de la capacidad del nuevo gobierno demócrata de imponerse a los grandes desafíos que tienen por delante.

Los litigios presentados por el equipo de abogados republicanos; la persistencia de Trump en no conceder la victoria a Biden y las maniobras dilatorias desde la Casa Blanca para evitar una transición pacífica del poder, constituyeron factores que

condicionaron que persistiera durante varias semanas una interminable batalla electoral que en definitiva la estaba librando el candidato perdedor porque la mayoría de los sectores y grupos de la sociedad estadounidense, así como la comunidad internacional ya habían reconocido a Biden como presidente electo de Estados Unidos. Trump aunque estaba llevando a cabo su propia guerra, ya estaba aislado y derrotado.

La toma del Capitolio por el ejército de Trump

El 6 de enero de 2020, cientos de personas asaltaron y saquearon uno de los símbolos de la denominada democracia estadounidense: el Capitol Hill. Este hecho insólito que sorprendió a muchos, no fue el resultado de una reacción espontánea de extremistas y fanáticos trumpistas sino que respondió a un plan financiado y organizado durante varias semanas dirigido a impedir la culminación del proceso de certificación oficial del triunfo de Joseph Biden.

En el centro de la concepción y promoción de estas acciones se encontraba el propio mandatario estadounidense, quien desde el 19 de diciembre había afirmado: «Gran protesta en DC el 6 de enero. Ve allá, será salvaje». Posteriormente, el 1ro. de enero dijo: «El gran rally de protesta será a las 11:00 a.m. Paren el Robo». Su punto culminante fue el propio 6 de enero cuando les pidió a sus seguidores dirigirse al edificio del Congreso. De esta manera, incitó a sus partidarios a emplear la confrontación y la violencia para generar un escenario de desestabilización interna.

En el análisis de estos sucesos corresponde plantearse dos interrogantes fundamentales: ¿por qué fue posible la ocurrencia de estos hechos? y ¿quiénes eran las personas que asaltaron el

Capitolio estadounidense? Con relación a la primera pregunta, convergieron tres factores fundamentales que podrían explicar los acontecimientos: la profunda crisis sistémica por la que transita la sociedad estadounidense; el papel desempeñado por Trump y el nivel de radicalización y fanatismo de los grupos que ejecutaron estas acciones.

Para entender no solo lo que sucedió el 6 de enero sino para estimar las posibilidades de que este tipo de eventos se repitan en el futuro, resultaba imprescindible indagar sobre la composición, motivaciones, creencias, símbolos, niveles organizativos e impacto de las diferentes agrupaciones que participaron directamente en lo que podría denominarse la «toma» del Capitolio.

En términos generales, estuvieron representados cinco grupos principales: las milicias armadas de extrema derecha; los seguidores de la teoría conspirativa QAnon; los miembros del movimiento Stop the Steal (Paren el Robo); los representantes de organizaciones supremacistas blancas neofascistas y los que podrían calificarse como «trumpistas entusiastas» que actuaban a título individual sin estar vinculados a los grupos mencionados. En esencia, una coalición de los sectores más radicales, violentos y leales de la base política de Trump que está integrada por alrededor de 75 millones de estadounidenses.

A pesar de las diferencias y heterogeneidad entre estos grupos, coinciden en los siguientes aspectos: consideran que Trump es su líder indiscutible; son portadores de un profundo nivel de frustración y resentimiento que se expresa en posiciones extremistas de diversa índole; emplean la violencia, las manifestaciones y la desestabilización como sus principales instrumentos para hacer valer sus intereses; consideran como sus enemigos a los que se oponen a la concepción «América Primero» y se comunican, organizan y promueven sus mensajes en

las mismas plataformas digitales alternativas de derecha como es el caso de Parler y Gab que tienen millones de usuarios.

Un elemento significativo que comparten es que la mayoría son consideradas por el FBI como organizaciones que representan una amenaza de terrorismo doméstico para la seguridad nacional estadounidense. Por lo tanto, sus actividades son monitoreadas y vigiladas por órganos especializados que tienen como misión fundamental enfrentarlas y desmantelarlas.

No obstante, el ambiente político polarizado en el que tuvieron lugar esas manifestaciones de extremismo violento, la permisibilidad de sus acciones por parte de las propias instituciones que debían neutralizarlas y, en especial, el estímulo que reciben del mandatario y una influyente red de organizaciones conservadoras las han convertido en movimientos masivos que están fuera de control con una gran capacidad desestabilizadora.

El nivel de radicalización, fanatismo, agresividad y visibilidad pública alcanzada por estos grupos fue un resultado directo del comportamiento y la retórica incendiaria de Trump, quien desde su condición de presidente de Estados Unidos les dio reconocimiento, respaldo y espacio para que se manifestaran. Si bien los grupos de supremacistas blancos y las milicias armadas constituyen agrupaciones de larga data en esa nación, los movimientos QAnon, Stop the Steal y los «trumpistas entusiastas» tienen como padre fundador y fuente de inspiración al propio Donald Trump.

Estas personas que estaban fuertemente energizadas crearon una especie de «conexión personal» con Trump que se expresaba en términos prácticos en un culto a su personalidad y se movilizaron como si fueran un ejército personal del mandatario estadounidense. Durante toda la campaña presidencial habían

sido muy activos y tuvieron una participación sistemática en los mítines electorales a lo largo del país. De hecho, a través del sitio web Trump Army (el ejército de Trump) muchos de ellos se alistaron para cumplir tareas de todo tipo durante la campaña presidencial.

Durante los eventos del 6 de enero, los involucrados exhibieron diferentes símbolos que representaban su pertenencia a los grupos que irrumpieron en el Capitolio. Los supremacistas blancos y neofascistas enarbolaron banderas de la Confederación que simboliza a los estados que apoyaron la continuidad de la esclavitud durante la guerra civil estadounidense; los seguidores de QAnon mostraban pullovers con la letra Q; las milicias armadas como los Proud Boys exhibían prendas de vestir con el letrero 6MWE que significa «seis millones no fue suficiente» haciendo referencia a los judíos asesinados durante el holocausto y otros agitaban telas con las frases «Stop the Steal», «Trump es el presidente» y «MAGA» (Hacer a América Grande otra vez).

Las milicias armadas tuvieron una participación destacada en los sucesos. La mayor representatividad fue encabezada por los Proud Boys, Three Percenters y Oath Keepers que son consideradas las más violentas atendiendo a las características de sus integrantes, su nivel de agresividad y la promoción de confrontaciones e incidentes durante toda la campaña electoral.

Dentro de los grupos más agresivos también sobresalieron los seguidores de QAnon que es una teoría conspirativa surgida en la web que tiene millones de seguidores. Su creencia fundamental es que «Trump está librando una guerra secreta contra élites del Partido Demócrata y estrellas de Hollywood que son pedófilos y rinden culto a Satanás». Esta idea fue lanzada por primera vez en el año 2017 por un usuario anónimo llamado

Q Clearance Patriot que publicó un post en el foro conservador 4chan en el que afirmó tener acceso a información clasificada del gobierno estadounidense sobre esa supuesta conspiración.

Según la BBC, la primera vez que hubo presencia de los seguidores de esta teoría en un espacio público fue durante un mítin de Trump en Tampa a finales del 2017. Las personas que comparten estas ideas son fanáticos radicalizados que han estado involucrados en planes de asesinatos, organización de secuestros, actos de violencia física y acciones de hostigamiento en varios estados. Uno de los casos de mayor visibilidad fue un seguidor que confesó su propósito de asesinar a Biden. En el año 2019, el FBI concluyó que simpatizar con esta creencia constituía una amenaza de terrorismo doméstico.

Con relación al impacto de QAnon, una encuesta realizada por YouGov divulgada el pasado 20 de octubre reveló que el 50% de los seguidores de Trump consideraban que es cierto que las élites del Partido Demócrata estaban involucradas en redes de tráfico sexual infantil. Lo más llamativo es que su influencia también había llegado al ámbito de los cargos públicos debido a que durante las últimas elecciones una docena de simpatizantes activos de QAnon se lanzaron como candidatos al Congreso y dos de ellos juramentaron sus cargos como miembros de la Cámara de Representantes. Son los casos de los republicanos Lauren Boerbert de Colorado y Marjorie Taylor Greene de Georgia.

El 6 de enero, el integrante más visible de este grupo fue el denominado QAnon Shaman, su imagen con los cuernos y la cara pintada representó lo más grotesco de estos fanáticos. Previo a estos acontecimientos, promovieron en las redes sociales el slogan siguiente: «Si no estás preparado para usar la fuerza en defensa de la civilización, entonces debes estar preparado

para el barbarismo». Fueron muy activos difundiendo que el coronavirus se fabricó en un laboratorio militar chino y que era una invención para impedir la reelección de Trump. Lamentablemente, millones de estadounidenses le dan crédito a estas *fake news*.

Otra agrupación que se involucró con fuerza en los hechos fue Stop the Steal que es un movimiento que se creó después de los resultados del 3 de noviembre y se articuló en función de la idea que «Biden es un usurpador y Trump es el verdadero ganador de las elecciones». Su organizador y líder es el influencer conservador Ali Alexander, quien estuvo vinculado al entorno más cercano de Donald Trump. Este grupo durante el mes de noviembre, se mantuvo permanentemente presionando y demandando que se realizara el recuento de los votos en los estados competitivos.

El 6 de enero, Alexander se convirtió en uno de los instigadores principales de la violencia al alentar que las personas entraran al Capitolio y simultáneamente vociferaba: «victoria o muerte». El espacio virtual de comunicación de sus miembros es la plataforma Parler que en tan solo una semana de noviembre duplicó sus usuarios a 8 millones. Según Emily Dreyfus, investigadora del centro de estudios de medios de la Universidad de Harvard, la concepción propagandística de Stop the Steal no se originó en las bases trumpistas sino que fue organizada desde los niveles más altos de la campaña de Trump.

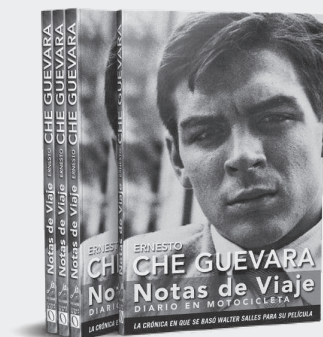
La «toma» del Capitolio no puede evaluarse como un evento aislado, fallido y meramente coyuntural liderado por trumpistas delirantes en el contexto de la crisis por la que transita Estados Unidos. Estos acontecimientos deben analizarse como una demostración de fuerza y capacidad movilizativa de lo que podría considerarse como la primera línea de ataque del ejército

de Trump integrado por miles de personas que representan los sectores más extremistas, fundamentalistas y violentos de un movimiento masivo aglutinado sobre un proyecto de nación que se hace llamar «América Primero».

Durante los cuatro años de la presidencia de Trump, estos grupos y diversas manifestaciones del populismo con posiciones de extrema derecha se han fortalecido y a medida que se profundiza la polarización económica, social, política e ideológica en ese país más estadounidenses van ingresando a sus filas.

Si bien Donald Trump abandonó la Casa Blanca, el nivel de impacto y penetración en el tejido social de estas agrupaciones es tan significativo que su presencia y activismo será capaz de trascender hacia el futuro independientemente de si Trump tiene la capacidad, o no, de continuar ejerciendo su liderazgo de facto. Por lo tanto, asaltar y saquear el Capitolio podría considerarse como el inicio de una serie de protestas y eventos violentos que ocurrirán con frecuencia en Estados Unidos, lo que marcaría una etapa sin precedentes por el nivel de enfrentamientos, contradicciones y conflictos que se avizoran en una nación que está dividida como nunca antes.

LIBROS DE LA COLECCIÓN CHE GUEVARA



ERNESTO CHE GUEVARA Notas de viaje Diario en motocicleta

Libro sugerente e inspirador de la película Diarios de motocicleta, donde el Che narra las aventuras y primeras reflexiones de su viaje inicial por América Latina, realizado desde fines de 1951 hasta mediados de 1952 en compañía de su amigo Alberto Granado.

168 páginas + 24 páginas de fotos, 2004, ISBN 978-1-920888-12-1



ERNESTO CHE GUEVARA Otra vez

Ya graduado de Medicina, en 1953, Ernesto emprende su segundo viaje por el continente. La lectura del diario nos revela su inmenso humanismo identificado en esos primeros pasos con el hombre latinoamericano.

208 páginas + 32 páginas de fotos, 2007, ISBN 978-1-920888-78-7



DIARIO DE UN COMBATIENTE **De la Sierra Maestra a Santa Clara (1956-1958)**

ERNESTO CHE GUEVARA

COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIET

PRÓLOGO DE ARMANDO HART

Recorre momentos irrepetibles de la lucha armada en Cuba desde la llegada del yate *Granma* a las costas del oriente del país, hasta el triunfo revolucionario, narrados por quien fuera uno de sus principales protagonistas, el comandante argentino-cubano Ernesto Che Guevara. 312 páginas + 40 páginas de fotos y facsimilares, 2011, ISBN 978-1-921438-12-7



PASAJES DE LA GUERRA **REVOLUCIONARIA (CONGO)**

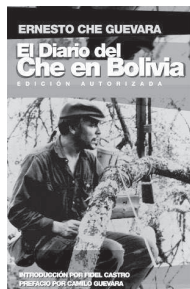
ERNESTO CHE GUEVARA

EDICIÓN REVISADA POR FIDEL CASTRO

PRÓLOGO DE ALEIDA GUEVARA MARCH

Páginas sobre una contienda que no logró alcanzar la victoria. Sin embargo, a pesar del lenguaje ríspido de algunos pasajes, del sabor amargo de la derrota, el Che logra entregarnos el aliento vital de un futuro a construir con una concepción de unidad y de validación de sus tesis tercermundistas.

296 páginas + 28 páginas de fotos + 2 páginas de mapas, 2017, ISBN 978-1-925317-37-4 (segunda edición)



EL DIARIO DEL CHE EN BOLIVIA

ERNESTO CHE GUEVARA

INTRODUCCIÓN DE FIDEL CASTRO RUZ

PRÓLOGO DE CAMILO GUEVARA MARCH

COMPILACIÓN Y NOTAS DE MA. DEL CARMEN ARIETT

Diario escrito durante la contienda guerrillera en Bolivia de noviembre de 1966 a octubre de 1967. Testamento histórico de una epopeya que forma parte de la gesta libertaria de la América Nuestra.

304 páginas + 32 páginas de fotos, 2006, ISBN 978-1-920888-30-5

Parte III

Rostros y perspectivas de la política exterior de Biden

La vicepresidenta Kamala Harris.
Breve acercamiento a sus raíces

Cuando Biden anunció que Kamala Harris sería su candidata a la vicepresidencia, destacó como atributos de la entonces senadora su enfrentamiento a los grandes bancos, su apoyo a la clase trabajadora, así como su defensa a las mujeres y niños víctimas de abuso. De inmediato, tanto el expresidente Obama como la excandidata presidencial Hillary Clinton respaldaron públicamente esa designación como muestra del consenso que existe entre las figuras de mayor influencia dentro del Partido Demócrata. Kamala se había convertido en lo que algunos denominan como una estrella en ascenso dentro del Partido.

Desde el mismo momento en que se conoció su designación, los principales medios de prensa internacional comenzaron a destacar su trayectoria política y las prioridades dentro de su agenda como fiscal y senadora. La mayoría reiteraba lo mismo: nacida en California el 20 de octubre de 1964, su madre nació en la India y su padre en Jamaica, estudió ciencias políticas en la Universidad de Howard en Washington DC, en 1989 se graduó

de derecho en el Hastings College of the Law de la Universidad de California.

Posteriormente, ocupó varias responsabilidades como fiscal durante 20 años hasta que llegó a convertirse en la Fiscal General de California entre el 2011 y el 2017. En enero de ese propio año, juró en su cargo como senadora federal representando a su estado natal. El hecho de significación más reciente en su carrera política, fue su decisión de convertirse en la aspirante a la presidencia por el Partido Demócrata.

En síntesis, los medios se enfocaron en esos aspectos para la incesante, abrumadora e interminable construcción de noticias, pero casi ninguno había reparado en destacar sus raíces familiares que nos aproximan a las esencias de su vida y pensamiento, lo que está reflejado en su libro autobiográfico titulado: *Las verdades que sostenemos: Un viaje americano*.¹

El texto fue publicado en el año 2019 y se introduce en varias facetas de su vida tratando de reflejar un balance entre los aspectos más familiares y su carrera política. Sin lugar a dudas, se convierte en el clásico libro de todos aquellos que en Estados Unidos aspiran a la presidencia de ese país. Por lo tanto, hay que leerlo con esa visión y desde una perspectiva crítica sobre sus intenciones y enfoques. No obstante, tiene el gran valor de ser una historia de vida contada por la propia protagonista.

Según la propia Kamala, su máxima fuente de inspiración y ejemplo en su vida fue su madre llamada Shyala Gopalan, quien nació en la India y se ganó una beca en la Universidad de California en Berkeley en el año 1958 para realizar estudios de doctorado en nutrición y endocrinología. En aquel momento, Shyala tenía tan solo 19 años y era su primer viaje a Estados

¹ Kamala Harris: *The truths we hold. An American Journey*.

Unidos. Después de graduarse como doctora con 25 años se convirtió en una investigadora dedicada al estudio del cáncer de mamas.

El padre de Kamala, Donald Harris, nació en Jamaica y también se ganó una beca en Berkeley, donde conoció a Shyala. En su caso, realizó estudios de economía, se hizo doctor y hasta el 2019 se desempeñaba como profesor emérito en esa materia en la Universidad de Stanford. Por lo tanto, aunque los padres de Kamala se separaron cuando ella tenía 5 años, ella creció en un ambiente donde se promovía las ciencias, el conocimiento y el debate. En ese sentido, destaca en el libro que durante el proceso de divorcio «Ellos no pelearon por dinero. La única cosa por la que ellos pelearon fue por quién se quedaba con los libros».

Kamala durante su niñez viajaba con frecuencia a la India para visitar a sus abuelos maternos. En su vida influyó de manera especial todo lo relacionado con la cultura de esta nación. Precisamente su nombre es de origen hindú y quiere decir: flor de loto y significa pureza, resurrección y belleza. En su libro describe que su abuela nombrada Rajam Gopalan era una organizadora comunitaria y se dedicaba a defender los derechos de las mujeres que eran golpeadas por sus maridos. En el caso de su abuelo, P.V. Golapan, había participado en el movimiento independentista de la India y fue un alto funcionario diplomático en su país.

A partir de estas influencias, Kamala explica que tanto su madre como su padre fueron activos participantes en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, se manifestaron contra la guerra de Vietnam y estaban fuertemente motivados por la rebeldía de aquellos tiempos. Ella plantea con vehemen- cia en el texto que recuerda vívidamente esos momentos en que sus padres estaban cargados de esa energía y afirma: «La

justicia social era una parte central de las discusiones en mi familia».

En las páginas se revela que sus padres eran más que participantes en las protestas y los califica como pensadores que compulsaban ideas llegando a organizar un grupo de estudios en la comunidad para leer los trabajos de los escritores negros que eran ignorados por la universidad.

Con relación a la complejidad de la inserción racial y cultural de su familia en Estados Unidos atendiendo al origen de su madre, Kamala señala: «Desde el momento en que ella arribó de la India, ella decidió vivir y fue bienvenida por la comunidad negra. Esa fue la fundación de su nueva vida americana». Al respecto, enfatiza que su madre siempre entendió muy bien que estaba criando a dos hijas negras.

En una entrevista concedida por la senadora en octubre de 2020 afirmó: «Mi madre vino a Estados Unidos cuando tenía 19 años y vino sola, no te puedo decir la cantidad de veces que de niña y de joven veía cómo maltrataban a mi madre, las suposiciones que las personas hacían sobre su inteligencia, de su estatus, porque era una mujer bajita, de tez oscura y con un acento fuerte». Es decir, fueron víctimas del racismo sistémico.

En el prólogo del libro, reflexiona brevemente sobre ideas que resultan claves en sus posiciones políticas y nos aproximan a cuestiones esenciales de su visión de la sociedad. En ese sentido, dice que es necesario decir la verdad sobre el racismo, el sexismo, la homofobia, la transfobia y el antisemitismo debido a que son problemas reales de Estados Unidos. Enfatiza que es importante decir que con la excepción de los americanos nativos, todos los que viven en ese país descienden de personas que no vivían en el territorio continental. Señala que debe hablarse sobre la brutalidad policial y el asesinato de los negros. Aboga

por criticar a las grandes compañías farmacéuticas y el egoísmo de las corporaciones.

Estas posiciones que podrían calificarse como «progresistas» cada día están calando más hondo en suelo americano, lo que configura un cambio que está en el horizonte inmediato y Kamala está llamada a jugar un rol decisivo en ese escenario.

Antony Blinken: Orígenes, experiencia y posiciones políticas

En diciembre de 2020, el presidente electo estadounidense Joseph Biden anunció la nominación de una parte de su equipo de política exterior y seguridad nacional. Entre las designaciones de mayor significación estuvo la del Secretario de Estado debido a que tiene la responsabilidad de dirigir la diplomacia estadounidense en un contexto internacional sin precedentes y en un momento de fuerte declive de su hegemonía a escala global. La persona propuesta para ocupar ese cargo fue Antony Blinken, quien, en enero de 2021, fue confirmado por el Senado.

Blinken es un político de 58 años con una amplia experiencia en las áreas de política exterior y seguridad nacional. Nació en la ciudad de Nueva York en una familia judía y adinerada debido a que su padre, Donald Blinken, era un reconocido inversionista en el sector bancario con estrechos vínculos en Wall Street. Después del divorcio de sus padres en 1970, Antony comienza a vivir con su madre y su nuevo esposo en París. En esta etapa de su vida, que se extiende desde los 9 años hasta la adolescencia, tuvo gran influencia en su formación el ambiente cultural e intelectual de la capital francesa y la convivencia con su padrastro Samuel Pizar, quien era un judío polaco sobreviviente del holocausto con mucha ascendencia política.

Pisar fue prisionero en varios campos de concentración, incluyendo Auschwitz. En los años 50 se graduó de derecho en la Universidad de Harvard y realizó un doctorado en la Universidad de la Sorbona en París. Durante esa década, tuvo una intensa experiencia diplomática al trabajar para las Naciones Unidas en Nueva York y París. Le otorgaron la ciudadanía estadounidense y a principios de los 60 se desempeñó en el equipo de trabajo de política exterior del presidente Kennedy y fue asesor del Departamento de Estado. Durante la intervención de Blinken en el contexto de su nominación, reconoció que su padrastro es una de las personas que han influido de manera significativa en su formación.

El ambiente familiar estaba permanentemente vinculado a la vida política y como una muestra de esto el propio Blinken en su audiencia de confirmación para subsecretario de Estado en el 2014, afirmó refiriéndose a su estancia en París: «Me encontré a mí mismo a una edad muy temprana desempeñándome como un diplomático al tratar de explicar aspectos sobre Estados Unidos a mis compañeros de clases». No obstante, Antony siempre mostró fuertes inclinaciones hacia el arte y la cultura en general, lo que motivó que evaluara seriamente convertirse en productor de cine y que tocara en una banda de jazz en Francia.

A finales de los años 70, regresó a su país de origen y realizó estudios de licenciatura en humanidades en la Universidad de Harvard de la que se graduó en 1984. Durante su carrera universitaria, se desempeñó como editor del periódico estudiantil *The Harvard Crimson* y se vinculó con el reconocido periodista neoyorquino, Errol Louis, quien lo motivó para que se convirtiera en editor de la influyente revista semanal de arte llamada *What is to be done*. En 1987, le publicaron su tesis de diploma

como libro titulado: *Aliados vs Aliados: América, Europa y la crisis del oleoducto siberiano*.

En el mismo año se graduó de la escuela de leyes de la Universidad de Columbia. Durante esta última etapa, fue columnista de la revista *The New Republic* donde publicaba artículos con una fuerte crítica a las políticas del gobierno de Ronald Reagan. Su primera incursión en el sector privado la realizó en el bufete de abogados neoyorquino Rogers & Well. Desde muy joven se vinculó al Partido Demócrata y con 25 años ayudó a su padre a recaudar fondos para la carrera presidencial del candidato demócrata Michael Dukakis en 1988.

Su experiencia gubernamental comenzó con el gobierno de William Clinton y se inició como funcionario del Departamento de Estado en 1993. Fue asignado para el buró que atendía los asuntos de Europa y Canadá. Posteriormente y con tan solo 32 años formó parte del staff del Consejo de Seguridad Nacional de la Oficina Ejecutiva del presidente estadounidense. Entre 1994 y 1998, se desempeñó como Director de Planeamiento Político y escritor jefe de discursos del mandatario. Por lo tanto, Blinken era el responsable de cómo Clinton exponía ante la opinión pública interna e internacional la narrativa de su política exterior.

Entre 1999 y 2001, fue director de Europa y Canadá en el Consejo de Seguridad Nacional. Durante esta etapa cuando se encontraba asumiendo cargos de alto nivel en la Casa Blanca, su padre Donald fue nombrado por Clinton como Embajador en Hungría y su tío Alan fue designado como jefe de la misión diplomática de Estados Unidos en Bélgica. Blinken estuvo durante 7 años involucrado en los principales temas de política exterior del gobierno de William Clinton, lo que contribuyó considerablemente a su preparación y le garantizó una

visibilidad dentro de la élite de Washington vinculada al posicionamiento internacional de la nación estadounidense.

Con la llegada del nuevo gobierno republicano de George W. Bush, tuvo que abandonar sus responsabilidades políticas y decidió vincularse durante unos meses con el influyente Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales. A partir del año 2002 y hasta 2008, fungió como director del staff del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Es en esta etapa cuando comienzan sus vínculos profesionales y personales con Joseph Biden, quien en varias ocasiones fue presidente de esa instancia senatorial, lo que permitió que ambos tuvieran la necesidad de mantener una comunicación sistemática y fluida sobre temas de importancia estratégica para la política exterior. Blinken en esos años se vinculó con mayor prioridad a las guerras en Iraq y Afganistán, las relaciones con Pakistán y los asuntos relacionados con las armas de destrucción masiva.

A partir de 2008, con la designación de Biden como compañero de fórmula del entonces candidato presidencial Barack Obama, Blinken se involucra en la campaña y fue miembro del equipo de transición presidencial. Con el nuevo gobierno demócrata, se desempeñó como asesor de Seguridad Nacional del vicepresidente Biden entre 2009 y 2013. En esta etapa, se involucró directamente y con mayor intensidad en los temas de Iraq y Afganistán. En el 2013, fue promovido a viceasesor de Seguridad Nacional del presidente estadounidense, lo que evidenció que gradualmente se había ganado un espacio dentro del círculo de principales asesores de Obama. En enero de 2015, se convirtió en subsecretario de Estado con John Kerry al frente de ese Departamento.

Cuando sale del gobierno de Obama, comienza a trabajar en el sector privado en la firma de consultoría estratégica West

Exec Advisor que se dedica al asesoramiento político de transnacionales estadounidenses y de terceros países. También se desempeñó como socio de la compañía financiera Pine Island Capital Partners. En ambas entidades privadas se dedicaba esencialmente a representar los intereses de poderosos e influyentes sectores de la élite económica. En el 2020, al convertirse en el asesor principal de política exterior de la campaña de Biden, tuvo que renunciar a estos cargos.

Varios medios estadounidenses destacan que Blinken es aficionado a tocar guitarra y ha compuesto, al menos, dos canciones. También le gusta jugar fútbol. Su esposa se nombra Evan Ryan y ha ocupado varias responsabilidades como funcionaria gubernamental. Durante el gobierno de Clinton, trabajó en el equipo de Hillary asistiéndola en sus funciones como primera dama y durante la etapa de Obama se desempeñó como secretaria asistente de Estado para asuntos educacionales y culturales.

Con relación a sus posiciones políticas, Blinken escribió un artículo publicado en enero de 2019 en *The Washington Post* en el que refleja la esencia de su pensamiento en materia de política exterior. El texto titulado: «América Primero solo está haciendo al mundo peor. Aquí está un mejor enfoque»,² expone los fundamentos de cómo debe ser la proyección externa de Estados Unidos en las circunstancias actuales.

En la parte introductoria, Blinken afirma que el escenario global es crecientemente peligroso. Según su perspectiva, las tendencias principales son: incremento de los populistas, nacionalistas y demagogos; poderes autocráticos aumentando su fortaleza y comportándose de manera agresiva; las naciones europeas golpeadas por la división y la desconfianza en sí

² Antony Blinken: «America First is only making the world worse. Here's a better approach».

misma; la democracia bloqueada y vulnerable a la manipulación foránea; así como «nuevos desafíos» vinculados a la ciberguerra, la migración masiva y el calentamiento global. Señala que ninguna nación por sí sola puede manejar estos retos y que la concepción «América Primero» con una mezcla de nacionalismo, unilateralismo y xenofobia ha exacerbado estos problemas.

En el artículo se explica que la política exterior hacia el futuro debe estar orientada por cuatro pilares fundamentales: diplomacia preventiva y disuasión; comercio y tecnología; aliados e instituciones y migración y refugiados. Sobre el primer pilar, Blinken señala que una política exterior responsable debe buscar prevenir las crisis o contenerlas antes de que se salgan de control. Para lograr este objetivo, enfatiza que se requiere «una combinación de diplomacia activa y disuasión militar».

Argumenta que a medida que la competencia geopolítica se intensifica debe complementarse la diplomacia con la disuasión. Precisa que «Las palabras por sí solas no disuadirán a Vladimir Putin y Xi Jinping» y aboga por encontrar un balance adecuado entre la modernización, la preparación, las capacidades asimétricas y la estructura de los mandos militares. En esencia, culmina resaltando que «El uso de la fuerza puede ser un necesario complemento para una diplomacia efectiva». Esta visión de Blinken explica por sí sola por qué es considerado un «centrista con inclinaciones intervencionistas».

El segundo pilar, se enfoca en que Estados Unidos debe emplear su poder económico global para proteger a sus trabajadores y encabezar la competencia en las nuevas tecnologías, principalmente, en el área de la inteligencia artificial debido a que está llamada a modificar el balance del poder a escala planetaria.

El tercer pilar, vinculado a los aliados, resalta que los desafíos internacionales no pueden enfrentarse por una sola nación

y aboga por crear una organización que integre a sus aliados en Europa y Asia que podría llamarse «Liga de las democracias» o «Red cooperativa democrática». Explica que ese mecanismo no solo tendría que ver con temas militares sino también con la ciberseguridad y otras amenazas que enfrentan las democracias en la actualidad que van desde el terrorismo hasta la interferencia en los procesos electorales.

El cuarto pilar, parte de la premisa que uno de los fenómenos más desestabilizadores en términos geopolíticos es la migración masiva y por esta razón Estados Unidos necesita dirigir el tratamiento a las causas y consecuencias de este flagelo.

El artículo concluye señalando lo siguiente:

Hemos aprendido que el mundo no se gobierna a sí mismo. Si Estados Unidos abdica en su rol de liderazgo para transformar las normas e instituciones internacionales, entonces podrían suceder dos cosas: otra potencia o potencias moverán el mundo de una manera para que avancen sus intereses y valores, pero no los de nosotros; o el mundo descenderá en el caos y el conflicto.

Esta es la esencia del pensamiento político de Antony Blinken que está en concordancia con los fundamentos inalterables que han inspirado la proyección internacional de esa nación desde hace más de dos siglos.

Perfil del estratega Jacob Sullivan,
asesor de Seguridad Nacional

El cargo de asesor de Seguridad Nacional de Estados Unidos es considerado tradicionalmente como uno de los puestos de mayor incidencia en la toma de decisiones en cuatro áreas

claves: política exterior, defensa, inteligencia y seguridad interna. La decisión sobre quién ejercerá este puesto en la Casa Blanca, recae fundamentalmente en el presidente por lo que no es necesario el proceso de confirmación senatorial.

En este sentido, el mandatario tiene mayor libertad para su designación a diferencia de otros cargos principales vinculados a la proyección internacional de Estados Unidos que sí requieren la aprobación del Comité de Relaciones Exteriores del Senado como los secretarios de Estado y Defensa, embajador en la ONU, así como los directores de Inteligencia Nacional y la CIA.

La persona designada para desempeñar esta responsabilidad si pretende ser exitoso requiere, al menos, cuatro requisitos: contar con la máxima confianza del presidente; tener amplia experiencia y conocimientos políticos; ser una figura reconocida dentro de la élite de política exterior y poseer habilidades para construir consensos y trabajar en equipo. Si algunos de estos requerimientos no están presentes, no invalidan su designación, pero sí incidirían en que su gestión no sea sostenible en el tiempo como ha sucedido con varios asesores de Seguridad Nacional.

En el caso de Sullivan, tiene 44 años y es el segundo asesor de Seguridad Nacional más joven de la historia después de McGeorge Bundy, quien desempeñó esta responsabilidad durante la Administración Kennedy con tan solo 41 años.

Su infancia se desarrolló en la ciudad de Minneapolis en el estado de Minnesota. Fue criado en un ambiente familiar de clase media que tuvo una fuerte influencia en su formación educativa. Su padre trabajó en el principal diario de la ciudad el *Minneapolis Star Tribune* y posteriormente ejerció la docencia como profesor de periodismo y medios de comunicación en

la Universidad de Minnesota. Su madre fue profesora y consejera de escuelas públicas a nivel de preuniversitario.

Jacob creció con una fuerte motivación hacia el estudio y la preparación profesional. En 1994, se graduó en la Southwest High School de Minneapolis y fue uno de los mejores egresados. Durante esta etapa, sobresalió especialmente por ser ganador en los torneos de debates estudiantiles sobre diversos temas de cultura general. En 1998, cuando tenía 22 años se graduó en ciencias políticas en la elitista Universidad de Yale en la que fue editor de su publicación diaria.

A partir de sus resultados docentes le fue otorgada la beca Rhodes, considerada la más prestigiosa de su tipo a nivel global, para estudiar en la Universidad de Oxford. En el año 2000, culminó sus estudios en ese centro universitario y se graduó de máster en relaciones internacionales. En este período, participó en el campeonato mundial de debates universitarios y obtuvo el segundo lugar. Posteriormente, terminó estudios de postgrado en derecho en la escuela de leyes de la Universidad de Yale en el 2003. Inmediatamente, comenzó a trabajar en Washington DC como asistente judicial en la Corte Suprema de Justicia junto al juez Stephen Breyer.

Después de un tiempo en estas funciones vinculadas al ejercicio del derecho, Sullivan decide regresar a su ciudad natal y se desempeña en el sector privado como abogado en la firma legal Faegre & Benson que es considerada uno de los 100 bufetes de abogados más importantes de Estados Unidos y el principal en Minnesota. A partir de 2007, comienza a participar en la política e inicia su carrera como asesor principal de la senadora demócrata por Minnesota, Amy Klobuchar, a quien se le atribuye la introducción de Sullivan en el entorno de la entonces senadora Hillary Clinton.

En el 2008, durante las primarias del Partido Demócrata Jacob se desempeñó como asesor de la Clinton y contribuyó con mayor énfasis en la preparación de la candidata para los debates en los que participó en esta etapa de la contienda presidencial. A partir de 2009, cuando Hillary comienza a desempeñarse como Secretaria de Estado durante el primer mandato de Obama, Sullivan es designado como su vicejefe de gabinete y posteriormente es nombrado como jefe de planeación política del Departamento de Estado convirtiéndose en la persona más joven en ostentar ese cargo con tan solo 33 años. En ese rol tenía la responsabilidad de coordinar los procesos de diseño, evaluación y ajuste de la política exterior estadounidense.

En esta etapa de trabajo con Hillary Clinton, se incrementa de manera sustancial la visibilidad de Sullivan entre los sectores más influyentes de la élite de política exterior estadounidense. En términos prácticos, se convierte en la persona de mayor confianza de la Secretaria de Estado y la acompañó durante sus visitas a 112 países, lo que permitió que se involucrara personalmente en varios de los temas más sensibles del contexto internacional.

Sullivan es reconocido por su rol en el acuerdo nuclear iraní debido a que fue el funcionario designado por el gobierno estadounidense para dar el primer paso en ese complejo proceso. En julio de 2012, viajó a Omán para sostener las primeras conversaciones secretas con representantes del gobierno iraní con el objetivo de explorar la voluntad para avanzar en un acuerdo.

Sobre su designación como enviado para esta temática, Hillary planteó: «Él es discreto y tiene mi confianza absoluta. Su presencia enviaba un poderoso mensaje de que yo estaba personalmente involucrada en ese proceso». En una entrevista concedida por Hillary a la revista *Foreign Policy*, en un momento en

que está exaltando las cualidades de Sullivan llegó a decir que él podría ser «en un futuro, presidente de Estados Unidos».

Teniendo en cuenta que alcanzar un acuerdo con Irán constituía un tema estratégico para la política exterior y el legado de Obama, Sullivan después de la salida de Hillary del gobierno a inicios de 2013, fue llamado a ocupar el cargo de asesor de Seguridad Nacional de Biden. En febrero de ese propio año, comienza a trabajar directamente con el vicepresidente en varios temas de la agenda internacional. Es en este momento cuando cultiva y profundiza sus vínculos personales con el actual presidente electo.

De acuerdo a testimonios de funcionarios que trabajaron con él en la Casa Blanca, Sullivan alcanzó renombre por su insistencia en cuestionar los argumentos de las políticas que se proponían a ese nivel. Según sus colegas, era un promotor de los ejercicios de «abogado del diablo» con el propósito de evaluar los temas desde diferentes perspectivas para asegurar un análisis más riguroso de las propuestas.

En agosto de 2014, recesa en sus responsabilidades en el gobierno de Obama y comienza a dar clases en la Universidad de Yale. Cuando Hillary a inicios del 2015 decide involucrarse en la campaña presidencial como candidata del Partido Demócrata, designa a Sullivan como su principal asesor político.

En la etapa final de las elecciones del 2016, Jacob fue el único consejero del entorno más cercano de Clinton que alertó sobre una eventual derrota en los comicios sino se desplegaba una ofensiva más intensa en los estados decisivos de Pensilvania, Michigan y Wisconsin. La mayoría de los asesores tenían confianza en que el denominado «muro azul» no se quebraría y precisamente esos territorios fueron vitales para la victoria de Trump en ese momento.

Si Clinton hubiera ganado las elecciones, la persona que estaba prevista para asesor de Seguridad Nacional era Jacob Sullivan. Después de la frustrante derrota de los demócratas, él decide enfocarse principalmente en tres objetivos fundamentales: ganar dinero en el sector privado; crear una organización para promover acciones contra Donald Trump e impartir clases en la universidad.

En enero de 2017, comienza a trabajar como consultor en la compañía de consultoría estratégica Macro Advisory Partners. Según el sitio web de esta institución, su misión es proveer asesoramiento para «obtener ventajas competitivas en un mundo complejo». Este tipo de compañías no están obligadas a declarar quiénes son sus clientes, pero a este tipo de servicios solo tienen acceso sistemático sectores de poder económico con alcance transnacional. Por lo tanto, Sullivan a partir de ese momento estaba forjando vínculos e intereses con representantes de poderosas compañías estadounidenses y de otros países a las que ofrecía sus conocimientos y experiencia.

Paralelamente, en febrero de 2017 cofundó con Ben Rhodes, exviceasesor de Seguridad Nacional de Obama, la organización National Security Action que trabajó en tres direcciones principales: criticar la política exterior y seguridad nacional de Donald Trump; promover y apoyar el proceso de *impeachment* contra el mandatario, así como educar a los candidatos demócratas que aspiraban a cargos públicos en los temas de las relaciones internacionales y las posiciones que debían defender. También impartió clases en la Universidad de New Hampshire.

Con relación a su pensamiento político, ha expresado que el pilar fundamental que debe sostener la política exterior estadounidense es el «liderazgo global americano». En materia de

política interna, plantea que el principal objetivo es fortalecer la clase media y considera que la proyección internacional de Estados Unidos debe contribuir a ese propósito estratégico. Precisamente, es uno de los artífices de la concepción de Biden del vínculo entre el papel de Washington a nivel global y la prosperidad de la clase media de su país.

En una entrevista concedida en agosto de 2020 al tanque pensante Atlantic Council, expresó: «No podemos triunfar en nuestra política exterior si no invertimos en nuestras fuentes de fortaleza internas: la infraestructura, la innovación, los trabajadores, el sistema de inmigración y nuestra democracia». En su pensamiento se refleja una fuerte conexión entre los aspectos de política interna y las capacidades de Estados Unidos a escala internacional, lo que constituye un elemento fundamental en la orientación de política exterior de la Administración Biden.

Como la mayoría de los miembros de la élite de política exterior estadounidense, considera que el principal desafío a enfrentar es la influencia de China en las dimensiones económica, política, militar e ideológica. Pero en el caso de Sullivan, enfatiza que debe lograrse una política hacia el gigante asiático que combine los elementos de confrontación con la cooperación en temas estratégicos de seguridad internacional.

Explica que en la práctica hay que aprender a convivir con China y que los propósitos de forzar un cambio radical e inmediato en esa nación a partir de los intereses estadounidenses no es un objetivo realista. En esencia, defiende la necesidad de recuperar la capacidad hegemónica de la superpotencia, pero reconociendo que las tácticas deben adecuarse a las circunstancias de un mundo diferente, complejo y con alto nivel de incertidumbre sobre los impactos hacia el futuro de las principales amenazas globales.

La versátil Avril Haines, directora de Inteligencia Nacional

El cargo de director de Inteligencia Nacional en Estados Unidos constituye una de las responsabilidades de mayor nivel en materia de seguridad nacional. La persona que se desempeña en esa posición es la que coordina el trabajo de la Comunidad de Inteligencia que está integrada por 17 agencias especializadas, entre las que sobresalen la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la Agencia de Inteligencia del Pentágono (DIA) y la Agencia de Seguridad Nacional (NSA).

El Director de Inteligencia Nacional es el principal asesor del mandatario estadounidense en materia de inteligencia y tiene la responsabilidad de dirigir la implementación del denominado Programa de Inteligencia Nacional que abarca el cúmulo de actividades de alta sensibilidad para la seguridad nacional de Estados Unidos.

Entre las principales funciones que realizan están: establecer los requerimientos y prioridades para la recopilación, análisis, producción y diseminación de la información de inteligencia; coordinar el proceso de adquisición de los permisos de seguridad para los funcionarios gubernamentales; así como asegurar que la Comunidad de Inteligencia funcione de manera integrada, coordinada y colaborativa.

A partir del momento en que Biden anunció su decisión de nominar para este cargo a Avril Haines, se planteó la posibilidad que por primera vez en la historia de esa nación una mujer ocupara esa alta responsabilidad, lo que sucedió en enero pasado cuando el Senado la aprobó.

Después de su nominación, el exdirector de la CIA, John Brennan, afirmó:

Ella es ampliamente respetada entre los profesionales de la Inteligencia, su conocimiento y humildad son profundamente admiradas por los oficiales de inteligencia con los que trabajó durante la Administración Obama. Tiene la completa confianza de Joe Biden, quien buscará restaurar la integridad y honestidad de la Comunidad de Inteligencia.

Haines nació en Manhattan en 1969 en una familia judía de clase media. Creció en un ambiente familiar que combinaba las ciencias con el arte. Su padre fue bioquímico y su madre también fue científica de formación, pero sentía pasión por la pintura. Avril tuvo una adolescencia muy compleja debido a que tuvo que cuidar de su madre enferma cuando solo tenía 12 años de edad. Finalmente, al morir su progenitora de tuberculosis culminó sus estudios en la Hunter College High School.

Al atravesar por una etapa difícil de su vida, decidió no comenzar de inmediato la universidad y viajó a Tokyo para vivir en esa ciudad durante un año. Durante su breve estancia, practicó judo en el Instituto Kodokan considerada una escuela de élite. Llegó a obtener el cinturón marrón. Cuando regresó a Estados Unidos, inició estudios en la Universidad de Chicago y se graduó de física teórica. Mientras realizaba su carrera, Haines trabajaba en un taller de reparación de carros donde personalmente realizaba modificaciones a los vehículos. También se aventuró a tomar clases de aviación en Nueva Jersey y de esa manera conoció a su instructor de vuelo que se convirtió en su actual esposo.

A principios de los 90 y con 23 años, se muda a la ciudad de Baltimore en Maryland con el objetivo de realizar un doctorado en física en la Universidad John Hopkins. Después que culmina solo el primer año de estos estudios, toma la decisión

de interrumpirlos para dedicarse a un proyecto personal vinculado con el arte. Compró un local y lo acondicionó como una librería donde se podía tomar café y se realizaban tertulias sobre literatura erótica. Según Haines, esta era una iniciativa dedicada a la memoria de su madre.

En 1998, Avril determina que su vida profesional debía enfocarla en las leyes y por esa razón realiza estudios en la escuela de derecho de la importante Universidad Georgetown. Después que se gradúa, se desempeñó hasta el 2003 como asistente judicial en el sexto circuito de la Corte de Apelaciones en Cincinnati. Como su verdadera pasión era el derecho internacional y los temas vinculados con los derechos humanos, decide aplicar para trabajar en el Departamento de Estado. En el propio 2003, se inicia su carrera en el gobierno federal y es asignada a la oficina de asesores legales de ese Departamento donde comenzó a especializarse en tratados internacionales.

En el año 2007, comienza a trabajar como vicejefa del staff del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Es en este momento que Haines entra en el entorno personal de Joseph Biden debido a que él se desempeñaba como el presidente de ese Comité. Ostentó esta responsabilidad durante dos años y su jefe inmediato era Antony Blinken. En el 2008, Avril regresa nuevamente al Departamento de Estado como jefa de la Oficina de Tratados Internacionales donde estuvo hasta el 2010.

Ese propio año, fue llamada para trabajar en la Casa Blanca con el presidente Obama. El cargo inicial que desempeñó fue como asesora legal del Consejo de Seguridad Nacional. En esta función, se encargó de evaluar los «requerimientos legales» para la intervención estadounidense en Siria, los aspectos jurídicos del acuerdo nuclear iraní y, especialmente, fue la artífice de argumentar la «legalidad» del empleo de los drones para

asesinar personas consideradas como terroristas por el gobierno estadounidense. Posteriormente, entre el 2013 y 2015 fue subdirectora de la CIA, siendo la primera mujer que ocupó ese puesto. Entre el 2015 y hasta el fin del mandato de Obama, fue viceasesora de Seguridad Nacional.

Al salir del gobierno, se vincula como investigadora principal a Columbia University y también la nombran como asociada principal del laboratorio de física aplicada en la Johns Hopkins University. En el 2018, en el contexto del debate sobre la propuesta de Trump para directora de la CIA, estuvo de acuerdo con la designación de Gina Haspel, quien se involucró en el escándalo de las torturas realizadas en las prisiones secretas que tenía la agencia en varias ciudades del mundo.

Con relación al sector privado, fue consultora de la compañía Palantir Technologies dedicada a la minería de datos que fue objeto de acusaciones por asistir al gobierno de Trump en el procesamiento de información para el programa de detención de inmigrantes. También estuvo vinculada a la firma de consultoría estratégica West Exec Advisors en la que uno de sus cofundadores fue precisamente Antony Blinken. Avril Haines exhibe el perfil tradicional de un miembro importante del establishment político en Estados Unidos: experiencia gubernamental, cargos de alto nivel y sólidos vínculos corporativos.

El «general invisible» Lloyd Austin, jefe del Pentágono

Cuando el entonces presidente electo estadounidense Joseph Biden anunció que su candidato para Secretario de Defensa sería el general de cuatro estrellas retirado, Lloyd Austin, lo más llamativo de la decisión es que ese militar de carrera es

afroamericano. Después que el Senado lo confirmó, se convirtió en el primer representante de una minoría en dirigir el Pentágono desde su creación hace más de medio siglo.

Esta decisión rompió con uno de los pilares en que se ha sustentado la dinámica de funcionamiento de la élite militar estadounidense: solo hombres blancos pueden ocupar esa responsabilidad al frente del Departamento de Defensa. De hecho, el alto mando de las Fuerzas Armadas estadounidenses está compuesto de manera abrumadora por los denominados blancos, anglosajones y protestantes.

Los miembros de las minorías tienen una representación mínima en los principales cargos de los diferentes componentes del poder militar en ese país. Todavía persiste el estigma reflejado en una circular del ejército estadounidense de 1925 que refería: «Los negros son de mentalidad inferior e inherentemente débiles de carácter. Entre ellos, no podemos esperar que surjan líderes».

No obstante, los cambios estructurales que están ocurriendo en esa sociedad y los recientes acontecimientos vinculados al racismo sistémico que ha llegado a niveles sin precedentes, han determinado que en estos momentos sea viable que un afroamericano pueda convertirse en el Secretario de Defensa del ejército más poderoso del mundo.

Pero a pesar de este contexto y la presión sobre Biden de conformar un gabinete diverso desde el punto de vista de género y racial, el general Lloyd Austin no era el candidato principal para ocupar este cargo. Es necesario entender las circunstancias que condicionaron esta decisión.

A partir del triunfo de Biden y el inicio del proceso de selección de los miembros del gabinete, existía un consenso en el entorno más próximo del presidente electo y en algunos secto-

res de la élite militar que el Pentágono sería dirigido por primera vez en la historia por una mujer: Michele Flournoy. Ella había sido subsecretaria de Defensa para política durante el gobierno de Obama y es considerada una experta en temas militares con más de 30 años de experiencia en la planeación estratégica. Esta propuesta cumplía con el criterio de diversidad de género para conformar el gabinete de Biden.

A medida que se fue posicionando su nombre en los medios de difusión como la opción con mayor fuerza, determinados grupos progresistas del Partido Demócrata y activistas contra la guerra comenzaron a plantear su rechazo a esta nominación. En esencia, acudían a tres argumentos fundamentales: consideraban a Flournoy una «halcona» por sus posiciones militaristas en especial su inclinación al empleo de la fuerza en los casos de Libia y Siria; criticaban sus propuestas para incrementar el presupuesto de defensa y denunciaban sus fuertes vínculos con influyentes compañías del complejo militar industrial. Sobre este último aspecto, debe tenerse en cuenta que Michele es miembro de la junta de Booz Allen Hamilton, una de las principales contratistas del Pentágono.

Es en este escenario tan complejo que emerge la figura de Lloyd Austin como la variante de consenso dentro de los diversos grupos que han influido en esta importante decisión. Austin es oriundo de Mobile en el estado de Alabama, pero creció en Georgia. Tiene 67 años y más de 40 años de experiencia en las fuerzas armadas. En 1975, se graduó en la Academia militar de West Point en Nueva York que es considerada la élite dentro de la formación castrense en Estados Unidos.

El ascenso de su carrera militar se inicia en el 2003 en la guerra en Iraq cuando es designado como jefe de la tercera división de infantería durante la denominada «toma de Bagdad».

Posteriormente, se desempeña como comandante general de la 10ma División de Montaña en Fuerte Drum y dirige la fuerza de tarea 180 durante la operación «Libertad Duradera» en Afganistán. Entre 2005 y 2009 ocupó varias responsabilidades vinculadas a las operaciones en Medio Oriente.

En septiembre de 2010, fue asignado para dirigir las fuerzas de Estados Unidos desplegadas en Iraq como parte de la operación «Nuevo Amanecer» que culminó en diciembre de 2011. Es en esta etapa que el general Lloyd comienza a sostener intercambios frecuentes con Biden, quien participó personalmente en la ceremonia de asunción de este cargo.

Atendiendo a que el entonces vicepresidente estadounidense dentro de sus responsabilidades atendía directamente lo concerniente al tema iraquí, sus vínculos con Lloyd se fortalecieron como parte de la dinámica de trabajo y el proceso de toma de decisiones.

Posteriormente, se convierte en el primer militar afroamericano que se desempeña como vicejefe del Estado Mayor del Ejército, lo que ocurre entre el 2012 e inicios de 2013. A partir de marzo de este último año y hasta el 2016, fue promovido a jefe del Comando Central responsabilizado con las operaciones militares en la estratégica región del Medio Oriente que incluye los territorios priorizados de Afganistán, Irak, Yemen y Siria. Se le atribuye haber sido el artífice del diseño operacional para enfrentar al Estado Islámico durante ese período.

También era la primera vez que un afroamericano ostentaba este cargo. En el momento de su designación, el entonces Secretario de Defensa, Chuck Hagel, destacó entre las características más sobresalientes de Lloyd «su actitud calmada, visión estratégica, experiencia, conocimiento regional y capacidad de decisión probada».

A diferencia de otros jefes de comandos militares en Estados Unidos que frecuentemente ofrecían entrevistas e impartían conferencias, Austin mantuvo un bajo perfil público y evitaba este tipo de intercambios con los medios de prensa. Por ese comportamiento, en un artículo del diario *The New York Times*³ sobre su rol en el ejército lo catalogaron como el «general invisible».

Después de su retiro del servicio activo en el 2016, se vinculó al sector privado. Entre sus responsabilidades de mayor impacto sobresalen dos: como miembro de la junta directiva de la compañía Raytheon que es una de las mayores contratistas del Pentágono y también como directivo de Nucor que es la empresa más importante de Estados Unidos en la producción de acero. Además, fundó su propio negocio de consultoría estratégica a través de la firma Austin Strategy Group con sede en Virginia.

El diplomático William J. Burns, director de la CIA

William J. Burns es el primer diplomático de carrera en convertirse en director de la CIA. Tiene una experiencia de más de 30 años en el Departamento de Estado, comenzó durante el gobierno de Ronald Reagan y culminó con la Administración Obama en el 2014.

Es considerado uno de los diplomáticos más respetados en Estados Unidos en los últimos 50 años. Ha sobresalido por su experticia en los temas vinculados a Rusia y al Medio Oriente, llegando a desempeñarse como Embajador en Moscú y en Jordania. Biden cuando dio a conocer su decisión señaló: «Un diplomático

³ Ernesto Londoño: «At the Helm of Military Mission in Iraq, an Invisible General».

ejemplar con décadas de experiencia en el escenario internacional (...) comparte mi profunda creencia que la inteligencia debe ser apolítica (...) el pueblo estadounidense dormirá tranquilamente con él como nuestro próximo director de la CIA».

Burns nació en 1956 en plena Guerra Fría en una familia de clase media alta que profesaba la religión católica. Su padre, William F. Burns, militar de carrera y veterano de la guerra de Vietnam donde estuvo emplazado entre 1966 y 1967 llegó a ser general de dos estrellas del ejército estadounidense. También fue el director de la Agencia de Desarme y Control de Armas de Estados Unidos a finales de la década de los años 80. La figura paterna fue una fuente de inspiración y un ejemplo permanente para Burns.

En 1973, comienza sus estudios en la Universidad La Salle y se gradúa como licenciado en historia. A partir de sus resultados docentes, se ganó una beca Marshall para estudiar tres años en la Universidad de Oxford en Inglaterra. Durante sus estudios en el Reino Unido, realizó una maestría y un doctorado en Relaciones Internacionales. Su tesis doctoral tuvo como tema el empleo de la ayuda económica como un instrumento en la política estadounidense hacia Egipto en la Era de Nasser. Desde muy joven, se inclinó por los temas vinculados al Medio Oriente.

En 1979, decide aplicar por una plaza en el Departamento de Estado y a inicios de los 80 comienza a trabajar como funcionario de esa entidad gubernamental en el gobierno de Ronald Reagan. Su primera misión diplomática fue en Jordania donde se desempeñó en la Embajada como funcionario consular en el primer año de su estancia y posteriormente lo trasladan a la oficina política. De acuerdo al libro autobiográfico de William Burns titulado:

Back Channel publicado en 2019⁴ por la editorial Random House, su responsabilidad en esa oficina era: «Cubrir los temas de política interna y tratar de expandir las relaciones de la embajada más allá de las fuentes tradicionales que eran la élite palaciega y política». En el texto explica que trabajó metódicamente con ese propósito y logró sostener conversaciones discretas con políticos islamistas y activistas palestinos en los campos de refugiados de Jordania. Afirma que escribió perfiles políticos sobre la nueva generación de líderes de ese país.

En el verano de 1984, regresó a Washington y se desempeñó como funcionario en el Buró del Cercano Oriente y Sur de Asia. Un año después, ocupó el cargo de asistente del entonces Subsecretario de Estado, John Whitehead. Con 30 años fue promovido para trabajar en la Casa Blanca como especialista en el Directorado del Cercano Oriente y Asia del Sur en el Consejo de Seguridad Nacional coincidiendo con el momento en que ocurre el escándalo Irán-Contra. Burns en el libro describe sus vivencias e impresiones cuando sucedió ese gran fracaso de la política exterior estadounidense que él vivió de cerca.

Después de estos acontecimientos, Colin Powell es nombrado viceasesor de Seguridad Nacional y Burns trabaja con él enfocándose en los temas del Golfo Pérsico, Irán e Iraq. A mediados de 1988, cuando Powell es promovido al cargo de asesor de Seguridad Nacional le propone a William ser el director del Cercano Oriente y Asia del Sur en el Consejo de Seguridad Nacional.

Meses después con la llegada de la Administración George Bush, es designado para desempeñarse como subdirector de la Oficina de Planeamiento Político en el Departamento de Estado.

⁴ William J. Burns: *Back Channel. A memoir of American Diplomacy and the case for its renewal.*

Burns tenía solo 33 años y era el segundo en una estructura que se dedicaba al diseño de las estrategias de la política exterior estadounidense en un momento en que la Guerra Fría estaba arribando a su culminación. Dentro de su equipo de trabajo, sobresalía Frank Fukuyama el autor del conocido ensayo «El fin de la historia». En aquel momento, las prioridades eran la entonces Unión Soviética y el Medio Oriente.

En esa etapa, participó activamente en todos los procesos de análisis de cómo el gobierno estadounidense precipitaba la caída de la Unión Soviética y de qué manera manejarían las implicaciones de este acontecimiento. Según refiere Burns en su libro: «Lo que realmente quería era trabajar en lo que me parecía el lugar más interesante en el que un diplomático estadounidense podía servir a principios de los 90: Rusia».

A partir de la intensa experiencia que había vivido en Washington analizando y evaluando las opciones políticas ante el escenario previsible del derrumbe del socialismo soviético, Burns se sintió fuertemente motivado a involucrarse directamente en esos sucesos que serían irrepetibles. En 1993, se le presentó la oportunidad de convertirse en el ministro consejero de la Embajada de Estados Unidos en Moscú.

De acuerdo a su libro autobiográfico, primero pasó un año en el Instituto sobre Rusia del ejército de Estados Unidos en Garmisch, Alemania, para cursar un entrenamiento avanzado en idioma ruso. Señala que «amaba la riqueza de la lengua rusa y aprendí rápidamente». A mediados de julio de 1994, llega a Moscú con su esposa y sus dos hijas.

En aquel momento, el embajador estadounidense era Thomas Pickering a quien Burns calificó como «el diplomático más capaz para el que he trabajado» y un modelo a seguir. Durante su estancia en Rusia, su principal tarea era analizar la realidad económica

y política del país en un momento de transición que era muy convulso. Según Burns: «Tenía que darle seguimiento y explicar a Washington las tres inmensas transformaciones históricas que ocurrían simultáneamente: el colapso del comunismo y la transición tumultuosa a una economía de mercado, el colapso del bloque soviético y el colapso de la Unión Soviética en sí misma».

Terminó su misión en Moscú a principios de 1996 y fue promovido para secretario ejecutivo del Departamento de Estado, un cargo de alto nivel que supervisaba el trabajo del equipo más cercano al Secretario de Estado. En esa responsabilidad, tenía que dirigir 160 personas; gestionar el flujo de información para el liderazgo del Departamento; organizar los informes para las reuniones en Washington y en el exterior del secretario de Estado; así como dirigir el Centro de Operaciones calificado como el «centro nervioso» del Departamento durante las 24 horas al encargarse del manejo de las crisis internacionales.

A mediados de 1998, comienza a desempeñarse como Embajador en Jordania. Después que asume George W. Bush en el año 2001, Colin Powell nombrado como secretario de Estado llamó a Burns para proponerle el cargo de secretario asistente de Estado para el Cercano Oriente. En el momento de los ataques terroristas del 11 de septiembre, se desempeñaba en esa responsabilidad y tuvo una participación directa en el proceso de conformación de la política exterior de Estados Unidos en esa etapa.

Sobre las complejidades y conflictos de la toma de decisiones en ese período, Burns explica en su libro las contradicciones de Powell con lo que califica como sus «antagonistas» en la Casa Blanca y el Departamento de Defensa. Afirma que:

Después del 11 de septiembre, mis colegas y yo continuábamos pensando que podríamos contener a Iraq y evitar la

guerra. Estábamos preocupados que una guerra unilateral para derrocar a Saddam sería una metedura de pata en materia de política exterior. No veíamos una amenaza seria e inminente que justificara una guerra.

Burns argumenta que la oficina que dirigía elaboró un memorando titulado: «La Tormenta Perfecta» en el que explicaban las implicaciones y riesgos de llevar a cabo una guerra contra Iraq. En su libro señala que al final del primer mandato de W. Bush en el 2004: «Estaba profundamente preocupado por el desastre que habíamos provocado en el Medio Oriente y decepcionado de mi fracaso por no poder hacer más para evitarlo».

Durante esta etapa, volvió a retomar con más fuerza su deseo de volver a Moscú llegando a plantear que el trabajo de sus sueños sería ser embajador en Rusia. Precisamente, antes de Colin Powell dejar el cargo de Secretario de Estado realizó esta propuesta a la Casa Blanca. En agosto de 2005, Burns comienza a desempeñarse como jefe de esa misión diplomática en la que estuvo durante tres años.

De acuerdo al libro, antes de partir a su nuevo cargo sostiene un intercambio con la entonces Secretaria de Estado, Condoleezza Rice, a quien le explica que una de las prioridades de trabajo hacia Rusia debía ser el incremento de los programas de intercambio con el objetivo de atraer jóvenes rusos tanto estudiantes como empresarios, lo que permitiría «invertir en la próxima generación de rusos y ayudarlos a profundizar en las libertades individuales y en la interacción con el resto del mundo». Después de culminar su misión en Moscú, fue promovido a subsecretario de Estado para Asuntos Políticos.

En enero de 2009, cuando asume como presidente Barack Obama, la nueva Secretaria de Estado Hillary Clinton le pro-

puso continuar en esa responsabilidad. Inicialmente, Burns llegó a considerar que en ese momento terminaría en el Departamento de Estado porque normalmente cuando hay un nuevo presidente también se producen cambios en casi todos los cargos de alto nivel. Era evidente que el equipo de política exterior y seguridad nacional de Obama, concluyó que Burns estaría de acuerdo y defendería sin problemas la concepción del «poder inteligente» y no querían prescindir de su valiosa experiencia.

Durante el gobierno demócrata, llegó a ocupar el cargo de subsecretario de Estado trabajando con Hillary y John Kerry en los principales temas de la agenda internacional. En esta etapa, consolida sus vínculos con el entonces vicepresidente Joseph Biden, quien se involucraba personalmente en varios asuntos estratégicos de la política exterior. A partir de 2013, fue designado como el jefe de la delegación estadounidense que llevó a cabo las conversaciones secretas con funcionarios iraníes en Omán que concluyó con la firma del acuerdo nuclear.

Según el libro, tres días después que Hillary asumió como Secretaria de Estado, Burns le envió un memorando titulado: «Una nueva estrategia hacia Irán» en el que propone que el objetivo estratégico sería coexistir con la nación persa tratando de cambiar su comportamiento y limitar sus excesos, pero no «forzar un cambio de régimen». Fue uno de los arquitectos de la política hacia Irán de la Administración Obama.

Burns trabajó muy de cerca con el actual asesor de Seguridad Nacional, Jake Sullivan, quien lo acompañó en las conversaciones secretas con Irán y lo calificó como su alter ego. En el texto autobiográfico, refiere sobre Sullivan: «Se había convertido en mi colaborador más cercano en la Administración Obama». Por lo tanto, existe una fuerte conexión personal y profesional entre ambos que contribuirá a la coordinación entre el Consejo de

Seguridad Nacional y la CIA. En el año 2014, decide retirarse del servicio público y comienza a dirigir el tanque pensante Fondo Carnegie para la Paz Internacional.

William Burns en las páginas finales de su libro plantea que si bien la Administración Trump no ha sido el primer asalto que ha sufrido la diplomacia estadounidense a lo largo de su historia, sí ha sido el peor. Según Biden, confía en que el próximo director de la CIA logre prevenir y afrontar amenazas actuales y futuras como los supuestos ciberataques surgidos desde Rusia, el desafío que representa China y las acciones de las organizaciones terroristas.

No obstante, el escenario global se ha modificado sustancialmente y la CIA continúa atrapada en una profunda crisis de credibilidad a escala internacional que indiscutiblemente le impone serios obstáculos para el cumplimiento de sus objetivos y pretensiones. Por esta razón, están echando mano a un diplomático de carrera con cierto prestigio para ver si puede lavarle la cara a la agencia. En términos prácticos, le darán a Burns lo que sería una especie de misión imposible.

Samantha Power y la USAID: Claves de su pensamiento político

El 13 de enero pasado, el presidente estadounidense Joseph Biden decidió nominar como administradora de la USAID a Samantha Power, quien se desempeñó como embajadora ante la ONU en el último mandato de Obama. El mandatario ha determinado que la persona que ostente ese cargo ocupará un puesto en el Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, lo que evidencia la importancia que le está confiriendo a esta agencia en el proceso de formulación e implementación de su política exterior.

Samantha nació en septiembre de 1970 en Londres. Su madre Vera Delany estudió medicina y se especializó en trasplante de hígado. Su padre nombrado Jim Power era estomatólogo. Vivió en Dublín parte de su infancia y cuando tenía nueve años emigró con su madre y hermano a Estados Unidos. De acuerdo a su último libro publicado en el 2019 que es una autobiografía titulada: *La educación de una idealista*, comenzaron a vivir como emigrantes en un país que nunca habían visitado. La mayor parte de su adolescencia la experimentó en Atlanta. Realizó estudios de licenciatura en Historia en la elitista Universidad de Yale donde se graduó en 1992.

Sus primeras experiencias profesionales estuvieron vinculadas con el periodismo investigativo sobre temáticas asociadas a las relaciones internacionales. Con 22 años se desempeñó como corresponsal para la publicación *US News & World Report* en la guerra de Bosnia entre 1992 y 1995. Cuando retorna a territorio estadounidense, fundó el proyecto sobre Derechos Humanos en la escuela Kennedy de la universidad de Harvard. En este centro de altos estudios, Samantha culminó su doctorado en Derecho en 1999.

Como parte de su motivación por la investigación y, en especial, en el área de los derechos humanos en el año 2002 publicó uno de sus principales libros titulado: *Un problema del infierno: América y la era del genocidio*. Una de las tesis principales del texto fue argumentar la «legitimidad» de las intervenciones militares por motivos humanitarios cuando un estado «comete atrocidades contra su propio pueblo». La obra fue reconocida con el prestigioso premio Pulitzer en el 2003.

A partir de la notoriedad que alcanzó con la divulgación del libro, recibió varios reconocimientos por las influyentes revistas *Time* y *Foreign Policy* que la consideraron una de las 100 personas

más influyentes del mundo y entre las principales pensadoras globales, respectivamente. Posteriormente en el 2005, cuando tenía 34 años, fue invitada a sostener un intercambio con el entonces senador Barack Obama, quien se había leído su libro y quería conocerla. Al final del encuentro, ella se ofrece a trabajar para él como parte de sus asesores en la oficina del Senado. Se desempeñó en esa responsabilidad hasta marzo de 2018.

Fue una de las principales consejeras de Obama durante la campaña presidencial y tuvo que renunciar cuando públicamente criticó a Hillary Clinton calificándola como un «monstruo». Al asumir el primer afroamericano como presidente de esa nación en enero de 2009, Samantha es designada como asistente especial del presidente y directora de Asuntos Multilaterales y Derechos Humanos del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca.

Según la revista estadounidense *New Yorker*, en el 2011 Power «fue la primera y más activa promotora de las acciones agresivas contra Libia». De acuerdo a uno de los funcionarios que participaba en las reuniones donde se debatían las opciones políticas que debían emprenderse contra ese país, Samantha «realmente puso en la agenda el empleo de la fuerza militar como respuesta a lo que estaba sucediendo en un momento en que el presidente no estaba seguro».

En el 2013, se convierte en la embajadora de Estados Unidos ante la ONU más joven de la historia con 42 años. Desde este cargo, participó activamente en la promoción de sanciones contra Corea del Norte, en los temas de libertad religiosa, tráfico y trata de personas, así como en la misión de paz que se envió a la república centroafricana. Con la salida de Obama de la Casa Blanca, Power regresa a la docencia en la universidad

de Harvard. A finales de 2020, Biden la propone como administradora de la USAID.

Las ideas esenciales del pensamiento político de Samantha, están reflejadas en un artículo que publicó el pasado mes de enero en la revista *Foreign Affairs Latinoamérica* titulado: «La ventaja de Estados Unidos y la oportunidad de Biden: el poder de la capacidad de hacer». Parte de la premisa que la nación estadounidense está experimentando un proceso de pérdida de credibilidad a nivel internacional. Precisa que cada vez menos personas consideran a Washington capaz de resolver grandes problemas globales y cumplir un papel de liderazgo. Enfatiza que en la actualidad existe otro desafío crucial que es lidiar con un rival poderoso como es el caso de China.

En el texto, explicó que algunos estadounidenses confían en que después de cuatro años desastrosos de Donald Trump, muchos países se sentirán tan aliviados que recibirán con los brazos abiertos el liderazgo de Estados Unidos en temas clave. De acuerdo a Samantha, esto no es suficiente para renovar las capacidades de influencia que deben enfocarse en demostrar que Washington está en condiciones de contribuir a la solución de los retos y desafíos actuales.

Señaló que el gobierno de Biden debería centrarse en resolver los problemas internos: acabar con la pandemia; recuperar la economía y reformar las desgastadas instituciones democráticas. No obstante, reconoció que los grandes cambios estructurales tomarán tiempo y por esa razón la nueva Administración tendría que priorizar el desarrollo de iniciativas en materia de política exterior que «rápidamente pongan bajo los reflectores el regreso de los conocimientos y la competencia estadounidense».

En esencia, propuso que se impulsen aquellas políticas que proporcionen beneficios internos claros y simultáneos, al

tiempo que respondan a las necesidades cruciales y profundas del contexto internacional. Desde su visión, tendrían que trabajar en tres frentes principales: encabezar la distribución mundial de la vacuna contra la COVID-19, reforzar las oportunidades educativas en Estados Unidos para los estudiantes extranjeros y combatir cabalmente la corrupción dentro y fuera del país. Argumentó que si se aprovechan las oportunidades, Washington podría restablecer parte de la confianza internacional, lo que calificó como «un cimiento indispensable para ser convincentes y construir las coaliciones necesarias para promover los intereses estadounidenses en el futuro».

Con relación al tema de la vacuna, señaló que la pandemia no terminará ni la economía estadounidense se recuperará hasta que la COVID-19 no se controle en el resto del mundo. Propuso que Washington debe iniciar asociaciones bilaterales con países de ingresos medios y bajos que necesitarán ayuda con las complejidades que implica vacunar a sus ciudadanos. Preciso que en esta labor su ventaja es obvia: «conocimientos científicos incomparables y su alcance mundial». En su visión resulta clave emplear este tema para renovar la imagen estadounidense a nivel global.

Sobre las posibilidades de estudios universitarios para extranjeros en territorio de Estados Unidos, explicó que Biden tiene la oportunidad de retomar estos programas con mayor intencionalidad. Añadió que serían útiles para neutralizar los terribles efectos de la retórica xenófoba de Trump que ya antes de la pandemia provocó que muchos jóvenes renunciaran a estudiar en territorio estadounidense y prefirieran lugares como Australia y Canadá.

Sobre este aspecto comentó: «Que mejor manera de que Biden llegue a la población mundial preocupada por el rumbo

de Estados Unidos que celebrando un nuevo recibimiento a las mentes jóvenes más brillantes del mundo. Biden podría comenzar con un gran discurso para darles la bienvenida junto con las universidades estadounidenses».

Recomendó que el nuevo gobierno debería establecer el objetivo de aumentar el número anual de estudiantes extranjeros e integrar la política de inmigración y visados para reabrir el país de manera segura, lo que permitiría adoptar medidas que marquen una diferencia inmediata para los extranjeros que quisieran estudiar en Estados Unidos.

Explicó que la llegada de más estudiantes significaría más ingresos para la economía y ejemplificó que durante el 2019 a pesar de la menor cantidad de matrículas, este tipo de programas constituyeron una de las seis exportaciones más grandes del sector de los servicios aportando cerca de 44 000 millones de dólares. Además, señaló que representó más de 458 000 empleos. Enfatizó que «esta iniciativa podría constituir un buen contrapeso, ahora que China se ha convertido en uno de los principales destinos para quienes buscan estudiar en el extranjero».

Argumentó que se podría aprovechar para exponer a los futuros líderes globales a «los valores de una sociedad abierta y convertiría a muchos de ellos en embajadores vitalicios de la democracia, así como forjaría lazos poderosos entre sus países y Estados Unidos». Dijo que teniendo en cuenta que las principales universidades estadounidenses atraen a jóvenes ambiciosos de todas las nacionalidades, «muchos graduados extranjeros han fundado empresas y han realizado descubrimientos científicos en nuestro territorio. De vuelta a sus países, algunos llegan a ocupar altos puestos gubernamentales». Sobre este último aspecto, destacó que según el sitio especializado Bloomberg

más del 20% de los dirigentes actuales de Etiopía, Kenia y Somalia estudiaron en Estados Unidos.

Samantha culminó el artículo señalando que si bien estas propuestas no sanarán a un país dividido ni lograrán que el resto de las naciones olviden las dañinas políticas de la etapa de Trump, sí pueden contribuir a que gran parte del mundo se unan en torno a la necesidad de enfrentar una pandemia sin precedentes. Añadió que también podrían ser «un recordatorio no del nebuloso regreso al liderazgo estadounidense sino de las capacidades específicas que Estados Unidos posee».

Las ideas que proyectó la administradora de la USAID, coinciden con los fundamentos esenciales del denominado «poder inteligente» que sin lugar a dudas se convertirá en una de las piedras angulares en que se sustentará su gestión al frente de una agencia que desempeñará un rol clave en esta nueva etapa de la política exterior estadounidense en la era post Trump.

Brian Nichols: La diplomacia estadounidense hacia América Latina y el Caribe

A inicios de 2021 el presidente estadounidense anunció su decisión de nominar como secretario asistente de Estado para el Hemisferio Occidental al diplomático afroamericano Brian Andrew Nichols, quien se ha dedicado por más de 30 años al servicio exterior de su país. El nominado tiene una amplia experiencia en los temas vinculados a América Latina y el Caribe, así como ocupó importantes responsabilidades en el Buró de Asuntos de Narcóticos Internacionales y Aplicación de la Ley.

Nichols exhibe una llamativa combinación de una prolongada práctica diplomática en nuestra región con conocimientos y habilidades para coordinar políticamente el enfrentamiento a

desafíos de seguridad. Su perfil profesional y vivencias lo convierten en una figura que encaja armónicamente en las prioridades que ha comenzado a delinear el gobierno de Biden hacia el Hemisferio Occidental que, en primera instancia, se enfocan en las temáticas de seguridad catalogadas como amenazas para Estados Unidos.

Su trayectoria es una muestra elocuente de esto debido a que ha transitado desde cargos consulares y políticos en varios países del área como Perú, México, Colombia y El Salvador, hasta su nombramiento como embajador en Lima durante la Administración Obama. Desde la sede del Departamento de Estado, también se desempeñó como coordinador de los países del Caribe durante la Administración de George W. Bush. A partir de julio del 2018, comenzó a ocupar el puesto de embajador en Zimbabue.

Brian nació en 1965 en un entorno familiar en el que su padre Charles Harold Nichols era un reconocido profesor en la Free University de Berlín. Hasta 1969, impartió clases y dirigió el Instituto de Estudios Americanos de ese centro de altos estudios. A partir de ese momento, la familia regresó a Estados Unidos debido a que su padre fue nombrado como el primer presidente del programa de estudios afroamericanos de la Universidad Brown. Brian creció en el estado de Rhode Island en un ambiente de sólidas concepciones y valores vinculados a sus orígenes históricos y culturales.

Con 22 años, Nichols se graduó de Licenciado en Ciencias en la Universidad Tufts en Massachusetts y en 1988 comienza su carrera en el Departamento de Estado. Su primera misión diplomática fue como funcionario consular en Lima a partir de 1989 en un contexto en que esa nación vivía un complejo escenario interno. En el país suramericano estuvo durante dos años.

Posteriormente, fue designado a trabajar en la oficina política de la embajada estadounidense en El Salvador donde tuvo una amplia experiencia de 7 años al culminar su misión en 1998.

Después de estas rotaciones, Nichols contaba con un entrenamiento diplomático de alrededor de 10 años y fue promovido al cargo de consejero político adjunto en la estratégica sede estadounidense en Ciudad México en la que se ganó una reputación de ser muy hábil en el manejo de temas vinculados a las amenazas y desafíos de seguridad nacional. Durante esta etapa, se le atribuye un rol significativo en la denominada «guerra contra las drogas» de Estados Unidos en Latinoamérica.

A mediados del 2001 y después de casi 13 años cumpliendo misiones de manera ininterrumpida en países de nuestra región, Brian es promovido a consejero político en la embajada estadounidense en Indonesia. En esta nación, su actividad estuvo enfocada en asistir al gobierno indonesio en el proceso de recuperación tras los atentados terroristas en Bali en el año 2002.

Al regresar a Washington, retomaría a partir de 2004 sus labores hacia nuestra región al ser designado como director para la Oficina del Caribe. Desde esta responsabilidad, dirigió el proceso de formulación e implementación de la política exterior hacia 14 naciones caribeñas. Su trabajo estuvo enfocado principalmente en temas como: enfrentamiento al narcotráfico, migración irregular y crimen organizado. En este período, estuvo involucrado directamente en todo el diseño intervencionista y de ocupación que aplicó el gobierno estadounidense en Haití tras el golpe de estado contra el entonces presidente Jean Bertrand Aristide en febrero del 2004.

En el 2007 y como parte de su ascenso como diplomático, fue nombrado como segundo jefe de la misión estadounidense en Colombia. En casi tres años de trabajo en esa nación, Nichols

se encargaba de la supervisión diaria del empleo de los más de 500 millones de dólares anuales que Washington tenía disponible como parte del «Plan Colombia». Su estancia en Bogotá entre agosto de 2007 y julio de 2010, coincidió con el segundo mandato de Álvaro Uribe como presidente.

Teniendo en cuenta su experiencia acumulada en el área de seguridad, entre finales de 2010 y hasta el 2013, ocupa la responsabilidad de secretario asistente del Buró de Asuntos de Narcóticos Internacionales y Aplicación de la Ley en el Departamento de Estado.

Desde este cargo, Nichols se centró en tres prioridades fundamentales: 1) desarrollar las políticas antinarcoóticos de Estados Unidos a nivel global 2) coordinar los programas contra las organizaciones criminales a escala mundial y 3) supervisar políticamente los resultados de los entrenamientos que ofrece el gobierno estadounidense a otros países en materia de aplicación y cumplimiento de la ley. Brian dirigía personalmente los programas antinarcoóticos en Afganistán, Pakistán, el resto de Asia y Europa.

Entre 2014 y octubre de 2017, estuvo al frente de la embajada en Lima. A mediados de 2018, inicia sus funciones como embajador en Zimbabue manteniendo un bajo perfil público en los medios hasta el asesinato del afroamericano George Floyd. Como resultado de este suceso, Brian se pronunció abiertamente en contra al decir: «como afroamericano, desde que puedo recordar, he sabido que mis derechos y mi cuerpo no eran totalmente míos. En una larga y continua secuencia de mujeres y hombres negros, George Floyd ofreció un último mensaje de devoción para guiarnos hacia un nuevo nacimiento en la libertad».

Paralelamente a estas declaraciones, Nichols fue objeto de críticas por el gobierno de Zimbabue al ser catalogado como

«delicuyente» por financiar protestas antigubernamentales. Las autoridades del país africano llegaron a solicitar su expulsión como embajador. Sin lugar a dudas, se trata de una figura controvertida con una vasta experiencia en la diplomacia estadounidense desempeñando varios roles. Brian se convertiría en el primer afroamericano en desempeñarse en ese cargo en los últimos 30 años.

Es evidente que el equipo de Biden como parte de su esfuerzo por proyectar la denominada «renovación del liderazgo americano» que tiene como piedra angular el propósito de recomponer su hegemonía, continúa posicionando rostros en puestos claves de la política hacia nuestra región que encierran mensajes seductores y cierto simbolismo en un contexto hemisférico de crisis agravada. Ante la incapacidad y la falta de voluntad política de Washington para contribuir en la solución de las complejas problemáticas estructurales que aquejan a nuestras naciones, una vez más está apostando por revitalizar su proyecto de dominación empleando los trillados disfraces de terciopelo.

Juan González, asesor principal
para América Latina y el Caribe

A mediados de enero, Joseph Biden anunció los cargos principales del staff del Consejo de Seguridad Nacional que lo asesoran en las decisiones estratégicas en materia de política exterior. Entre los designados se encontraba el Director Principal del Hemisferio Occidental, quien es el responsable en la Casa Blanca de lidiar a diario con los temas de América Latina y el Caribe. Su nombre es Juan Sebastián González y es nacido

en Cartagena, Colombia. Tiene más de 15 años de experiencia política en el ejecutivo estadounidense.

Fue criado en Estados Unidos en la ciudad de Nueva York y se graduó a finales de los 90 en la escuela del Servicio Exterior de la Universidad Georgetown. Comenzó a trabajar en el gobierno estadounidense en el 2004 durante la Administración Bush. Su primera responsabilidad en el Departamento de Estado fue como funcionario en el Buró de Colombia perteneciente a la Oficina de Asuntos Andinos.

Entre 2006 y 2009, ocupó varios cargos en la Secretaría del Hemisferio Occidental: asesor principal del Secretario Asistente y funcionario de asistencia exterior en la oficina de planeación estratégica. A partir de 2009 con el entonces nuevo gobierno de Obama, se desempeñó como jefe de gabinete del Secretario para el Hemisferio Occidental hasta julio de 2011. Ese propio año, fue promovido para el Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca como director del Hemisferio Occidental. En este puesto de alto nivel coordinó personalmente la política gubernamental hacia Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela hasta mediados de 2015.

En octubre, es nombrado como asesor especial del vicepresidente Joe Biden responsabilizándose con los temas de América Latina y el Caribe. Estuvo trabajando directamente con el entonces vicepresidente 2 años y 3 meses en los que priorizó los siguientes asuntos: la política económica hacia México, la cooperación con Brasil y el lanzamiento de la Iniciativa de Seguridad Energética del Caribe dirigida por la Casa Blanca. Durante este tiempo, llegó a ser considerado uno de los asesores más influyentes de Biden y el arquitecto principal de varias propuestas vinculadas con nuestra región.

En el último año de la Administración Obama entre enero de 2016 y hasta los primeros días de 2017, retornó nuevamente al Departamento de Estado para ocupar el cargo de vicesecretario asistente para el Hemisferio Occidental. Desde esa responsabilidad, lideró la diplomacia estadounidense hacia Centroamérica y el Caribe.

Después de su salida del gobierno, comienza a trabajar a partir de abril de 2017 en el sector privado con la importante firma de consultoría estratégica Cohen Group. Fue nombrado como vicepresidente asociado y se encargaba de los asuntos vinculados a América Latina y el Caribe. Esta compañía tiene como objetivo «proporcionar a sus clientes los conocimientos y la información necesaria para comprender e influir mejor en los entornos empresariales, políticos, legales, regulatorios y mediáticos en los cuales operan». Entre enero de 2018 y septiembre de 2020, fue profesor adjunto de la Escuela de Servicio Exterior de la Georgetown University.

El 28 de julio de 2020, la publicación estadounidense *Americas Quarterly* publicó un artículo de Juan González titulado: «Joe Biden y el futuro de las Américas».⁵ Teniendo en cuenta la influencia significativa que tendrá su autor en el proceso de conformación de la política exterior de Estados Unidos hacia nuestra región, este texto adquiere una importancia singular. Su contenido no debe interpretarse como simples opiniones personales sino que explica lo que podría convertirse en los fundamentos esenciales de la «Hoja de Ruta» del próximo gobierno estadounidense hacia Nuestra América.

De hecho, cuando Juan González escribe este artículo se desempeñaba como el principal asesor para América Latina

⁵ Juan S. González: «Joseph Biden y el futuro de las Américas».

y el Caribe de la campaña presidencial de Biden. Por lo tanto, uno de los propósitos era delinear la posición del candidato demócrata sobre el escenario regional y las políticas que adoptaría en caso de imponerse en los comicios de noviembre. En su contenido se parte del criterio que el enfoque de la Administración Trump hacia la región «pasa por Miami y sus políticas se entienden mejor a través del prisma distorsionado de la política del sur de la Florida». Enfatiza que la agenda de Trump se enfoca en él mismo y no en los problemas que impactan a nuestra área geográfica.

Con relación al punto de partida de la política de Biden, señala que su visión está basada en la creencia fundamental de que la «la promoción de un hemisferio seguro, de clase media y democrático es de enorme interés para la economía y la seguridad nacional de Estados Unidos». Explica que Washington debe trabajar en colaboración con sus vecinos si quieren ganar la lucha contra el coronavirus y reconstruir la economía estadounidense. Además, le otorga especial importancia a tomar en cuenta las instituciones multilaterales bajo lo que califica como un liderazgo adecuado.

En el texto explica que las naciones de la región están en un punto de inflexión atendiendo a tres factores principales: el impacto de la COVID-19; los problemas estructurales que padecen las economías y las profundas desigualdades sociales. Precisa que el contexto actual constituye una especie de «recordatorio doloroso» de que las naciones se necesitan mutuamente y lo ejemplifica con el hecho que las pandemias y las implicaciones del calentamiento global no respetan las fronteras.

En el artículo se singularizan los siguientes países con breves referencias: México, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba, así como se le presta mayor atención a las subregiones de Amé-

rica Central y el Caribe. Con relación a México, se plantea que a medida que las cadenas de suministros se contraen y el poder económico de China se incrementa, la nación azteca se convierte en un socio indispensable para Estados Unidos en su empeño por establecer una base competitiva a nivel mundial. Refiere que el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica que Trump abandonó, es muy importante en las circunstancias actuales.

Sobre Colombia, enfatiza que ese país «no tiene un socio más grande en Estados Unidos que Joe Biden» y explica que el presidente electo se refiere a esa nación regularmente como «la piedra angular» de la región. Destaca que el próximo mandatario cuando era senador estuvo presente en la creación del Plan Colombia y se aseguró que ese órgano legislativo apoyara los esfuerzos de la Administración Clinton para financiar la iniciativa. Señala que mientras Trump ha vuelto a narcotizar la relación bilateral, Biden apostará por la cooperación y la inversión en la asociación estratégica.

Con relación a Brasil, expone que la relación entre Washington y Brasilia tiene un enorme potencial bajo una Administración Biden en la que se priorizarán en la agenda de política exterior los temas económicos y lo concerniente al cambio climático. En ese sentido, González afirma: «La pregunta para Brasil es si su liderazgo actual está preparado para abordar los desafíos monumentales de nuestro tiempo» en clara alusión al presidente Jair Bolsonaro.

El tratamiento a Cuba y Venezuela se aborda en el mismo párrafo que plantea: «El objetivo primordial de Estados Unidos en ambos países debe ser presionar para lograr un cambio democrático», lo que se corresponde con el tradicional consenso bipartidista de, en esencia, lograr un pretendido cambio de régimen en ambas naciones. Con respecto al país surameri-

cano, argumenta que deben desplegarse «sanciones inteligentes» como parte de una estrategia internacional más amplia. En el caso de la Isla, plantea que debe «promoverse la causa de los derechos humanos y empoderarse al pueblo cubano».

Sobre América Central, señala que la prioridad debe estar enfocada en una «inversión considerable» para ayudar a la gestión de las problemáticas económicas y sociales que se erigen como los factores que determinan la migración ilegal. En ese sentido, los esfuerzos se concentrarían en Guatemala, El Salvador y Honduras. Con relación a este aspecto, destaca que cuando Biden era vicepresidente «invirtió innumerables horas durante nueve meses» para aprobar un plan que enfrentara de manera integral la pobreza y la inseguridad en estas naciones.

Con respecto al Caribe, refiere que los países han sido golpeados por desafíos únicos que abarcan eventos naturales devastadores, desarticulación económica y el crimen transnacional. Argumenta que Biden en su condición de vicepresidente priorizó mecanismos como la Iniciativa de Seguridad Energética del Caribe lanzada en el 2014. Expresa que la prioridad hacia el futuro se centrará en la Iniciativa de Exportación de Energía Limpia e Inversión Climática que estará dirigida a «proporcionar financiamiento de bajo costo a los pequeños estados que estén listos para demostrar liderazgo en el problema del cambio climático».

La visión que traslada Juan González sobre las perspectivas de la política de Biden hacia la región evidencia que ocurrirán replanteamientos de prioridades, ajustes de los mecanismos de dominación, modificaciones en el empleo de los instrumentos del poderío nacional buscando una renovación de su imagen y una aproximación hacia proyecciones multilaterales tratando de distanciarse del estilo mostrado por el gobierno de Donald

Trump. Pero lo esencial es que el interés estratégico de dominar y someter a Nuestra América se mantendrá inamovible independientemente de quién ocupe la Casa Blanca.

La general Laura Richardson: El Comando Sur con rostro de mujer

La general de tres estrellas del ejército estadounidense, Laura Richardson, fue nominada por Biden para desempeñarse como jefa del Comando Sur y también fue promovida a general de cuatro estrellas. Es la primera mujer en ocupar esa responsabilidad y la tercera en la historia de Estados Unidos en ostentar ese grado militar.

Richardson tiene 35 años de servicio en el Ejército y su formación es como piloto de combate. Durante su carrera, también le han sido asignadas tareas como ayudante militar de un vicepresidente estadounidense y enlace para temas legislativos entre el Congreso y el Pentágono. Desde mediados de 2019 y hasta la actualidad, se ha desempeñado como comandante del ejército dentro del Comando Norte de Estados Unidos que tiene como misión fundamental «defender y proteger el territorio continental».

Desde ese cargo, ha tenido que dirigir a las fuerzas militares que participaron en el enfrentamiento a la COVID-19 en esa nación tanto en aseguramientos logísticos como en el proceso de vacunación. Fue la principal responsable de liderar las operaciones militares desplegadas por el ejército en la frontera sur como parte de las políticas migratorias promovidas por Donald Trump. Estuvo al frente de la organización y adopción de medidas de contingencia y recuperación ante el impacto de

desastres naturales que han azotado a esa nación, en especial, los huracanes.

Las últimas misiones acometidas por la general Richardson coincidieron con tres áreas consideradas estratégicas por el gobierno de Biden y que tienen una expresión regional: el enfrentamiento a la pandemia, la migración ilegal y las consecuencias del cambio climático. El Comando Sur es una institución clave en el manejo de estas temáticas que, a su vez, son calificadas como amenazas a la seguridad nacional de Estados Unidos.

Dada la creciente complejidad de estos desafíos en las circunstancias actuales, esta estructura armada se posiciona en el epicentro de la estrategia estadounidense hacia América Latina y el Caribe. El contexto hemisférico sugiere que prevalecerá la continuidad del proceso de militarización de la política exterior de Washington y con esta Administración se visualizarán tanto los componentes «duros» del poderío militar como sus expresiones más «suaves y seductoras» alineadas con la retórica y la práctica del «poder inteligente» en su versión en tiempos de COVID-19.

Estas últimas podrían manifestarse de múltiples formas: con el despliegue de efectivos militares montando hospitales de campañas de conjunto con autoridades locales en determinadas áreas de nuestra región; personal médico del ejército asistiendo directamente a las personas como parte de periplos del buque hospital USS Confort o en acciones de capacitación y entrenamiento en «asistencia humanitaria» a los cuerpos armados del área.

Sin lugar a dudas, una mujer liderando estas misiones en el Comando Sur es funcional a una visión más atractiva e inteligente de proyectar el poderío militar en América Latina y

el Caribe, en un momento en que el liderazgo del Pentágono está revisando su postura estratégica, que implica un replanteamiento conceptual, organizativo y operativo del rol de los comandos militares de Estados Unidos a nivel global.

Richardson nació en 1963 en el estado de Colorado en una familia de clase media. Su padre era médico y motivó a su hija en la práctica del deporte desde muy temprana edad. Por esta razón, Laura a los 4 años comenzó a tomar clases de natación y llegó a convertirse en campeona desde las categorías infantiles hasta el nivel universitario. Con tan solo 15 años dio sus primeros pasos en cursos de aviación en el Aeropuerto Metropolitano de Rocky Mountain. A los 17 años, obtuvo su licencia de piloto.

De acuerdo a una entrevista que concedió en el 2007, su abuelo paterno fue la figura más influyente en su decisión de ingresar a las Fuerzas Armadas. En 1986, comienza su carrera militar en la división de aviación del ejército y piloteó los helicópteros UH-60 Black Hawk. A los 25 años, inició su misión en Corea del Sur al frente de una compañía de pilotos. En esa estancia en el exterior que se extendió desde diciembre de 1987 hasta septiembre de 1991, conoce a su actual esposo James Richardson, quien era piloto y en estos momentos es también general de tres estrellas del ejército.

Durante la década de los 90, fue promovida a varios cargos y ascendida hasta el grado de mayor. Entre 1999 y el 2001, se desempeñó como ayudante militar del entonces vicepresidente Albert Gore, quien fue posteriormente el candidato presidencial demócrata en las controversiales elecciones del 2000. Durante la campaña, Richardson acompañó en sus viajes a Gore al ser la máxima responsable de la logística de su transportación aérea.

En esta etapa la militar experimentó dos eventos de significación: fue testigo desde su posición de la intensa vida política de Washington a un alto nivel y vivió unos comicios que culminaron con el fraude electoral de la Florida despojando así de la victoria al candidato que ella debía asistir y proteger.

Después de esta incidencia en el escenario político, entre el 2002 y 2004 fue designada como comandante del batallón de asalto aéreo del 101 regimiento de la aviación y cumplió misiones combativas en Iraq ostentando el grado de teniente coronel. Posteriormente, fue promovida como planeadora de campañas militares en la oficina del vicejefe de operaciones del ejército en Washington DC. En junio de 2007, cursó estudios de Maestría en Estrategia Nacional y fue ascendida a coronel.

A finales de 2009 y durante aproximadamente dos años, se desempeñó como jefa de la división de enlace del Senado con la Secretaría del Ejército durante el primer mandato de la Administración Obama. En esta ocasión, se involucró nuevamente en la política pero no desde una posición de simple espectadora sino que era un actor más dentro del complejo proceso legislativo. Al terminar esta asignación, fue ascendida a general y en el 2013 cumple misión en Afganistán.

Al regresar a Estados Unidos, ejerció a partir de 2014 como jefa de los enlaces legislativos de la oficina del Secretario del Ejército con el grado de mayor general. Durante la etapa de Obama, estuvo prácticamente más de cinco años trabajando en temas esencialmente políticos. En el 2017, fue ascendida a general de tres estrellas y fue nombrada como subcomandante del Comando de las Fuerzas del Ejército que es el más grande de Estados Unidos al agrupar más de 770 000 efectivos. En el 2018, se convirtió en la primera mujer en dirigir esa estructura militar.

En julio de 2019, fue nombrada comandante del ejército en el Comando del Norte convirtiéndose en la primera fémina en ostentar ese cargo. Desde esta responsabilidad, Richardson se ha involucrado activamente en actividades vinculadas a la pandemia coordinando con el Departamento de Salud y Servicios Humanos y la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias, así como en la temática migratoria a partir de la militarización incrementada de la frontera sur.

Teniendo en cuenta el escenario político actual tanto en Estados Unidos como a escala regional, la designación de la general Richardson no se reduce simplemente a la planificada y habitual rotación de los mandos estadounidenses por los comandos unificados. Esta decisión estuvo marcada por un enfoque estratégico sobre cómo debe emplearse con mayor efectividad el instrumento militar en América Latina y el Caribe en el contexto de una pandemia con impactos devastadores para la región. En esencia, nuevos retos y desafíos se nos plantean para enfrentar el proyecto de dominación que siempre ha tenido Washington a partir de su concepción monroísta de que somos su «patio trasero».

Las prioridades de la política exterior de Biden: ¿Cómo renovar el liderazgo americano?

Después de casi cuatro años de una gestión presidencial marcada por la impronta de Donald Trump, la política exterior y de seguridad nacional estadounidense basada en la concepción «America First» debe ser replanteada totalmente por el nuevo gobierno de Biden. De acuerdo a la plataforma del Partido Demócrata, como resultado de esta visión la influencia y la reputación internacional de Estados Unidos está aniquilada, el

país es menos seguro, la economía es más frágil y sus valores democráticos están en peligro.

A partir de esta situación, el establishment demócrata ha enfatizado que es imprescindible renovar el liderazgo americano en el escenario mundial. Durante la campaña presidencial, los asesores de política exterior y seguridad identificaron los impactos negativos de la proyección internacional de la Administración Trump.

Entre los principales sobresalen: daños severos a las relaciones con sus aliados y socios a nivel global; deterioro de la alianza trasatlántica; desconocimiento de las instituciones y tratados internacionales; limitaciones en la capacidad de enfrentar las amenazas transnacionales; distanciamiento en los temas de derechos humanos y fortalecimiento de los adversarios de Estados Unidos principalmente China y Rusia.

Tomando como referencia este enfoque de los desafíos que tiene por delante el gobierno de Biden en el plano internacional, un artículo publicado a finales de 2020 en *The New Yorker* delimitaba los «pilares» en que debería sustentarse la política exterior estadounidense a partir del 20 de enero de 2021.

Según esta perspectiva, debían enfocarse en: recomponer la alianza trasatlántica considerada como una «poderosa herramienta» de alcance global; reparar de manera inmediata las relaciones con la OTAN; renovar el compromiso con las instituciones internacionales al reincorporarse al acuerdo de cambio climático, a la OMS; extender el tratado START con Rusia y retomar las negociaciones del acuerdo nuclear con Irán; así como priorizar los derechos humanos y ser más fuertes con los regímenes antidemocráticos.

Estos pilares ya estaban expresados como iniciativas a implementar en el principal documento de política divulgado por el

equipo Biden-Harris después del 3 de noviembre. El texto titulado: «La Administración Biden. Prioridades políticas y agenda del primer día», constituye una guía que identifica las decisiones que tomaría de inmediato el nuevo gobierno demócrata en materia de política interna y exterior. En este informe además se añade la siguiente formulación: «Fortalecer los vínculos con otras naciones democráticas para contener a China y Rusia», lo que evidencia la prioridad que tendrá la disputa geopolítica entre las grandes potencias.

Todo lo explicado anteriormente, se corresponde con intenciones, deseos y una visión que debe ser implementada. En el proceso de concretar estas líneas de acción, existen dos elementos fundamentales a tener en cuenta: las características del entorno internacional actual y perspectiva, así como la composición del equipo de política exterior y seguridad nacional de Biden que será el responsable de dirigir este esfuerzo.

Sobre el primer aspecto, un artículo del sitio web *Politico* destacaba tres ideas fundamentales: el mundo con el que tendrá que lidiar Biden es muy diferente al de sus tiempos como senador y como vicepresidente en una época de pandemia; el concepto de que la prioridad es regresar al gobierno estadounidense a la «cabeza de la mesa» a escala internacional debe tener en cuenta que esa «mesa» se ha modificado profundamente y el fortalecimiento de China y Rusia han configurado un entorno mundial más competitivo donde los niveles de conflictividad se han incrementado.

Aunque estos son desafíos que debe enfrentar Estados Unidos para estar en capacidad de cumplir con sus prioridades internacionales, los principales obstáculos son de orden interno y tienen una fuerte repercusión en su política exterior. Las manifestaciones más visibles son: la crisis sanitaria, las

problemáticas económicas, la profunda polarización social y política que, en términos prácticos, como refiere una investigación publicada en *The Atlantic*: «Han convertido a la nación estadounidense en dos países». Esto último se reflejó con claridad en los resultados de las elecciones con los casi 80 millones que votaron por Biden y más de 70 millones que apoyaron a Trump.

Con relación al equipo de política exterior y seguridad nacional, sus miembros muestran una diversidad de género, racial y generacional, lo que está en correspondencia con la intención de Biden de buscar la mayor representatividad posible en los cargos principales de su gobierno. Como elemento a destacar, todos ocuparon responsabilidades de alto perfil durante la Administración Obama y la mayoría tienen vínculos de trabajo con el presidente electo por más de diez años.

En el contexto del anuncio de estas designaciones, Biden planteó: «Necesito un equipo que el primer día me ayude a reclamar el asiento de Estados Unidos a la cabeza de la mesa, unir al mundo para enfrentar los grandes desafíos que tenemos y avanzar en nuestra seguridad, prosperidad y valores. Ese es el punto crucial de este equipo».

Más allá de los objetivos y prioridades que pretenda alcanzar en materia de política exterior el nuevo gobierno de Biden, la situación interna de la nación estadounidense y las complejidades de un entorno internacional impactado severamente por la COVID-19 constituyen retos perdurables para la pretendida renovación del liderazgo americano.

Partiendo de esta visión, si bien Biden está obligado a introducir profundos cambios en su política doméstica y exterior existe un elemento que resultará clave y se convertirá en uno de los puntos de contacto principal entre la proyección internacional de su gobierno con la política interna.

Ese pilar esencial será la clase media estadounidense que está destinada a desempeñar un rol importante en el proceso de conformación de la política exterior de la Administración Biden. Desde hace unos años, este cardinal y paradigmático segmento de esa sociedad que encarna lo que se denomina el «sueño americano» ha venido sufriendo un proceso de deterioro en su nivel de vida.

De manera general, una familia de clase media, en términos prácticos, se caracteriza por contar con las siguientes condiciones: seguridad laboral por la estabilidad de su puesto de trabajo; ingresos que le permiten costear sus necesidades sin presión económica; atención médica asegurada; propietaria de su casa; capaz de financiar los estudios de los hijos; vacaciones para hacer turismo y pueden ahorrar dinero para su retiro.

En las circunstancias actuales, el impacto devastador de la COVID-19 ha afectado de manera significativa la capacidad de estas personas para sostener su nivel de vida. Esta situación tiene implicaciones no solo económicas, sino que deriva en problemas sociales, políticos y también tiene efectos en la proyección internacional de Estados Unidos. Es muy difícil lograr la renovación del liderazgo americano en el escenario global si el grupo social que constituye la encarnación del «éxito nacional» se encuentra en franco retroceso.

Teniendo en cuenta esta realidad, el propio Biden en un artículo de su autoría publicado en la influyente revista *Foreign Affairs*⁶ en mayo de 2020 argumentó lo que calificó como: «Una política exterior para la clase media». En el texto señaló que la seguridad económica es seguridad nacional y enfatizó que la política comercial de Estados Unidos «debe comenzar en casa, a

⁶ Joseph Biden: «Why America must lead again».

través del fortalecimiento del más grande activo con que contamos que es la clase media».

Biden también explicó que se requiere una enorme inversión en la infraestructura del país, lo que implica las carreteras, las comunicaciones, el transporte de alta velocidad y en fuentes renovables de energía. Enfatizó que más del 95% de la población mundial vive más allá de las fronteras estadounidenses y ellos necesitan incidir sobre esos mercados con sus productos.

Si pretendemos aproximarnos a desentrañar cuáles son los ejes o puntos principales que argumentará esta concepción de una «política exterior para la clase media», debe comenzarse por los resultados de una investigación realizada por la Carnegie Endowment for International Peace titulada: «Haciendo que la política exterior sirva mejor a la clase media».⁷ El estudio fue ejecutado entre los años 2018 y 2020 realizándose cientos de entrevistas en tres estados: Colorado, Nebraska y Ohio.

En el informe se parte de la premisa que la clase media está viviendo en estos momentos en una situación de precariedad y, esencialmente, se propone integrar de una manera adecuada la política exterior con la agenda de política doméstica.

Con tal propósito, se realizan varias recomendaciones: priorizar las políticas internacionales que estimulen la creación de puestos de trabajo y generen ingresos; renovar la agenda de comercio internacional de Estados Unidos para armonizarla con la agenda de política doméstica en función de apoyar el crecimiento económico; modernizar las herramientas y mecanismos del comercio internacional para combatir las prácticas comerciales injustas que afectan especialmente los negocios de la clase media; diseñar una estrategia de competitividad nacional para

⁷ Carnegie Endowment for International Peace: «Making US foreign policy better for Middle Class» .

garantizar que los pequeños y medianos negocios estadounidenses sean más competitivos en la economía global, así como desarrollar la capacidad de las comunidades de atraer inversión que generen empleos.

En la investigación se le otorga especial relevancia a la necesidad de romper con la mentalidad que ha prevalecido durante décadas de concebir como áreas relativamente aisladas la política exterior y la política doméstica. Se señala que los planeadores estratégicos estadounidenses en la esfera de las relaciones internacionales y seguridad nacional tradicionalmente han articulado sus proyecciones bajo el prisma casi exclusivo de la competencia geopolítica.

Aunque se reconoce que este es un enfoque esencial en el contexto actual de fuerte confrontación con potencias como China y Rusia, se aboga por introducir una visión que contemple también temáticas de economía doméstica y asuntos sociales que permitan tomar en consideración los intereses de la clase media. En el estudio se precisa que para lograr esta articulación se requiere mayor coordinación interagencial, experticia interdisciplinaria e imaginación política. Proponen que es necesaria «la contribución de una nueva generación de profesionales de la política exterior que rompan con el molde de la mentalidad de Guerra Fría».

La investigación argumenta la profunda desconexión que existe entre la denominada «comunidad de política exterior» y la clase media, lo que conlleva a plantear que la proyección internacional de Estados Unidos para satisfacer las demandas de este sector debe estar orientada al cumplimiento de dos objetivos claves: renovar las relaciones con los aliados más cercanos en función de establecer una red cohesionada que permita enfrentar los desafíos de seguridad globales para brindarle

seguridad a la clase media y manejar la competencia estratégica con China para mitigar el riesgo de conflictos desestabilizadores con serias implicaciones económicas.

Dentro de los coautores y principales redactores de este informe sobresale Jacob Sullivan, quien es el asesor de Seguridad Nacional de Joseph Biden. Por lo tanto, las propuestas contempladas en este texto tendrán como principal defensor en la Casa Blanca a una persona que ocupa uno de los cargos más influyentes en materia de política exterior. De hecho, el abordaje de Biden en la campaña del tema de la clase media y su relación con la proyección internacional estadounidense es un resultado directo de la influencia y recomendaciones de Sullivan.

Por esta razón, varios expertos y analistas están afirmando que las claves de la hoja de ruta de Biden en la articulación de la política exterior y la política doméstica se pueden encontrar en el informe de la Carnegie Endowment for International Peace.

En ese sentido, el 24 de noviembre de 2020 cuando Biden anunció a una parte de su equipo de política exterior y seguridad, planteó: «Jake Sullivan entiende mi visión de que la seguridad económica es seguridad nacional y eso ayuda a desarrollar lo que yo he llamado una política exterior para la clase media para familias como las de él que creció en Minnesota».

Precisamente es en este contexto que podría entenderse con mayor integralidad por qué Biden decidió designar a Susan Rice asesora del presidente y directora del Consejo de Política Doméstica, lo que la convierte en el punto de contacto principal entre el equipo de seguridad nacional y el de política interna. Biden durante el anuncio del cargo que ocupa Rice, planteó que ella trabajará de manera muy cercana con Sullivan y Brian Deese, quien se desempeña como director del Consejo Económico Nacional.

En este evento, el presidente electo afirmó: «Juntos, ellos integrarán como nunca antes la seguridad nacional, la política económica y la política doméstica». Por su parte, Rice dijo: «En el siglo XXI, nuestros imperativos domésticos, económicos y foráneos están profundamente intervencionales».

El pasado 4 de febrero, el mandatario estadounidense Joe Biden visitó el Departamento de Estado para realizar una intervención sobre las proyecciones de la política exterior estadounidense. Ese propio día, Jake Sullivan, explicó las prioridades de Estados Unidos en el escenario internacional. El análisis integral de ambas intervenciones, nos conducen a lo que podrían calificarse como los pilares de la «Doctrina Biden».

Según las declaraciones de Sullivan, el objetivo fundamental de Washington es establecer una «posición de fortaleza» a escala global. Esta afirmación parte del presupuesto y reconocimiento implícito que Estados Unidos transita por un proceso de declive que tiene su expresión en dos dimensiones: hacia lo interno de la sociedad estadounidense con las múltiples crisis y a nivel internacional a partir de sus limitaciones para manejar los crecientes retos que está enfrentando.

El propio asesor de Seguridad Nacional, dejó entrever que llegar a esa posición de fortaleza es una condición necesaria para lidiar en mejores condiciones y de manera efectiva con la llamada competencia entre las grandes potencias y las amenazas transnacionales. Dentro de esta visión geopolítica, visualizan como principal desafío estratégico a China considerándola un competidor en los dominios económico, diplomático, tecnológico, así como en materia de defensa y seguridad.

Este enfoque está insertado dentro de la visión tradicional estadounidense de la disputa entre los centros de poder global en una suerte de nueva Guerra Fría, lo que sin lugar a dudas

constituye una continuidad con la proyección estratégica que promovió el gobierno de Trump. El equipo de Biden no puede sustraerse de la realidad de un mundo más competitivo, inseguro, con altos niveles de incertidumbre y donde Estados Unidos progresivamente disminuye su liderazgo ante el posicionamiento de Beijing y Moscú.

Lo más novedoso y significativo en la nueva concepción de la política exterior y seguridad nacional que comienza a delinear oficialmente la Administración Biden, se encuentra en el punto de partida y las premisas que tendrán en cuenta para renovar el llamado «liderazgo americano». El mandatario estadounidense en su discurso enfatizó que no existen fronteras claras entre la política exterior y la política doméstica argumentando que resulta esencial e imprescindible para la proyección internacional de Estados Unidos la recuperación económica.

A partir de esta lógica, Biden planteó: «cada acción que despleguemos en nuestro comportamiento hacia el mundo, debemos hacerla teniendo presente a las familias trabajadoras estadounidenses». Al margen del componente retórico que puedan tener estos pronunciamientos, el elemento fundamental es que más allá de las consideraciones ideológicas, políticas y las percepciones sobre los países calificados como adversarios, este gobierno establecerá como prioridad en su política exterior el aprovechamiento de oportunidades en determinadas naciones y regiones para el mejoramiento de su economía.

Este entrecruzamiento de la política interna con la exterior, incorporará con fuerza en la proyección de Washington un pragmatismo que conducirá a evaluar cómo determinados países pueden contribuir a dos objetivos estratégicos: la generación de empleos para Estados Unidos a través del comercio

internacional e incrementar los mercados para la exportación de bienes y servicios.

En su intervención, Sullivan señaló:

Todo lo que hagamos en política exterior y seguridad nacional será medido por una métrica básica: ¿está siendo nuestra vida mejor, más segura y más fácil para nuestras familias trabajadoras? Por supuesto, eso significa un enfoque diferente en nuestra política comercial. No estamos tratando de que el mundo sea más seguro para las inversiones multinacionales. Estamos tratando de crear más trabajo e incrementar los ingresos en Estados Unidos.

Precisó que estos conceptos serán un «principio organizacional» para la política exterior.

En este contexto, tanto el mandatario como su asesor de Seguridad Nacional reconocieron que se enfrentan a serios desafíos internos como: la crisis económica, la pandemia, el racismo sistémico y el incremento de los movimientos supremacistas de extrema derecha. Sobre este último aspecto, Sullivan precisó que ya habían comenzado una «intensa revisión de las estrategias y recursos disponibles para enfrentar el extremismo violento doméstico».

Todas estas problemáticas que constituyen temas de la agenda de política interna, se convierten en serios obstáculos para el cumplimiento de los objetivos de la política exterior estadounidense. Por esta razón, el gobierno de Biden ha establecido como piedra angular de su proyección internacional la recuperación interna que abarca desde la economía hasta los grupos de odio que, sin lugar a dudas, han socavado los pilares de la denominada democracia americana con su consiguiente afectación para su credibilidad a nivel mundial.

Atendiendo a las características y complejidades del escenario actual, ambas intervenciones fueron explícitas en destacar que la orientación de la política exterior de esta Administración descansará en seis pilares fundamentales:

- 1) La diplomacia se convertirá en el elemento central de la proyección externa partiendo de un principio básico: Estados Unidos no está en condiciones de enfrentar los desafíos globales por sí mismo, solo es posible solucionarlos a través de la cooperación con el resto de las naciones. Biden planteó: «Debemos atraer a nuestros adversarios y competidores diplomáticamente, cuando sea de nuestro interés y contribuya a que avance la seguridad del pueblo americano». Esta concepción en la práctica promueve la conjugación de la confrontación con la cooperación hacia naciones consideradas adversarias.
- 2) Recuperar la economía a través de la implementación inmediata del «Plan para el Rescate Americano». Sobre este aspecto, Sullivan dijo: «Este plan no es solo una cuestión de política económica, es también un asunto de seguridad nacional». Las capacidades para el empleo efectivo de los instrumentos del poderío nacional estadounidense en el contexto internacional, estarán condicionadas por la dinámica económica interna de una forma tal que quizás no tenga precedentes en ese país.
- 3) Revitalizar las alianzas de Estados Unidos con sus aliados y socios de Europa y Asia, lo que implica un proceso de reconstrucción de la confianza. En los primeros días de este gobierno, tanto Biden, Jake Sullivan como Antony Blinken han desplegado una ofensiva diplomática comunicándose con sus contrapartes de mayor prioridad. Recomponer el sistema de alianzas resulta clave

ante la fragilidad demostrada ante una pandemia como la COVID-19 y por las oportunidades que representan estas fisuras para China y Rusia.

- 4) Reincorporación a las instituciones multilaterales claves y acuerdos internacionales, lo que es vital para sus pretensiones de liderar el enfrentamiento coordinado a los principales desafíos globales.
- 5) Promover los denominados valores estadounidenses a escala global, lo que implica posicionar el tema de los derechos humanos como una prioridad en su agenda internacional.
- 6) Redimensionar el papel de las Fuerzas Armadas para que su actuación sea consistente con las prioridades diplomáticas y de seguridad nacional estadounidenses. Biden planteó que se comenzaría de inmediato la revisión de la «Postura Global» que implica un proceso de análisis de alcance estratégico para determinar cómo será el posicionamiento, despliegue y capacidades del poder militar estadounidense a nivel internacional.

Los pilares de la «Doctrina Biden» esencialmente constituyen una versión en tiempos de pandemia del llamado «poder inteligente» desplegado con intensidad durante la era Obama. No obstante, el mundo en tan solo cuatro años ha experimentado cambios acelerados y la realidad estadounidense está develando con mayor crudeza sus graves problemas estructurales acumulados durante varios años. Por lo tanto, cualquier concepción de política exterior que se implemente en estos momentos tendrá que enfrentar la difícil prueba de un contexto global incierto debido a que nadie está en condiciones de anticipar cuáles serán sus tendencias principales en el futuro post pandemia.

La política de Biden hacia Cuba: ¿Cuáles son los posibles escenarios?

La política hacia Cuba de la Administración Biden durante el período 2021-2025 estará condicionada por el comportamiento de los factores determinantes y actores claves que podrían determinar el contenido, alcance y ritmo de esa proyección.

Cualquier análisis sobre este tema debe partir de las siguientes premisas analíticas: 1) la política de Estados Unidos hacia Cuba es una expresión de un conflicto histórico de carácter asimétrico 2) la esencia de esta política dirigida a cambiar el sistema socioeconómico y político cubano se mantendrá inalterable 3) las relaciones entre ambos gobiernos son complejas, volátiles y permeadas por profundas diferencias 4) la dicotomía confrontación-diálogo/cooperación siempre está presente y 5) ambas naciones comparten intereses mutuos y amenazas de diversa índole con impacto en su seguridad nacional.

El análisis integral de esta temática, debe realizarse teniendo en cuenta los cuatro escenarios de actuación interconectados donde tienen lugar estas interacciones: Estados Unidos, Cuba, América Latina y el Caribe, así como el escenario internacional.

Por lo tanto, deben considerarse: el contexto interno de Estados Unidos y la orientación estratégica de su política exterior; la evolución de la situación en Cuba en sus diferentes dimensiones y su proyección externa; las dinámicas del entorno regional y el balance de fuerzas políticas, así como las tendencias globales con implicaciones en la política estadounidense hacia la Isla.

Joseph Biden y su equipo durante la campaña presidencial de 2020, mantuvieron inalterable su posición sobre la política hacia Cuba con una narrativa centrada en cuatro ejes fundamentales: eliminar las políticas fallidas de Trump que han

dañado a los cubanos y sus familiares; los estadounidenses, especialmente los cubanoamericanos, son los mejores embajadores de la «libertad en Cuba»; empoderar al pueblo cubano para que determine su propio futuro es vital para los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos y los derechos humanos serán una pieza central en las relaciones.

Esta retórica electoral, en términos generales, ha encontrado una línea de continuidad en los primeros pronunciamientos públicos de funcionarios de la administración Biden. El pasado 28 de enero, la vocera de la Casa Blanca afirmó que revisarían las políticas de Trump hacia Cuba como mismo lo estaban haciendo con otras áreas vinculadas a la seguridad nacional.

El nuevo gobierno estadounidense desde su posición de arrancada tiene que lidiar con el marco político establecido por Trump hacia Cuba que comprende todo un sistema de pretextos, disposiciones ejecutivas y la aplicación de más de 200 medidas coercitivas unilaterales que han provocado un nivel de deterioro profundo de las relaciones. El escenario bilateral que hereda el nuevo mandatario y su equipo es muy complejo.

En primera instancia, durante el proceso de formulación de la política tienen que definir su posición con relación a cinco aspectos que constituyen el núcleo fundamental de los pretextos manejados por la Administración Trump. Estos temas que pueden considerarse como «contaminantes» del clima bilateral, fueron formulados en los siguientes términos: la situación de los derechos humanos en la Isla; los «ataques» acústicos; el rol de Cuba en Venezuela; el papel de los militares en la economía cubana y más recientemente la reincorporación en la lista de países patrocinadores del terrorismo.⁸

⁸ William LeoGrande: «Biden should act fast on Cuba».

Cada uno representa un obstáculo para avanzar en la recomposición de los vínculos bilaterales que sería una primera etapa en que el esfuerzo fundamental debe estar centrado en desmontar la política de Trump. La Administración Biden está obligada a evaluar el costo político que tendría romper definitivamente con todos ellos, con algunos o reconocerlos. La decisión que adopten sobre cómo manejar cada pretexto resultará vital para crear el ambiente propicio que permita retomar el proceso hacia la normalización de las relaciones.

A partir del 20 de enero, el debate público en Estados Unidos sobre estos «temas contaminantes» se ha incrementado como resultado de los pronunciamientos, iniciativas y propuestas de diferentes sectores que están interesados en la política hacia Cuba. En este sentido, han prevalecido dos enfoques contrapuestos: el primero representado por el bloque mayoritario que defiende la necesidad de avanzar, de inmediato, hacia la normalización de las relaciones sin condicionamientos y el otro que promueve la continuidad de la hostilidad anclándose precisamente en esos pretextos.

La denominada situación de los derechos humanos en Cuba, constituye un asunto de consenso bipartidista y es uno de los temas donde existen profundas diferencias. El gobierno de Biden ha enfatizado que el principio número uno que orientará su política será «el apoyo a la democracia y los derechos humanos». Aunque esta será siempre un área de fricción, puede convivirse de manera constructiva con su presencia y no es un obstáculo insuperable. Durante la etapa de Obama, se estableció un diálogo sobre derechos humanos y quedó demostrado que era posible intercambiar sobre la base del respeto mutuo.

Por lo tanto, el elemento clave sería incorporar esta temática como parte de la agenda del diálogo bilateral y evitar que tenga

la capacidad de capitalizar el tono de las relaciones ante la fabricación de incidentes que tienen el claro propósito de dañar los vínculos. En ese sentido, el 17 de diciembre de 2014 el entonces presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Raúl Castro Ruz, señaló «Ambos gobiernos debemos adoptar medidas mutuas para prevenir y evitar hechos que puedan afectar los progresos en la relación bilateral, basados en el respeto a las leyes y el ordenamiento constitucional de las partes».

Con relación a los alegados incidentes acústicos, el pasado 2 de febrero trascendió el contenido del informe elaborado por el Centro de Prevención y Control de Enfermedades de Estados Unidos (CDC, por sus siglas en inglés) que realizó una investigación epidemiológica durante dos años y no pudo determinar ni la causa ni la naturaleza de los daños reportados por los diplomáticos estadounidenses.⁹ Estos resultados evidenciaron una vez más que no existen pruebas científicas sobre su ocurrencia.

En este contexto, también se desclasificó el 10 de febrero el documento emitido por la Junta de Revisión de la Responsabilidad (ARB por sus siglas en inglés) encargada de investigar qué sucedió realmente. El texto revela que la respuesta del Departamento de Estado tuvo serias deficiencias en la coordinación interagencial, en la comunicación y en toda la organización del proceso de esclarecimiento. Se determinó que la decisión de reducir drásticamente el personal de la embajada en La Habana fue apresurada y no siguió el protocolo establecido de realizar un análisis riesgo/beneficio.¹⁰

⁹ Peter Kornblug: «CDC Report on the “Havana Syndrome”: Medical Mystery Remains Unresolved».

¹⁰ Karen DeYoung: «Classified assessment found slow and chaotic response to brain injuries affecting diplomats in Cuba».

Estos elementos indican que prevalecieron motivaciones políticas al emplear los supuestos hechos como pretexto para dañar sensiblemente las relaciones bilaterales y, en especial, los espacios y mecanismos de diálogo. Las investigaciones efectuadas durante los últimos cuatro años por las instituciones estadounidenses especializadas, incluyendo el FBI, no han arrojado ningún resultado que vincule a Cuba con el llamado «síndrome de La Habana».

El funcionamiento normal de las embajadas en ambos países, el avance de la cooperación en los temas de interés común y la plena implementación de los 22 instrumentos bilaterales, solo es posible si la Casa Blanca decide que este asunto no será una camisa de fuerza que obstaculice el mejoramiento de las relaciones. La Administración Biden debe paralelamente continuar con su proceso investigativo, e incluso, retomar los intercambios con la parte cubana desde una perspectiva más amplia y transparente en la que estén involucrados representantes de las diferentes especialidades científicas y médicas que tienen competencia en incidentes de esta naturaleza.

El denominado rol de Cuba en Venezuela como pretexto para justificar medidas coercitivas, solo tiene cabida en un enfoque de política de máxima presión simultáneo como el promovido por la Administración Trump contra ambas naciones. Por lo tanto, este tema no debe continuar siendo un obstáculo fundamental para mejorar las relaciones al incorporarse una visión diferente sobre la relación triangular Cuba-Estados Unidos-Venezuela que retoma la concepción de Obama de separar las políticas.

No obstante, el hecho que la Administración Biden persista con las sanciones y medidas de aislamiento contra el gobierno de Maduro con el objetivo de forzar un «cambio de régimen»,

constituye una situación con potencial para que se generen diferencias entre Washington y La Habana. En este contexto, la parte estadounidense puede estar inclinada a buscar alguna mediación de Cuba como parte de un esfuerzo multilateral tomando en consideración el carácter de su alianza con Venezuela.¹¹

La reincorporación a la lista de países patrocinadores del terrorismo, constituyó una maniobra política de último momento dirigida a obstaculizar la capacidad del actual gobierno para desmontar rápidamente todo el engranaje anticubano que heredaron. A diferencia de otras decisiones que sí pueden revertirse en lo inmediato a través de decisiones ejecutivas, la exclusión de la lista requiere el cumplimiento de un curso legal que implica dos pasos esenciales: 1) el Departamento de Estado dirige y coordina un proceso de revisión sobre la designación y 2) posteriormente se envía una comunicación al Congreso certificando que el país ha cumplido con los requisitos establecidos por las leyes estadounidenses.

Después que el órgano legislativo recibe la notificación, debe esperarse 45 días a partir de lo establecido en las legislaciones que regulan ese proceso. Sobre este tema, hay un camino recorrido que Biden lo conoce, solo le queda retomar ese mismo sendero y excluir a Cuba de un documento en el que nunca debió estar.

La política exterior de los estados es una variable dependiente que está condicionada por el comportamiento de una multiplicidad de factores internos y externos, así como de actores que se relacionan a través de alianzas y conflictos.¹² Dentro de esa complejidad de interacciones, sobresalen los factores y actores

¹¹ Richard Feinberg: «A return to détente with Cuba».

¹² Chris Alden: «Foreign Policy Analysis: New Approaches».

determinantes que tienen la capacidad de influir de manera decisiva en la orientación de la política y sus consecuencias. Su nivel de impacto puede sufrir modificaciones en dependencia de la evolución del contexto interno, regional y global.

El contenido y alcance de la política de Biden hacia Cuba podría estar determinada por los siguientes factores y actores:

1) *La visión estratégica del gobierno estadounidense sobre cómo Cuba puede satisfacer sus intereses de política exterior y seguridad nacional.* Este es el punto de partida para establecer tres componentes claves en el diseño de la política hacia la Isla: los objetivos a alcanzar, las prioridades y el empleo de los instrumentos del poderío nacional. La concepción de este gobierno sobre su papel y lugar en el mundo, la apreciación sobre los desafíos y oportunidades a escala global y la manera en qué combinarán los instrumentos del poder «duro» y «suave» para cumplir sus metas, resultará esencial para establecer el enfoque de política hacia Cuba.

En este sentido, cuando se analiza cómo esta Administración delinea los pilares que sustentan su política exterior prevalece una perspectiva de emplear la diplomacia como su instrumento principal, promover el multilateralismo, cooperar incluso con los adversarios para enfrentar los desafíos comunes y priorizar la recuperación económica de Estados Unidos como eje central.

En principio, el tema Cuba no ha comenzado a definirse en la agenda de política exterior como una amenaza a la seguridad nacional, lo que constituye un punto de ruptura con la Administración Trump. Se evidencia una inclinación a moderar los pronunciamientos públicos y evitar la confrontación.

Desde el punto de vista de los actores, el gobierno estadounidense tiene un peso significativo por su capacidad para determinar si las relaciones se sustentarán en el diálogo o la

hostilidad. Al parecer, uno de los propósitos iniciales que se planteará será promover la cooperación en temas de interés común, con especial énfasis, en el enfrentamiento a las amenazas compartidas que impactan en su seguridad nacional. Esta visión parte del presupuesto de concebir que en determinados aspectos las relaciones con Cuba constituyen una oportunidad.

Tomando como referente la etapa de Obama y el histórico «deshielo», solo puede avanzarse en este propósito si las relaciones políticas se fundamentan en los siguientes principios: reconocimiento del gobierno cubano como interlocutor legítimo; no se imponen condicionamientos ni se exigen concesiones; diálogo en condiciones de igualdad, reciprocidad y respeto mutuo; voluntad para conversar sobre las diferencias; la confrontación pasa a un segundo plano y prevalecen los intereses nacionales de ambas partes.

2) *Posición hacia Cuba del presidente, sus principales asesores y altos funcionarios.* La concepción del mundo, las motivaciones, las experiencias y el conocimiento de los formuladores de política tienen un fuerte impacto en la toma de decisiones y en su aproximación a los asuntos vinculados a las relaciones internacionales.¹³ Tanto en la Casa Blanca, como en el gabinete y en la burocracia gubernamental, están posicionados funcionarios familiarizados con Cuba y algunos se involucraron directamente, con diferentes niveles de intensidad, en el diseño e implementación de la política de Obama a partir del 17 de diciembre de 2014.

El propio Biden participó personalmente en este proceso en su condición de vicepresidente.¹⁴ En la Oficina Ejecutiva del

¹³ Alex Mintz: «Understanding Foreign Policy Decision Making».

¹⁴ Susan Rice: *Though Love. My story of the things worth fighting for.*

presidente, los asesores con mayor experiencia en el tratamiento del tema son: Susan Rice, directora del Consejo de Política Doméstica; Roberta Jacobson, coordinadora para la Frontera Sur en el staff del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés) y Juan González, director del Hemisferio Occidental en el NSC.

En el gabinete, sobresalen el cubanoamericano Alejandro Mayorkas, secretario del Departamento de Seguridad Interna y Thomas Vilsak, secretario de Agricultura. Ambos firmaron los vigentes Memorandos de Entendimiento de las instituciones que dirigen con sus contrapartes cubanas en el año 2016 que abarcaron las esferas y modalidades de la cooperación en materia de aplicación y cumplimiento de la ley, así como en diferentes áreas vinculadas con el comercio agrícola, la seguridad alimentaria y el manejo sostenible de recursos naturales.

También destaca Samantha Power, quien fue nominada como administradora de la USAID y es miembro del Comité de Principales del NSC, lo que indica el alto nivel de prioridad que se le otorgará a esta agencia en el cumplimiento de los objetivos de la política exterior que se expresará con mayor fuerza hacia Cuba en los proyectos subversivos apegados a la concepción del «cambio de régimen».

En el Departamento de Estado, fue designada como subsecretaria asistente de Estado para el Hemisferio Occidental, Emily Mendrala, quien tendrá dentro de sus responsabilidades el tema Cuba y la migración regional. En el Pentágono, fue nominado como Secretario Asistente de Defensa para el Hemisferio Occidental Daniel Erickson. Ambos son expertos en las relaciones entre Washington y La Habana.

Todos estos actores, a diferentes niveles, tienen una incidencia importante en el proceso de conformación de la política hacia Cuba tanto en su formulación como en la ejecución.

3) *Nivel de prioridad del tema Cuba en la agenda gubernamental.* Las prioridades de la Administración Biden están centradas en los esfuerzos por controlar la devastadora crisis sanitaria provocada por la COVID-19; la recuperación de la economía; el tratamiento de los conflictos sociales de diversa índole y la contención de los grupos supremacistas de extrema derecha. Estas temáticas consumen casi todo el tiempo de un gobierno que está enfrentando una crisis sistémica con profundas implicaciones para el modelo político estadounidense.

En materia de política exterior, están enfocados en lo que han denominado como la «renovación del liderazgo americano» que se centra en recomponer sus relaciones con socios y aliados; reparar las relaciones con la OTAN; retornar a los organismos internacionales y acuerdos globales; así como ser el actor predominante en la disputa geopolítica con China y Rusia.

En este contexto, Cuba no está contemplada como una prioridad para la política exterior de Estados Unidos. Esta situación, en principio, podría conllevar a cuatro implicaciones principales: 1) el proceso de toma de decisiones tiende a ser más prolongado lo que incide en que tarde más tiempo lograr progresos en la relación bilateral 2) prevalece la tendencia a adoptar un enfoque incremental que se expresa en la gradualidad y los «pequeños pasos» 3) tendencia a introducir la concepción del *quid pro quo* y los condicionamientos para avanzar en determinados temas y 4) mayor susceptibilidad a las presiones de las fuerzas que pretenden obstaculizar el mejoramiento de los vínculos.

No obstante, los niveles de prioridad en la agenda gubernamental estadounidense pueden modificarse y eso es posible si

se dinamizan e impulsan las áreas donde existe convergencia en los intereses estratégicos de Estados Unidos y Cuba. A medida que se obtengan resultados y constaten las potencialidades, se generaría un reposicionamiento de la prioridad asociada a temas puntuales que se expresarían en tres dimensiones: bilateral, regional y global.

En la primera dimensión, existen intereses convergentes asociados a la prevención y enfrentamiento a las amenazas a la seguridad nacional que ambas naciones comparten como resultado de su proximidad geográfica y por los flujos de viajeros, medios de transporte y mercancías. Las más apremiantes serían el combate a la pandemia, los efectos del cambio climático, el tráfico de personas, el tráfico ilícito de drogas, el terrorismo, otras modalidades del crimen organizado transnacional y todo lo que afecte la seguridad de los viajes.

Cuba también puede contribuir a la generación de puestos de trabajo en Estados Unidos y en el incremento de los mercados para la exportación de determinados bienes, lo que constituye una de las prioridades para la política exterior estadounidense a partir de la concepción que prevalece de considerarla un instrumento fundamental en la recuperación económica y, en especial, de la clase media.

Según un estudio publicado por Engage Cuba en mayo de 2017,¹⁵ las compañías de cruceros y las aerolíneas estadounidenses como resultado de sus viajes a la Isla podrían generar más de 10 000 empleos para la economía de su país y alrededor de 3 500 millones de dólares en ingresos en un período de 4 años. El documento que realizaba un estimado del costo que tendría una reversión de la política por parte de Trump para varios sectores

¹⁵ Engage Cuba: «The Economic Impact of Tightening U.S. Regulations on Cuba».

de negocios, concluyó que entre 2017 y 2021 se perderían cerca de 12 295 puestos de trabajo en territorio estadounidense y dejarían de percibirse más de 6 600 millones de dólares.

Desde el punto de vista de mercado para las exportaciones, Cuba al importar anualmente 2 000 millones de dólares en alimentos se convierte en una atracción para el sector agrícola. De acuerdo a un informe divulgado por la Comisión Internacional de Comercio de Estados Unidos en abril de 2016, las exportaciones de productos a la Isla provenientes de esa nación se incrementarían en el mediano plazo alcanzando cifras de entre 1 400 y 1 800 millones anuales si se eliminan las restricciones estadounidenses en esta área.

En la dimensión regional, América Latina y el Caribe está siendo golpeada fuertemente por la COVID-19, los efectos del cambio climático y es previsible un incremento sustancial de las amenazas hemisféricas asociadas a la temática migratoria, el narcotráfico y otras modalidades del crimen transnacional. El gobierno de Biden tendrá que lidiar con todos estos desafíos en un entorno más complejo y solo es posible hacerlo promoviendo la cooperación y reconociendo el papel de Cuba como factor de estabilidad. La misma lógica se aplica a la dimensión global que tiene mayores oportunidades en el enfrentamiento a las pandemias como se demostró durante la incidencia del Ébola en África en la etapa de Barack Obama.

4) *Capacidad de influencia de la derecha cubanoamericana.* La evidencia histórica ha demostrado que el impacto de los sectores que promueven la confrontación está determinado, esencialmente, por el espacio y acceso que le confiera o no el gobierno estadounidense atendiendo a sus intereses de política interna y exterior. En un contexto de baja prioridad del tema Cuba y poca disposición para avanzar con celeridad en el acercamiento

bilateral, estos grupos adquieren mayor capacidad para incidir en la toma de decisiones e imponer obstáculos.

El posicionamiento en el Congreso Federal de varios legisladores de la derecha cubanoamericana en puestos de liderazgo como son los casos de los senadores Bob Menéndez y Marco Rubio en los influyentes Comités de Relaciones Exteriores y Selecto de Inteligencia, constituye una variable de peso por sus posibilidades para emplear el tema Cuba como una «carta de cambio» y arrancarle compromisos al gobierno estadounidense.

En las circunstancias actuales, siete congresistas y tres senadores de origen cubano que defienden la línea dura forman parte del órgano legislativo a nivel federal. Desde principios de enero, comenzaron a desplegar una ofensiva que se ha centrado en los siguientes ejes: exigir al gobierno de Biden que continúe el enfoque confrontacional; demandar que cualquier cambio esté supeditado a concesiones de la parte cubana; presentar a Cuba como una amenaza a la seguridad nacional estadounidense y hemisférica, así como promover iniciativas legislativas que entorpezcan los vínculos.

Uno de los más activos ha sido Marco Rubio, quien ha presionado directamente a altos funcionarios como el asesor de Seguridad Nacional, Jake Sullivan, y al Secretario de Estado, Antony Blinken. También ha realizado varios pronunciamientos y ha escrito artículos de prensa. En el caso del senador Menéndez, presentó el 8 de febrero una resolución expresando solidaridad con el denominado «Movimiento de San Isidro».

En la Cámara de Representantes, el mayor protagonismo lo ha tenido la congresista María Elvira Salazar, quien introdujo el 13 de enero una iniciativa para impedir la exclusión de Cuba de la lista de países patrocinadores del terrorismo hasta que no cumpla determinados condicionamientos. Este proyecto

fue copatrocinado por los legisladores de origen cubano Mario Díaz-Balart, Nicole Malliotakis, Carlos Giménez y Alexander Mooney.

La organización Inspire America Foundation, continúa articulando en la comunidad cubanoamericana a las fuerzas de extrema derecha. El 18 de febrero, coordinó un evento con el propósito de solicitarle al presidente Biden que mantuviera la política de línea dura y se enfocara en presionar al gobierno cubano en el área de los derechos humanos. Esta actividad en la que participaron Rubio, Menéndez y otros legisladores anticubanos, fue concebida como respuesta a las múltiples iniciativas que se han presentado dirigidas a retomar la llamada «política del engagement» y trata de enviar un mensaje de movilización y consenso dentro de este sector.

La capacidad de influencia de la derecha cubanoamericana va a estar condicionada por el tipo de relación que se configure entre ambos gobiernos. En un ambiente de poca determinación, pasos limitados y exigencias de la parte estadounidense, los intereses de este sector serán contemplados en la conformación de la política. Una modificación sustancial en esta ecuación orientada a generar una dinámica que aproveche todas las oportunidades y potencialidades de una relación constructiva, los colocaría en una posición muy debilitada.

Con relación al segmento de la comunidad cubanoamericana que apoyó a Donald Trump y defendió abiertamente su proyección contra la Isla, resulta importante meditar sobre una interrogante ¿cómo el gobierno de Biden interpreta estas posiciones de cara al próximo ciclo electoral y qué peso tendrían en el enfoque de política hacia Cuba?

5) *Papel de los sectores estadounidenses y la comunidad cubana favorables al mejoramiento de las relaciones.* Desde que se proclamó

a Biden como presidente electo, comenzaron a producirse varias propuestas y cartas promoviendo cambios en la política hacia Cuba. Estas acciones en su mayoría provienen de disímiles organizaciones, grupos e individuos que tradicionalmente han defendido la necesidad que ambos países tengan relaciones constructivas y fueron muy activos en la etapa de Obama.¹⁶

Estas iniciativas tienen como elementos comunes que están enfocadas en, al menos, cuatro aspectos fundamentales: 1) revertir las medidas de Trump en materia de viajes, vuelos, remesas y comercio empleando las facultades ejecutivas 2) restablecer el funcionamiento normal de las Embajadas y sus servicios consulares 3) reactivar los mecanismos de diálogo político y los grupos de trabajo sobre temas de interés común y 4) avanzar con celeridad en el proceso hacia la normalización de las relaciones para que sea sostenible y perdurable en el tiempo más allá de quién ocupe la Casa Blanca.

Como resultado de la diversidad de sectores con sus intereses específicos, en las propuestas se evidencian diferencias en cuanto a la secuencia de acciones a desarrollar, los aspectos que deben priorizarse y los actores que deben desempeñar el rol más activo. No obstante, su coincidencia en cómo debe ser el futuro de los vínculos bilaterales contribuye a que puedan estructurar alianzas.

En el contexto actual, estos sectores constituyen lo que podría denominarse los «motores del cambio» a partir de su interés y capacidad para generar una dinámica que contribuya a retomar el proceso hacia la normalización, e incluso, crear las condiciones que permitan su consolidación y hacerlo irreversible. Dentro de esta multiplicidad de actores, algunos

¹⁶ Center for Democracy in the Americas: «The United States and Cuba: A New Policy of Engagement».

tienen un impacto considerable y otros influyen de manera limitada.

Por lo tanto, existen diferentes niveles en cuanto a sus posibilidades para incidir en la conformación de la política sobresaliendo tres sectores: negocios, político y seguridad nacional. Teniendo en cuenta el alcance de sus operaciones en Cuba, el primero está representado con mayor visibilidad por las aerolíneas; la industria de cruceros; viajes y alojamiento; remesas; agroindustrial y telecomunicaciones. Otros como el farmacéutico, portuario, energético, materiales de la construcción y deporte tienen un gran potencial prácticamente inexplorado.

Las líneas aéreas Delta Airlines, Jet Blue, American Airlines y United Airlines en las condiciones en que operaron durante el 2017 ingresaron más de 500 millones de dólares. Las compañías de cruceros Carnival, Royal Caribbean y Norwegian son consideradas las líderes mundiales en este mercado y según un estudio del US-Cuba Trade and Economic Council entre ellas en tres años pudieran generar 623 millones de ingresos a partir de sus viajes a puertos cubanos.

En materia de gestión de viajes y alojamiento, Airbnb, Expedia y TripAdvisor se posicionaron con fuerza y en el caso del primero en solo dos años generó más de 40 millones de dólares para los arrendatarios privados en Cuba. En cuanto a las remesas, Western Union anualmente ingresa alrededor de 320 millones por el servicio de transacciones que presta.

Con relación al sector agrícola, ha comenzado a movilizarse lo que se evidenció con la carta que escribió a Biden la Coalición de Agricultores de los Estados Unidos por Cuba el pasado 15 de enero. Hasta finales de febrero, de los diferentes grupos económicos este ha sido el más activo. En el área de las telecomunica-

ciones y nuevas tecnologías, AT&T, Sprint, T-Mobile, Verizon y Google tienen experiencia en el mercado cubano.

En el sector político, el senador demócrata Ron Wyden, presidente del Comité de Finanzas del Senado, introdujo el 4 de febrero un proyecto de ley para establecer relaciones comerciales normales entre ambos países que ha sido la iniciativa de mayor significación que se ha presentado. Entre sus principales copatrocinadores se encuentra el senador Patrick Leahy. Por su parte, el congresista James McGovern le envió una misiva al mandatario estadounidense en la que enfatiza la necesidad de actuar de inmediato, con agilidad e integralidad para el reparar el daño causado por la administración Trump.

El escenario congressional es muy importante en función de crear un ambiente favorable y articular una dinámica que contribuya a la aprobación de determinados proyectos legislativos. No obstante, las prioridades del Congreso enmarcadas en los temas de política interna constituirán un desafío para posicionar otros asuntos en su agenda de menor relevancia e impacto en un contexto que será aprovechado por los legisladores anticubanos para capitalizar el debate e imponer obstáculos.

El sector académico y los tanques pensantes, han liderado los esfuerzos por influir en el nuevo gobierno para que retome, en lo inmediato, un curso de política hacia Cuba con una visión estratégica que contemple el levantamiento del bloqueo como requisito imprescindible para establecer vínculos normales. En ese sentido, han sobresalido el Center for Democracy in the Americas y Washington Office on Latin America con el documento titulado: «Estados Unidos-Cuba. Una nueva política de compromiso» que propone una especie de hoja de ruta a seguir por esta Administración.

Más allá del alcance, pertinencia o limitaciones de las líneas de acción que se formulan, el informe incorpora un concepto fundamental cuando plantea: «Una lección de los años de Obama es que una política basada exclusivamente en la acción ejecutiva no es duradera. Como hemos visto, una nueva administración puede desmantelarla rápidamente». Como parte de este contexto, 56 grupos de diferentes sectores de la sociedad estadounidense le escribieron una carta a Joseph Biden y Kamala Harris.

Dentro de la comunidad cubanoamericana favorable al acercamiento, la acción de mayor envergadura ha sido el documento elaborado por el Cuban Study Group¹⁷ que fue enviado a mediados de febrero al mandatario de Estados Unidos. Tiene el claro propósito de incidir en la formulación de la política y tratar de participar con protagonismo en su implementación como uno de los actores decisivos para influir en el futuro de la nación cubana. En su concepción se argumenta un enfoque de tres vías: «Restaurar el apoyo al pueblo cubano como prioridad política y reconstruir la confianza; afrontar los temas difíciles y hacer que la normalización se arraigue mediante la diplomacia de alto nivel y responder a la apertura con apertura».

6) *Evolución de la situación interna en Cuba y su proyección internacional.* La complejidad del escenario interno asociado principalmente al impacto de la COVID-19 y a las crecientes dificultades en que tiene que funcionar la economía cubana, constituye una variable de peso en las consideraciones del gobierno de Biden sobre el alcance y ritmo de la política a seguir. Por otra

¹⁷ Cuban Study Group: «U.S.-Cuba relations in the Biden Era. A Case for Making Engagement Resilient as a Means of Providing Long-Term Support for the Cuban People».

parte, también incide en la intensidad del interés que muestren los representantes del sector de negocios estadounidense.

No obstante, las transformaciones que están ocurriendo en el modelo económico y, en especial, las medidas que se han aprobado para conferirle mayor espacio a las diferentes formas de gestión no estatal pueden constituirse en un incentivo para algunos sectores en Estados Unidos.

Las relaciones de Cuba con países considerados adversarios y competidores estratégicos por parte de Washington como sucede con China y Rusia, siempre estará presente como parte del análisis desde el ángulo geopolítico y los desafíos que pueda representar para el cumplimiento de sus objetivos de seguridad nacional.

7) *Comportamiento del escenario regional.* Las condiciones que están presentes en América Latina y el Caribe son diferentes a las que existían cuando el expresidente Obama consideró que este factor debía tener un peso importante en el cambio de política hacia la Isla. Los ajustes que se han producido en la correlación de las fuerzas políticas, las nuevas circunstancias que se han configurado como resultado de la COVID-19 y las expectativas e intereses que tienen muchos países con la administración Biden, contribuyen a que disminuyan apreciablemente las presiones hemisféricas dirigidas a solicitarle a la Casa Blanca la reanimación de los vínculos con La Habana.

Por otra parte, las problemáticas cada vez más peligrosas e interconectadas que están azotando a la región conducen a que la proyección de Estados Unidos tenga que situar los temas de seguridad como prioridad en su agenda. Esta visión podría contribuir a que se concrete la cooperación en diferentes áreas con la participación de ambos países, lo que debe acelerarse ante la proximidad y después de la próxima Cumbre de las Américas

cuando Washington debe presentar sus iniciativas regionales de mayor envergadura.

La situación en torno a Venezuela, constituirá un aspecto que tendrá determinada incidencia en dependencia del diseño específico que determine el gobierno estadounidense hacia esa nación y el papel que le atribuyan a Cuba para lograr sus propósitos.

A partir de los diferentes comportamientos de los factores determinantes y actores claves en la política del gobierno de Biden hacia Cuba, podrían configurarse tres posibles escenarios que no son excluyentes entre sí. De hecho, si se concretan las condiciones que se requieren es posible que se realice el tránsito de un escenario a otro o una combinación de ellos.

1. Escenario minimalista o «recomposición gradual condicionada». Se inicia un proceso de desmontaje gradual de los elementos más hostiles de la política de Trump comenzando por los viajes y las remesas, lo que también se extiende a la exclusión de la lista de países patrocinadores del terrorismo y la suspensión del Título III de la Ley Helms-Burton.

Se mantienen determinadas medidas coercitivas y se plantean condicionamientos a la parte cubana para realizar flexibilizaciones de mayor alcance. Estas eventuales exigencias se vinculan principalmente al área de los derechos humanos. Son reactivados mecanismos de diálogos puntuales como las conversaciones migratorias e intercambios en materia de aplicación y cumplimiento de la ley en los temas de mayor incidencia para la seguridad nacional. Algunos de los 22 instrumentos bilaterales se comienzan a implementar, en particular, aquellos de mayor interés para Estados Unidos.

En una primera etapa, se reanudan los servicios consulares y progresivamente se transita al funcionamiento normal de las Embajadas. Los sectores de negocios más activos son los vinculados a las líneas aéreas, compañías de cruceros, viajes y alojamiento, así como agroalimentario. En términos generales, los resultados que se alcanzan en los vínculos bilaterales son limitados y se quedan por debajo de la etapa de Obama.

2. Escenario intermedio o «retomando el proceso hacia la normalización». Se realiza el desmontaje gradual con celeridad. El gobierno estadounidense promueve un enfoque inicial del *quid pro quo* pero sin convertirlo en un obstáculo que detenga la dinámica de avances. Son reactivados todos los mecanismos de diálogo bilateral a sus diferentes niveles.

Se implementan los instrumentos bilaterales vigentes y se amplían las áreas de cooperación en temas de interés mutuo abarcando la dimensión regional e internacional. El retorno al funcionamiento normal de las Embajadas se concreta bajo un enfoque de gradualidad, pero en el corto plazo. El sector de negocios estadounidense amplía sus operaciones en el mercado cubano. De manera general, se alcanzan resultados similares a la etapa de Obama.

3. Escenario maximalista o «profundizando el legado de Obama». El mandatario estadounidense emplea las facultades ejecutivas sobre la base de su voluntad política de avanzar con determinación. Las relaciones bancarias se normalizan, el comercio bilateral se dinamiza y son emitidas licencias que amplían las posibilidades de invertir a las compañías de Estados Unidos. Las relaciones a nivel

político se enfocan en el diálogo y la cooperación ventilándose las diferencias de manera constructiva sin que afecten el avance de las relaciones. Se dan pasos orientados a que el proceso hacia la normalización sea sostenible y perdurable en el mediano y largo plazo.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

 **LibreriaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



PUNTO DE VENTA

Boulevard de San Rafael,
entre Galeano y Águila, Habana Vieja.

Bibliografía

ALDEN, CHRIS: *Foreign Policy Analysis: New Approaches*. Editorial Routledge, Nueva York, 2017.

ARMED CONFLICT LOCATION AND EVENT DATA PROJECT: «Monitor Crisis US», 9 de julio de 2020. En: <https://acleddata.com/special-projects/us-crisis-monitor/>. Consultado el 13 de diciembre de 2020.

_____ : «Extreme right wing militia and US elections», 21 de octubre de 2020. En: <https://acleddata.com/2020/10/21/standing-by-militias-election/>. Consultado el 22 de octubre de 2020.

BIDEN, JOSEPH: *Full speech at the Democratic National Convention*, 21 de agosto de 2020. En: <https://www.nbcnews.com/politics/2020-election/read-full-speech-joe-biden-s-remarks-2020-democratic-national-1237620>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.

_____ : *Why America must lead again*, *Foreign Affairs* Marzo -Abril 2020. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-01-23/why-america-must-lead-again>. Consultado el 2 de mayo de 2020.

_____ : *Remarks by President Biden on America's Place in the World*, 4 de febrero de 2021. En: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/02/04/remarks-by-president-biden-on-americas-place-in-the-world/>. Consultado el 20 de febrero de 2021.

BLINKEN, ANTONY: «America First is only making the world worse. Here's a better approach», *The Washington Post*, 1ro de enero de 2019.

En: https://www.washingtonpost.com/opinions/america-first-is-only-making-the-world-worse-heres-a-better-approach/2019/01/01/1272367c-079f-11e9-88e3-989a3e456820_story.html. Consultado el 2 de enero de 2019.

BURNS, WILLIAM: *Back Channel. A memoir of American Diplomacy and the case for its renewal*, Editorial Penguin Random House, Nueva York, 2019.

CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE: «Making US foreign policy better for Middle Class», 23 de septiembre de 2020. En: <https://carnegieendowment.org/2020/09/23/making-u.s.-foreign-policy-work-better-for-middle-class-pub-82728>. Consultado el 20 de febrero de 2021.

CASTRO RUZ, RAÚL: *Alocución del presidente cubano Raúl Castro Ruz en la televisión nacional cubana*, 17 de diciembre del 2014. En: <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/2014/esp/rl71214e.html>. Consultado el 18 de febrero de 2021.

CENTER FOR DEMOCRACY IN THE AMERICAS: «The United States and Cuba: A New Policy of Engagement», 17 de diciembre de 2020. En: <https://www.wola.org/wp-content/uploads/2020/12/A-New-Policy-of-Engagement-WOLA-CDA.pdf>. Consultado el 10 de febrero de 2021.

CONGRESSIONAL RESEARCH SERVICE: «States Sponsors of Acts of International Terrorism», 30 de noviembre de 2018. En: <https://fas.org/sgp/crs/terror/R43835.pdf>. Consultado el 8 de febrero de 2021.

CUBAN STUDY GROUP: «U.S.-Cuba relations in the Biden Era. A Case for Making Engagement Resilient as a Means of Providing Long-Term Support for the Cuban People», 16 de febrero de 2021. En: http://cubastudygroup.org/wp-content/uploads/2021/02/2021-0216_CubaStudyGroup_PolicyPaper.pdf. Consultado el 10 de febrero de 2021.

- DEYOUNG, KAREN: «Classified assessment found slow and chaotic response to brain injuries affecting diplomats in Cuba», *The Washington Post*, 10 de febrero de 2021. En: https://www.washingtonpost.com/national-security/cuba-us-diplomats-brain-injuries/2021/02/10/4a0231e6-6af3-11eb-ba56-d7e2c8defa31_story.html. Consultado el 10 de febrero de 2021.
- ENGAGE CUBA: «The Economic Impact of Tightening U.S. Regulations on Cuba», 31 de mayo de 2017. En: <https://static1.squarespace.com/static/55806c54e4b0651373f7968a/t/592f36dbdb29d6c96a19e3ea/1496266459829/Economic+Impact+of+Tightening+U.S.+Regs+on+Cuba.pdf>. Consultado el 8 de febrero de 2021.
- FEINBERG, RICHARD: «A return to détente with Cuba», *Foreign Affairs*, 5 de febrero de 2021. En: <https://www.foreignaffairs.com/articles/cuba/2021-02-05/return-detente-cuba>. Consultado el 10 de febrero de 2021.
- GONZÁLEZ, JUAN: «Joseph Biden y el futuro de las Américas», *Washington Quarterly*, 29 de julio de 2020. En: <https://www.americasquarterly.org/article/joe-biden-y-el-futuro-de-las-americas/>. Consultado el 4 de agosto de 2020.
- HARRIS, KAMALA: *The truths we hold. An American Journey*, Editorial Penguin Random House, Nueva York, 2019.
- HUDSON, VALERIE: *Foreign Policy Analysis: Classic and Contemporary Theory*, Editorial Rowman & Littlefield, Maryland, 2020.
- KNIGHT FOUNDATION: «The 100 millions Project», 18 de febrero de 2020. En: <https://knightfoundation.org/reports/the-100-million-project/>. Consultado el 20 de febrero de 2020.
- KORNBLUH, PETER: «CDC Report on the «Havana Syndrome»: Medical Mystery Remains Unresolved», *National Security Archive*, 2 de febrero

de 2021. En: <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/cuba/2021-02-02/cdc-report-havana-syndrome-medical-mystery-remains-unresolved>. Consultado el 18 de febrero de 2021.

KRASONIC, MARK: «Trump's encouragement of GOP poll watchers echoes an old tactic of voter intimidation», 30 de septiembre de 2020. En: <https://theconversation.com/trumps-encouragement-of-gop-poll-watchers-echoes-an-old-tactic-of-voter-intimidation-147234>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.

KROLL, ANDY: «The Plot Against America. The GOP's Plan to Suppress the Vote and Sabotage the Election», *The Rolling Stone*, 23 de julio de 2020. En: <https://andy-kroll.com/home/2020/7/23/the-plot-against-america-the-gops-plan-to-suppress-the-vote-and-sabotage-the-election>. Consultado el 10 de febrero del 2021.

LEE, BANDY X: *The dangerous case of Donald Trump*, Editorial St. Martin Press, New York, 2019.

LEOGRANDE, WILLIAM: «Biden should act fast on Cuba», *The Sun Sentinel*, 28 de enero de 2021. En: <https://www.sun-sentinel.com/opinion/commentary/fl-op-com-cuba-policy-biden-20210128-ng5zriewvndm5exlfw3w15zxm-story.html>. Consultado el 2 de febrero de 2021.

MASSOGLIA, ANNA : «Dark money groups pouring millions into 2020 political ads with even less disclosure», 11 de septiembre de 2020. En: <https://www.opensecrets.org/news/2020/09/dark-money-pouring-920/>. Consultado el 4 de octubre de 2020.

MINTZ, ALEX: *Understanding Foreign Policy Decision Making*. Editorial Cambridge University Press, New York, 2010.

OBAMA, BARACK: *Full speech at the Democratic National Convention*, 19 de agosto de 2020. En: <https://www.nbcnews.com/politics/2020-election/read-full-speech-barack-obama-s-remarks-2020-democratic-national-n1237407>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.

- PEW RESEARCH CENTER: «Where millennials end and generation Z begin», 17 de enero de 2019. En: <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2019/01/17/where-millennials-end-and-generation-z-begins/>. Consultado el 20 de octubre de 2020.
- _____ : «An early look at the 2020 electorate», 30 de enero de 2019. En: <https://www.pewresearch.org/social-trends/2019/01/30/an-early-look-at-the-2020-electorate-2/>. Consultado el 12 de diciembre de 2019.
- RICE, SUSAN: *Though Love. My story of the things worth fighting for*, Editorial Simon & Shuster, New York, 2019.
- RUBIO, MARCO. (2021, febrero 7). *Rubio habla con Al Punto Florida*, 7 de febrero de 2021. En: <https://www.rubio.senate.gov/public/index.cfm/2021/2/rubio-habla-con-al-punto-florida>. Consultado el 10 de febrero de 2021.
- SANDERS, BERNIE: *Full speech at the Democratic National Convention*, 17 de agosto de 2020. En: <https://www.nbcnews.com/politics/2020-election/full-speech-bernie-sanders-remarks-virtual-democratic-national-convention-n1237057>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.
- SMITH, DANIEL A.: «Voting by mail and ballot rejection: Lessons from Florida for Elections in the Age of the Coronavirus», 17 de septiembre de 2020. En: <https://www.liebertpub.com/doi/full/10.1089/elj.2020.0658>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.
- TRUMP, DONALD: *Donald Trump Announces His 2020 Candidacy at a Political Rally in Orlando*, 18 de junio de 2019. En: <https://factba.se/transcript/donald-trump-speech-maga-rally-reelection-orlando-june-18-2019>. Consultado el 1ro. de marzo de 2021.
- US HOUSE OF REPRESENTATIVES PERMANENT SELECT COMMITTEE OF INTELLIGENCE: «The Trump-Ukraine Impeachment Inquiry Report»,

21 de noviembre de 2019. En: <https://intelligence.house.gov/report/>. Consultado el 10 de enero de 2021.

US INTERNATIONAL TRADE COMMISSION: «Overview of Cuban Imports of Goods and Services and Effects of US Restrictions», 2016 Inv 332-552. En: <https://www.usitc.gov/publication/332/pub4597.pdf>. Consultado el 8 de febrero de 2021.

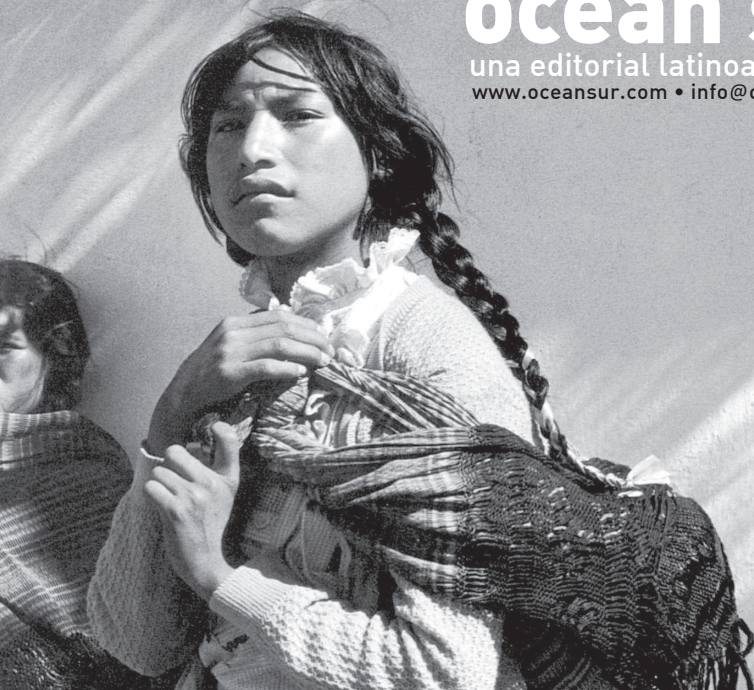
WHITE HOUSE: «Press Conference with White House Press Secretary Jen Psaki», 28 de febrero de 2021. En: <https://www.rev.com/blog/transcripts/press-secretary-jen-psaki-white-house-press-conference-transcript-january-28>. Consultado el 2 de febrero de 2021.

WOODWARD, BOB: *Rage*, Editorial Simon & Shuster, New York, 2020.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

Este libro se adentra en las causas que explican por qué los comicios presidenciales de 2020 en Estados Unidos se convirtieron en un caos electoral. En sus páginas podrás encontrar respuestas a ¿cuáles fueron las interioridades del *impeachment* contra Trump?, ¿cómo la pandemia impactó en sectores del electorado estadounidense, especialmente en los jóvenes?, ¿qué segmentos de las élites del poder financiaron a los candidatos presidenciales?, ¿cuáles son las motivaciones y quiénes fueron los grupos que tomaron el Capitolio de Washington?

El texto nos conduce a las historias de vida, experiencia gubernamental y pensamiento político de las principales figuras dentro del equipo de política exterior y seguridad nacional de Joseph Biden y explica cuáles son los posibles escenarios de la política hacia Cuba del nuevo gobierno estadounidense en el período 2021-2025.



DIÁLOGOS
EN CONTEXTO



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-922501-22-6